

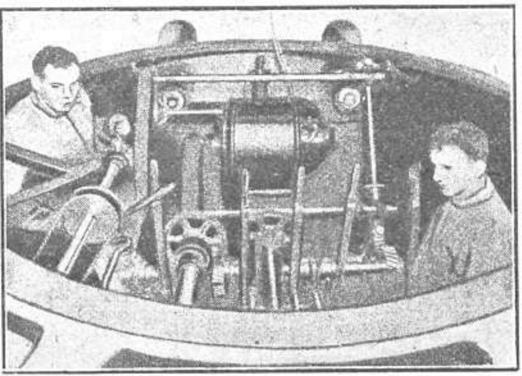
LA OBRA RADICAL

Gómez. — Maestro, el edificio está casi terminado, y podrá inaugurarse en mayo.


GINEBRA
Bols
Su color ámbar
pálido, comprueba
su vejez
UNICOS IMPORTADORES
MOSS & Cía.
BUENOS AIRES

Un submarino salvador

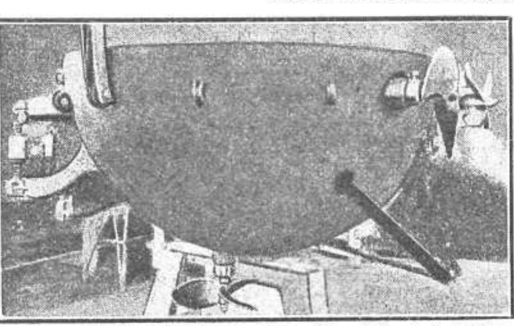
Un interesante procedimiento acaba de idearse con el intento de poner a flote los navíos que en número considerable yacen hoy en las profundidades del mar, víctimas de la mina o del torpedo. Su autor es el ingeniero norteamericano míster W. D. Sisson; y aunque en el momento presente no estamos todavía en posesión de los datos suficientes para dar un informe completo, no dejaremos de anticipar algunas noticias, que tomamos de *The Engineer*. Los grabados son reproducción de fotografías obtenidas en los talleres.



Taller submarino para el salvamento de navíos hundidos. — Mitad inferior del aparato: conjunto de mecanismos que funcionan en su interior.

La parte principal del nuevo invento es una esfera de 2'50 metros, de acero al vanadio, y compuesta de dos valvas iguales que pueden ajustarse sólidamente entre sí por medio de pernos. El grueso de sus paredes está calculado de suerte que pueda descender á las mayores profundidades y soportar las enormes presiones hidrostáticas producidas por alturas de agua de miles de metros. En el interior queda el espacio estrictamente necesario para los mecanismos y para alojar penosamente a dos operarios encargados de las maniobras. En el exterior van afianzados una serie de electroimanes, por medio de los cuales la esfera logrará adherirse fuertemente al costado metálico del navío sumergido.

Con este sencillo taller submarino, denominado por el autor *Submarine Cannon Ball*, se podrán practicar una serie de agujeros en los costados del buque hundido, y amarrar en ellos sólidamente varios pontones o boyas sumergibles, de las cuales se expulsará el agua por medios adecuados. Con esto se conseguirá, según el autor, una fuerza ascensional capaz de levantar el buque, pues está todo calculado de manera que el empuje alcance unas 300 toneladas por cada pontón: medirán los pontones 12 metros de largo por 5 de diámetro.



La misma mitad inferior del aparato. — Disposición de las hélices propulsoras en el exterior.

En la primera parte no parece pueda haber seria dificultad: el aparato está provisto, al efecto, de un taladro de 50 mm. accionado eléctricamente, pero, cómo podrá realizarse la segunda operación, no aparece tan claramente.

Además, en la parte frontal de la esfera, que es donde están los imanes, hay cuatro lámparas de incandescencia de 3.000 bujías, protegidas con red de acero: mediante ellas y unas lentes de un decímetro de grueso, el operador podrá ver lo que está haciendo. Igual equipo de lentes y lámparas tiene en la parte posterior. Hay finalmente un remo y cuatro hélices accionadas también eléctricamente, que permitirán dirigir el aparato y comunicarle la velocidad de dos millas por hora.

Los operarios, cualquiera que sea la profundidad, trabajarán siempre a la presión atmosférica: así lo vemos consignado, y en teoría no nos parece cosa imposible de realizar, si se dispone de una bomba de suficiente empuje para forzar la expulsión del aire interior. Un tubo de oxígeno producirá una provisión de aire respirable para 72 horas de trabajo: e indudablemente habrá también substancias químicas dispuestas para absorber el anhidrido carbónico producido por la respiración.

El *submarino* pesa 6 toneladas en el aire, y el cable de sostén está probado para una tracción de hasta 56 toneladas. Este mismo cable contendrá los conductores de la corriente eléctrica para el motor, y otros dos hilos para un receptor telefónico.

No sabemos que haya empezado a practicarse ningún trabajo de salvamento con esta nueva campana de buzos; pero como quiera que sea, la idea es ingeniosa.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



60 — Alberto va al mercado.
SARITA.



61 — Mi lechero, mi hermanito y mi perro.
PEDRITO BARRIO.



62 — Regalo de Reyes.
CELIA A. FERRADAS.

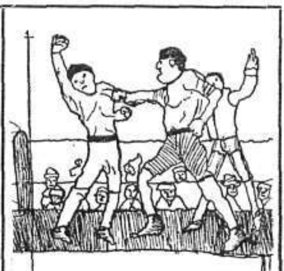


63 — El tambero.
MANUEL ARENA.



64 — Mi lorito.
ZULEMA Z. GIL.

65 — Mi hermanito, hablando por teléfono.
MATÍAS SEITLER.

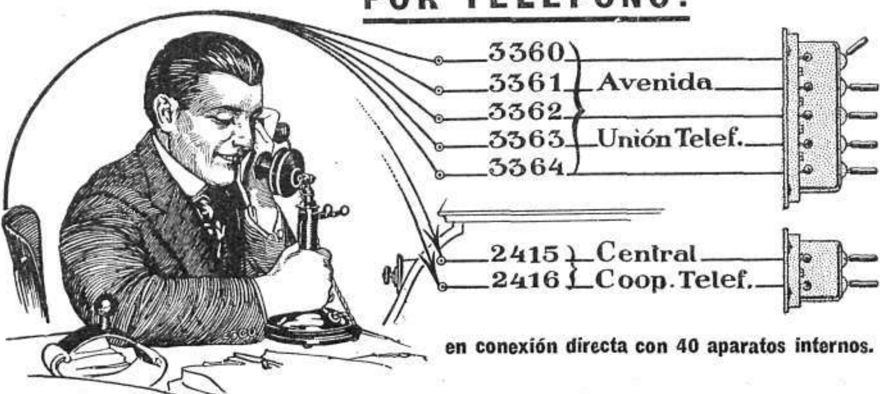


66 — Tirando al box.
RICARDO CALLINI.



Medios disponibles para pedirnos informes, precios y todos los datos que se deseen:

POR TELÉFONO:



en conexión directa con 40 aparatos internos.

POR CARTA O TELÉGRAMA:



REPÚBLICA ARGENTINA TELÉGRAFO DE LA NAC.

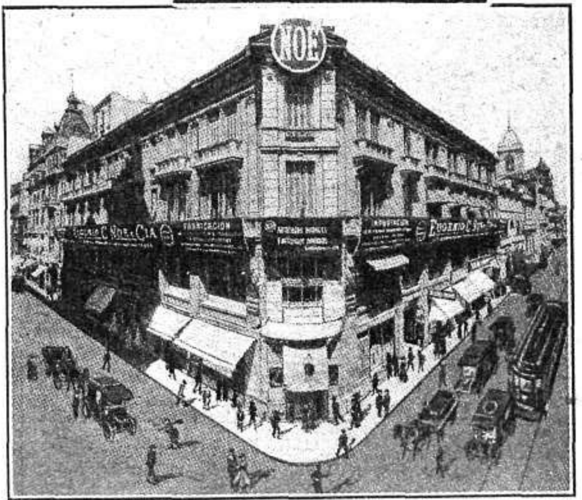
Nº 37327 335127

Sírvase cotizarme precio de invencible
san martin y chapa canaleta de 6 á
10 pies. Vallés.

PERSONALMENTE:

dirigiéndose a nuestra casa

SAN MARTIN, 175.



En todos los casos nos será muy grato proporcionar las informaciones que nos sean requeridas.

Solicítese el Boletín NOÉ y, según se desee, los Catálogos N.º 1, Langosticida Vesubio; N.º 2, Rodados; N.º 3, Artículos para el Jardín; y N.º 4, El Hogar.

EUGENIO C. NOÉ & CÍA

LOS ESPECIALISTAS EN ARTÍCULOS RURALES

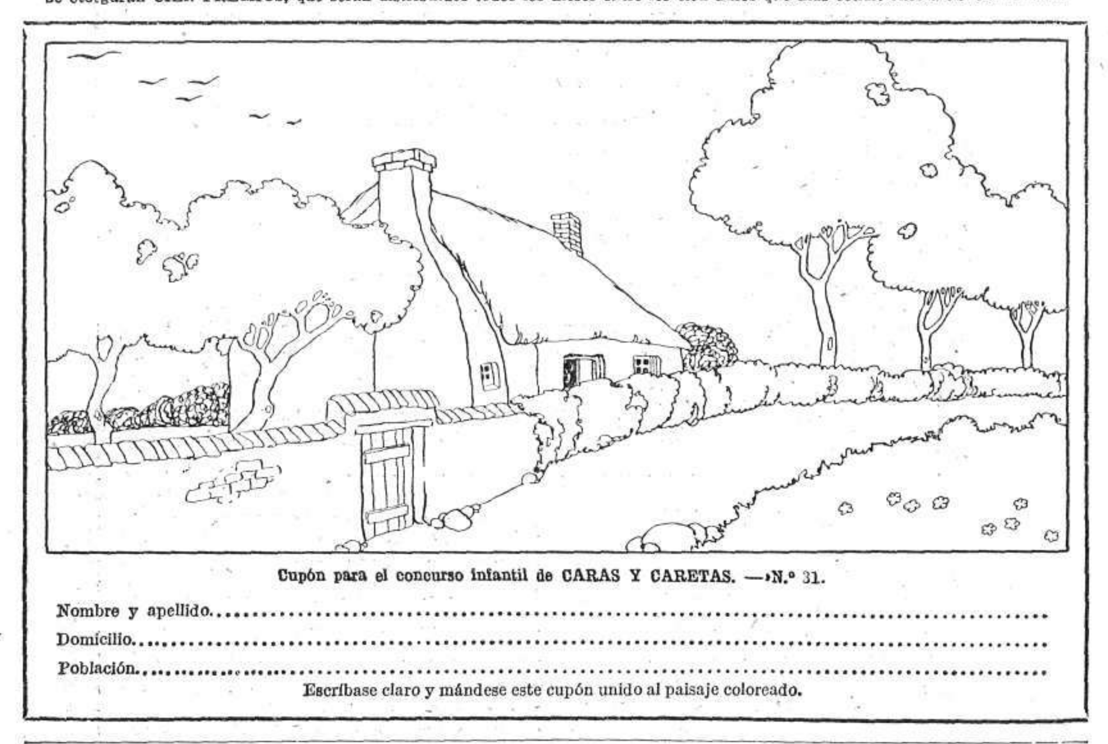
SAN MARTÍN 175. BUENOS AIRES

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. —N.° 31.

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

¡Muchachas! Humedezcan un Paño y Pásenselo por el Cabello

Se pone suave, ondeado, lustroso y abundante al momento.

¡Cuide su cabello! La caspa desaparece y el cabello no se cae más.

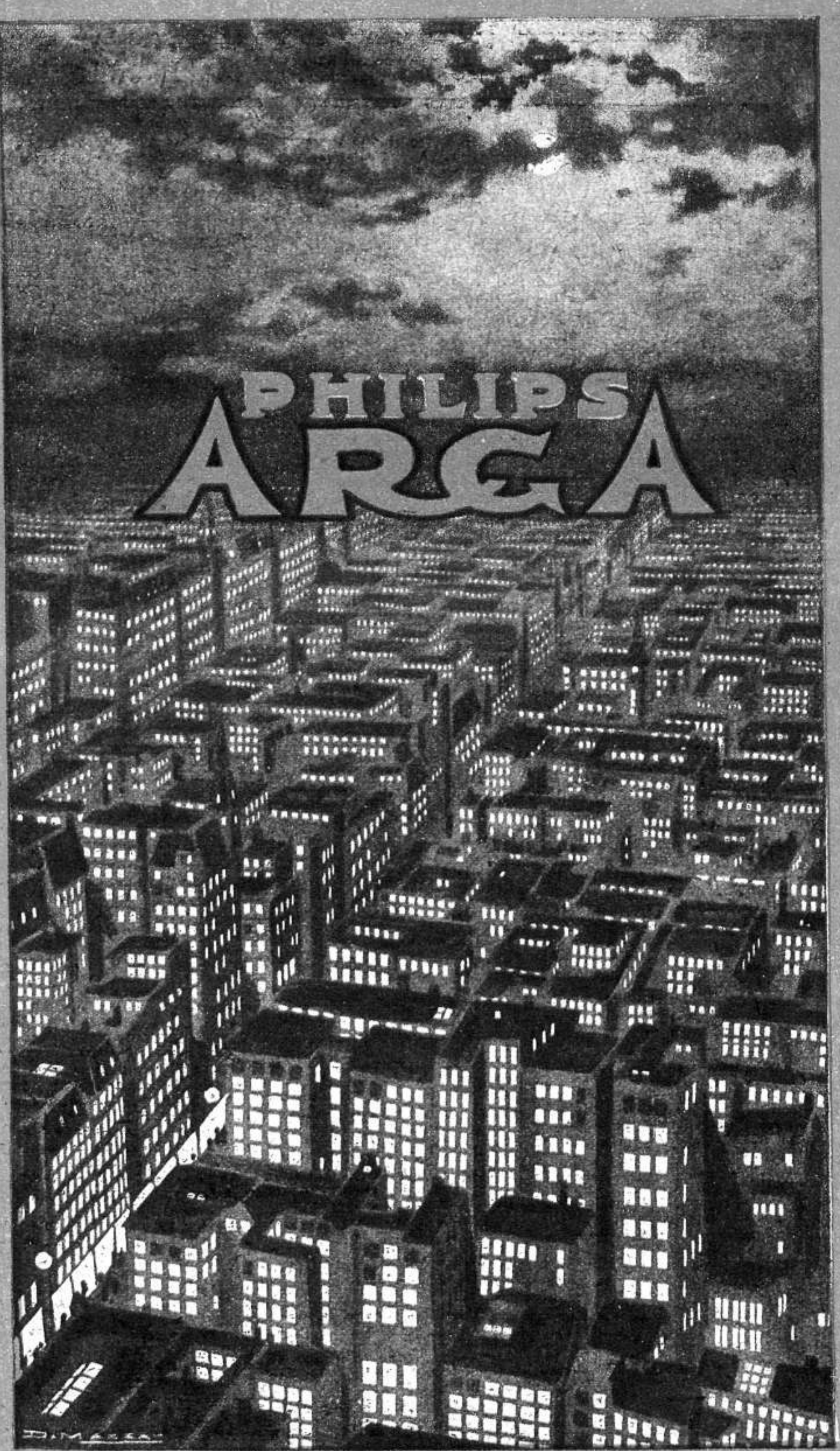
Si desea Vd. duplicar inmediatamente la belleza de su cabello, pruebe «Danderine, Purificador del Cabello». Sólo tiene que humedecer un paño en Danderine y pasárselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto limpiará el cabello de polvo, suciedad o grasa excesiva, y en pocos minutos se quedará Vd. asombrada. Su cabello se pondrá ondeado, sedoso y abundante, y poseerá una suavidez incomparable, tomando lustre y volviéndose espeso.

Además de embellecer su cabello, una aplicación de Danderine disolverá toda partícula de caspa, dándole vigor al cráneo, evitando la picazón y la caída del cabello.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificadoras hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Usted puede tener cabello bonito, suave, lustroso y, sobre todo, abundante, si compra un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y se lo aplica según las instrucciones que acompañan a cada frasco.

¡Cuide su cabello! Haga que se conserve encantador y bello. Vd. se convencerá que este ha sido el dinero mejor empleado.


PHILIPS
ARGA
RESPLANDECEN EN LA NOCHE SOBRE LA TIERRA MAS
NVMEROSAS QVE LAS ESTRELLAS EN EL CIELO.

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con la firma del remitente.

N.º 1257. — **¿A qué se llama en filosofía «Ley de oro de la moral»? ¿Quién la formuló por primera vez?**

ESTUDIANTE — Capital.

Tomamos del libro «Enigmas del Universo»:

«Siendo bien conocido nuestro principio fundamental de la moral, síguese inmediatamente de él el supremo mandamiento de su moral, ese deber que se designa con frecuencia hoy con el nombre de «Ley de oro de la moral», o más concisamente con el de «ley de oro». El Cristo la ha enunciado distintas veces con esta simple frase: «Amarás a tu prójimo como a tí mismo» (Mateo, 19, 22, 39, 40; Romanos, 139, etc.); el evangelista Marcos añadía con justicia: «No hay mandamiento más grande que éste»; y Mateo decía: «Estos dos mandamientos contienen toda la ley y los profetas.» Por este mandamiento supremo, nuestra «Etica monista» concuerda absolutamente con la moral crisriana. Pero debemos consignar seguidamente el hecho histórico de que el mérito de haber planteado esta ley fundamental no corresponde al Cristo, como afirman la mayoría de los teólogos cristianos y como admiten a ciegas los creyentes desprovistos de sentido crítico. Esa «regla de oro» se remonta a más de cinco siglos anteriores a Cristo y había sido proclamada por numerosos sabios de Grecia y Oriente como la regla más importante de la moral. Pittakus de Mytiléne, uno de los siete sabios de Grecia, decía 620 años antes de Jesucristo: «No hagas a tu prójimo lo que no quisieras que él te hiciese». Confucio, el gran filósofo y fundador de la religión de la China (quien negaba la personalidad de Dios y la inmortalidad del alma), decía 500 años antes de Jesucristo: «Haz a cada uno lo que quisieras te hiciere, y no hagas a ninguno lo que no quieras te hiciere él. No necesitas más que este mandamiento; él es el fundamento de todos los otros». Aristóteles enseñaba a mediados del siglo IV antes de Jesucristo: «Debemos conducirnos con los otros de la manera que quisiéramos que ellos con nosotros se portasen». En el mismo sentido y casi en los mismos términos es también expresada la «regla de oro» por Tales, Isócrates Aristipo, el pitagórico Sextus y otros filósofos de la antigüedad clásica, varios siglos antes de Cristo. Se puede consultar sobre este punto la excelente obra de Saladino: «Obras completas de Jehová», cuyo estudio no se recomendará nunca bastante a los teólogos que busquen con sinceridad la verdad. Resalta de estas semejanzas que la ley de oro fundamental tiene un origen polifilético, es decir, que ha sido formulada en épocas diferentes y en diferentes lugares por varios filósofos e independientemente unos de otros. Por otra parte es preciso admitir que Jesús tomó esta ley de otras fuentes orientales (en tradiciones más antiguas, semíticas, indias, chinas y sobre todo de las doctrinas budistas), así como está demostrado hoy con respecto de la mayoría de los dogmas cristianos. Saladino resume los resultados de la teología crítica moderna en esta frase: «No hay un principio moral razonable y práctico enseñado por Jesús, que no haya sido antes de él enseñado por otros.» (Tales, Solón, Sócrates, Platón, Confucio, etc.)»

—o—

N.º 1258. — **¿Los pescados contienen fósforo?**

UN RIBEREÑO — Uruguay.

Nada más frecuente, cuando de higiene de los alimentos se habla, que oir decir que el pescado es lo más conveniente para el cerebro, por la gran cantidad de fósforo que en él se encuentra.

La idea de que los pescados contienen fósforo, sin duda nace del brillo o fosforescencia que su carne y sus espinas presentan en la obscuridad; pero esta fosforescencia no es debida al fósforo, sino a la presencia de una porción de microorganismos.

La creencia de que el pescado es un alimento conveniente para el cerebro, resulta tan justificada como el decir que la carne dura o el pan de tres días son excelentes para endurecer los huesos. En realidad, el pescado es un alimento excelente y generalmente sano, pero está muy lejos de constituir un restaurador del cerebro o de los nervios.

—o—

N.º 1259. — **Estoy en el campo, sin recursos médicos, y hay en esta población casos de escarlatina; ¿qué puedo hacer hasta la llegada de un facultativo?**

UNA MADRE — Corrientes.

El doctor inglés Robert Milne, que ejerce su profesión en el «Hospital Bernardo», de Londres, preconiza un método de tratamiento para evitar la propagación y curar en los niños las enfermedades infecciosas conocidas con los nombres de escarlatina y sarampión. La doctora Mageotte Wilbouchevitch, entusiasta propagandista de las prácticas del doctor Milne, nos relata las excelencias terapéuticas del citado método, describiendo su técnica y basándose en estadísticas extraordinariamente satisfactorias lo preconiza como único tratamiento para yugular en los niños las enfermedades infecciosas antes citadas, que con tanta crueldad atacan a los individuos en su primera infancia.

El método preventivo y curativo preconizado por el doctor Roberto Milne, no es complicado y puede adoptarse hasta en las pequeñas localidades faltas de recursos.

Lo describiremos sucintamente para que nuestros lectores se den idea exacta de su relativa sencillez.

En cuanto se note un enfermo sospechoso de hallarse afectado de sarampión o de escarlatina, sin necesidad de confirmar el diagnóstico, se le acostará en la cama y se procederá a friccionar el cuerpo del enfermo y a lavar su garganta con aceite de eucaliptus.

Toques en la garganta. — Deben ser practicados por el médico o por una persona instruída, con aceite de olivas fenicado al 10 por 100, cada dos horas, durante el primer día. Para realizar los toques en la garganta se utilizará una larga pinza curva o un porta-algodón también curvado. Cualquier alambre fuerte y flexible o palillo suficientemente largo y curvo sirven para ligar en una de sus extremidades el tapón de algodón con que se les ha de verificar la asepsia bucal y de la garganta, teniendo cuidado que los frotes se realicen suavemente.

Unturas epidérmicas. — Se practicarán con esencia de eucaliptus. Se echa en la palma de la mano esta substancia y se va frotando todo el cuerpo, hasta el cuero cabelludo y las plantas de los pies. Esto se repetirá mañana y noche, durante los cuatro primeros días de la enfermedad: después una sola fricción hasta el día décimo. No hay precisión de cortar el pelo de las niñas, porque la esencia de eucaliptus no irrita la piel.

Contra el sarampión. — Cada dos horas y durante el día, los mismos toques que en la escarlatina, prolongándose durante una semana, a razón de tres toques diarios, después de las primeras veinticuatro horas.

—o—

N.º 1260. — **Tengo la cara salpicada de manchitas dejadas por los granitos; ¿qué usaré para mejorar el cutis?**

UNA AFLIGIDA — Salta.

Muchas personas sufren de manchitas y granitos que les desfiguran la cara; se aconseja tomar todas las mañanas en ayunas, durante tres o cuatro semanas, un vaso de agua de avena. Esta se prepara por la noche, poniendo en un vaso de agua fría una cucharada de avena fina; se deja asentar toda la noche, se revuelve bien por la mañana, se deja reposar y se bebe la parte líquida. Este es un remedio casero antiguo.

Todos los días, como postre en cada comida, tome un platito de leche cuajada.

—o—

N.º 1261. — **¿Qué emplearé para limpiar ropa negra de hombre?**

UN POBRE — San Martín.

Hiérvase un puñado de hojas de higuera en un litro de agua, hasta que quede reducido a la mitad. Extiéndase entonces la prenda sucia sobre una tela limpia encima de una mesa, y con un cepillo mojado en la disolución antedicha frótense las manchas.

—o—

N.º 1262. — **¿Podría usted indicarme una fórmula para preparar jabón sacamanchas?**

COMERCIANTE — Jujuy.

En el «Bulletin de Darrasse et Landrin», encontramos la fórmula de un jabón que da muy buenos resultados para quitar de las telas las manchas de grasa más refractarias.

Redúzcanse a finas virutas 2.200 gramos de buen jabón y déjense durante diez horas en contacto con

Agua...............	880 gramos
Hiel de buey.........	1315 »

Después de este tiempo elévese suavemente la temperatura de la mezcla y cuando el jabón se ha disuelto por completo, se añade:

Esencia trementina,	55 gramos
Bencina.............	45 »

Se agita el producto y se le mezclan por fin algunas gotas de amoníaco.

Con un cepillo empapado de este jabón se frotan fuertemente los puntos manchados. Ni el color ni las fibras de la tela sufren la menor alteración.

—o—

N.º 1263. — **¿Cuál es la ciudad, actualmente, más grande del mundo, bajo el punto de vista comercial?**

JUAN LLOEKE. — Salta.

La ciudad más grande del mundo, es Nueva York. Una estadística arroja las cifras siguientes sobre las manifestaciones de su actividad. Son asombrosas.

Nueva York posee 38.000 fábricas, que emplean un capital de 8.000 millones y producen por valor de 14.000 millones. Cuenta 1.600 iglesias, 250 teatros, 102 hospitales con 21.800 camas, 190 parques, que en conjunto cubren una superficie de 8.500 hectáreas, y 1.500 hoteles. A sus escuelas acuden 800.000 alumnos, dirigidos por 20.000 profesores.

Las líneas de ferrocarriles que convergen a Nueva York tienen una longitud de 70.000 kilómetros. El número de viajeros que salen y llegan, alcanza diariamente un promedio de 300.000.

La policía, que consta de 10.700 agentes, cuesta a la ciudad 80 millones; los bomberos, 50 millones al año.

Cada media hora se funda una sociedad, y cada cuarenta y cinco minutos se disuelve otra.

Cada segundo llegan a Nueva York cuatro forasteros, y cada 47 segundos desembarca un inmigrante; llega un tren cada 52 segundos, cada diez minutos hay un arresto, cada diez y seis minutos un nacimiento y cada veinte y siete minutos un fallecimiento; cada treinta minutos se celebra un casamiento, cada dos horas se coloca la primera piedra de un nuevo edificio, se declara un incendio cada tres horas, acaece un accidente mortal cada dos horas, y se pronuncia un divorcio cada ocho horas.

—o—

N.º 1264. — **Tengo un traje de seda negra que tiene mucho brillo, debido al uso; ¿qué usaré para quitarlo?**

AFLIGIDO — Chivilcoy.

El lustre de la seda negra puede quitarse humedeciéndola con café frío y amoníaco. Una cucharadita de amoníaco es suficiente para una taza de café.



COMPRAR AHORA en NUESTRA CASA, es REALIZAR una ECONOMIA BIEN ENTENDIDA, pues ofrecemos, a precios irrisorios, artículos de la más óptima CALIDAD.

CAMISAS blancas, vistas de batista de hilo, cuerpo de madapolán extra, pechera a tablitas, puños doblados negligé, a...................... $ **3.90**

CAMISAS blancas, vistas de piqué, cuerpo de madapolán finísimo, pechera cuadrada, puños doblados negligé, a $ **3.90**

CAMISAS de percal francés, colores firmes y de gran novedad, espléndido surtido, puños doblados negligé, $ **2.50**

CAMISAS de zephir de hilo, clase extra, gustos de gran moda, puños doblados negligé, a............ $ **2.95**

CALZONCILLOS de zephir de hilo, con pretina de piqué, colores modernos, largos, $ 2.40; cortos, a.... $ **1.95**

CALZONCILLOS de madapolán lavado, con pretina de piqué, artículo muy durable, largos, $ 2.90; cortos, a $ **2.40**

GRAN SALDO de botines o zapatos de cabritilla charolada, cuero de potro o gum metal, con cañas de becerro negro mate o paño fantasía, cuyo verdadero valor es de $ 18.— y 16.—, ahora al precio excepcional de............................ $ **10.75**

SOMBREROS de paja «pallason», gran moda, a............. $ **4.50**

TIRADORES elásticos de muy buena calidad, a.......... $ **1.40**

TRAJES sobre medida, en casimires ingleses de la mejor calidad, gustos de moda, a.................. $ **50.—**

ZABALA

Bmé. Mitre — y — Esmeralda


PARA LOS NIÑOS
AVENTURAS DE
VIRUTA Y CHICHARRÓN


¿VISTE ALGO?
POR AQUÍ ANDA UNA PERDIZ!


¡SE LA VOY A DAR "CHANTA"!
¡AQUÍ ESTÁ!
?


"SALÍ" DE DELANTE!
¡¡LLAMA A UN AUTOMÓVIL!!



COMPLETAMENTE GRATIS PARA LOS FUMADORES DE CIGARRILLOS

IDEALES

Los fabricantes de los cigarrillos Ideales, con el fin de obsequiar a sus favorecedores, han adquirido 40.000 colecciones, compuesta cada una de 8 correctos y detallados mapas en colores, de los diferentes frentes de la Guerra Europea. Son del tamaño de una tarjeta postal y muy cómodos para llevar en el bolsillo.

USTED PUEDE CONSEGUIR UNA COLECCION

formulando su pedido por correo, ya que personalmente no se atenderán pedidos, detallando en el mismo, claramente, su nombre y dirección, y a vuelta de correo le será remitida una colección de dichos mapas, gratuitamente y porte pago.

Dirija su pedido a: IDEALES, Callao y Sarmiento.— Capital Federal.

NOTA. — Serán satisfechos todos los pedidos que se reciban hasta completar la cantidad de 40.000.

Lo que dicen las hojas secas

Macilentas, faltas de savia vital, sacudidas por las brisas de otoño, comienzan a caer de los árboles las primeras hojas.

Las golondrinas parece que se aprestan a la partida y en sus revoloteos últimos, diseñan grandes círculos en la serenidad del cielo. Algunas hojas amarillentas que van a posarse en el suelo, — demostrando que también tienen un alma, — exhalan una queja que refleja la tristeza de su próximo fin. He aquí lo que dicen:

Ha pocas semanas, en la temporada estival, fuimos las compañeras de los niños para los cuales formamos una especie de cúpulas frescas y de verde color. Bajo nuestra sombra, ellos, en bulliciosas bandadas, venían a jugar o a contemplar al ejército de pájaros que se cobijaban entre nosotras y reposaban sobre las ramas. Ellos nos olvidarán pronto y cuando caigan innumerables nuestras hermanas, alfombrando parques, avenidas y jardines, los pequeños y graciosos compañeros a quienes resguardamos de los rayos del sol, formarán montones de nosotras, y soplarán sobre los mismos dispersándonos a los cuatro vientos, y los ingratos, reirán y brincarán satisfechos.

Bajo el inmenso quitasol que compusimos millares de nosotras, pasaron ancianos y jóvenes, hombres y mujeres, ricos y pobres, poderosos y humildes, sabios y necios. Impedimos que la luz plena y el ardor de los



rayos solares les hicieran sentir todos sus rigores y muchos de ellos ni siquiera nos recompensaron con una mirada!

¡Ay! ¡Ahora mismo que caemos quejumbrosas al suelo, extinguiéndonos poco a poco en la caída, nadie nos contempla con simpatía, con lástima, nosotras que fuimos cariñosas con tantos seres!

Sólo dirigen tristemente sus ojos hacia nosotras, jóvenes de rostros pálidos como la cera, que una tos seca sacude sus pechos adoloridos por un mal incurable que los consume lentamente. Miran con espanto la caída de las últimas de nosotras y los hace estremecer la vista de un árbol desnudo, porque éstas son para ellos las señales funestas de la proximidad de su viaje sin retorno. También piensan en nosotras miles de miles de esos enfermos, a quienes su dolencia ha reducido a tal grado de debilidad que les imposibilita para salir de sus aposentos. Claro está que piensan en nosotras con horror...

Al morir nos halaga pensar que, en las diversas gradaciones del verde, unidas siempre como buenas hermanas, hemos constituído la nota de alegría de los bosques, de las alamedas, de las montañas, de los bulevares, donde lentamente pasaron o se refugiaron corazones juveniles entretejiendo su poema de amor.

¡Los que llorarán nuestra ausencia y permanecerán tristes hasta el retorno de la primavera son los árboles, que, al abandonarlos cediendo a la imperiosa ley natural, aseméjanse a muertos a quienes se les hubiese quitado el sudario!

El otoño se aproxima y junto con él nos llega la sentencia de muerte. ¡Al caer sin aliento, desprendidas muchas veces por los fuertes vientos, secas ya, los ojos de innumerables seres humanos se cierran prematuramente para el último y eterno sueño!...

ADELIA DI CARLO.


POUDRE GRASSE DE BRISSAC PARIS
Polvo Grasoso
Brissac.
PARIS
En todo "toilette de señora elegante, no debe faltar el delicioso Polvo Grasoso Brissac.
Por su delicado perfume, adherencia e invisibilidad, no tiene rival.
$ 1.40 la caja.
Pídase en todas las buenas Perfumerías, Tiendas y Farmacias.
Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía.
CHILE, 1958/72, Buenos Aires.
U. Telef., 7260 (Libertad).
POLVO GRASOSO de BRISSAC
Poudre Grasse de Brissac
BRISSAC
PARIS
PARFUMERIE HYGIENIQUE

Nuestros pequeños visitantes



Joaquina Torres — Mora.

Olguita Bulnes — Reina.



Amalia Allandi— Fantasía.



Victoria Laino — Margarita.



P. Bachiller —Barquillero.



Osvaldo Fazio — Luchador



Zulema Gallego — Torero.



Mercedita Velazco — Arco Iris.



Irma Servi e Irma Ojer — Aldeano y Bretona.



Daniel Fernández Rodríguez— Pierrot.

Esteban Rómulo Musizzaur — Pescador.



Amelia Facarro Casalot — Jockey.



Isaac Kurminsky — Cocinero.

Aída Moreno— Bailarina.



Vicente J. Deangelis — Campeón luchador.



Ricardo Bejar— Baturro.



Horacio Luis Nana—Oficial de la mazorca.



Maria E. Blanc— Pierrot.

Lidia R. Santillán Domínguez — Fantasía.



Juan Manuel Giménez — Torero.



Inés Elliza — Orfeón Primitivo Argentino.



Aquiles Carlos Premazzi — Cupido.



METZ
El aristócrata de los automóviles
El coche "METZ" es una novedad.
Todas las innovaciones que ha sugerido la práctica automovilística están en él.
Es el más liviano, porque sólo pesa 850 kgs.
Es el que consume menos nafta y aceite.
EL SISTEMA DE ENCENDIDO ES A MAGNETO DE ALTA TENSION
El "METZ" es el ganador de la clásica "Copa Glidden", en Norte América, carrera de resistencia de 8 días, salvando lomas, médanos y pantanos.
En el "METZ" están eliminadas las roturas o fallas en la transmisión porque funciona
SIN ENGRANAJES
Con sus discos patentados se consiguen
7-VELOCIDADES-7
ENTREGA INMEDIATA
Precio, sobre vagón Buenos Aires, $ m/n. 3.100
Pídanos detalles o visítenos.
Importador: Ing. ADRIAN R. LAJOUS
Salón de ventas: VIAMONTE, 939 - Buenos Aires - U T., 1382, Juncal
REPRESENTANTES EN:
Uruguay: JUAN PRADELLES - Avenida 18 de Julio, 1312 - Montevideo
Provincia de Santa Fe: FEDERICO SOLARI - General Mitre, 715 - Rosario
Fabricantes: METZ COMPANY, Waltham, Mass., U. S. A.


Plus Ultra
CUARESMA

Sumario del número 22 de

PLVS VLTRA

que apareció el 28 de febrero.

Portada: Cuaresma, gouache de Alonso. — Exposición de esculturas en Nueva York, a beneficio de los aliados. — El turbé del sultán Selim "El atroz". — Lugares pintorescos: Suburbios de la Asunción. — El Talar de Pacheco, por Antonio Pérez-Valiente. — La caravana, boceto al óleo de Frank Brasgwyn. — Toledana, por Benito Lynch, dibujo de Centurión. — Pintores americanos en Barcelona, por Valentín de Pedro. — La plegaria, óleo de Bianchi Mosé di Monza. — José María Cao, por Manuel Mayol. — Carnaval, por José María Cao. — Las rondas del amor, por José Martínez Jerez, dibujo de Peláez. — Siesta y Modorra, por Juan Carlos Bernárdez, dibujos de Riambau. — Estival, por Raúl P. Osorio. — Una escena de Carnaval: En el baile de máscaras, gouache de Alonso. — A orillas del lago de Como, por Oliverio Girondo. — Crónica científica: La ubicuidad de los espíritus, por Enrique M. Rúas, dibujo de Alonso. — Los speos de Abu-Simbel, por José B. Llanos. — Desde Italia: Los pintores de la guerra. — Visita al Cardenal, óleo de Sánchez Barbudo. — La "toilette" en la antigüedad, por Rafael Simboli. — Oleo de Zuloaga. — Páginas femeninas: Crónica, por La Dama Duende. Noche serena, por Rosa Bazán de Cámara. Hacia adelante, por Sofía Molina Pico. ¿Quiere usted saberlo?, por María Lebem; dibujos de Sirio. — Retrato de la señora Magdalena Ortiz Basualdo de Becú, fotografía Van Riel. — Instantáneas de Mar del Plata. — Una escalera histórica. — Automóviles sobre el río Hudson.

Nuestros pequeños visitantes






Carmen Di Primio— Dama Antigua.

Alberto Abella— San Juan Bautista.

Josefina, Isabel, Héctor y Adriano Angulo — La Paz, Baturro y Trabajo.

María Rosa Lupo — El Cielo.

Carlos Alberto Sein— Pierrot.






Alma y Nily Bertoni — Dama Antigua y Diablo.

Susana, Carmen e Inés Delgado — Turca, Mariposa y Pastora.

Jacovita y César Pini Achával y Raquel Cerini — Pierrot, Gaucho y Napolitano.

Ana Atorino — Turca.



A. De Micheli y Cía

APERTURA de las CLASES

Por su confección esmerada y su notable duración, nuestros TRAJES resultan indiscutiblemente los más baratos en plaza.

150 151 152

150. — **ESPLENDIDO TRAJE,** modelo «Trinchera», de gran moda, confeccionado en casimir de lana, media estación, marrón, gris y azul marino, todo forrado. Para 8 años, a..... $ **19.25**
Aumentando $ 0.75 cts. por cada año.

151. — **ELEGANTISIMO TRAJE,** modelo «Sportman», confeccionado esmeradamente en rica gabardina de pura lana, color kaki, gris claro y beige, todo forrado. Para 8 años.................. $ **32**
Aumentando $ 0.75 cts. por cada año.

152. — **TRAJE FORMA CAZADORA,** precioso modelo práctico y elegante, prolijamente confeccionado en casimir gris, liso, de pura lana, todo forrado. Para 6 años, a..................... $ $ **15**
Aumentando $ 0.75 cts. por cada año.

CREDITOS. — Acordamos créditos, pagables en 10 meses, sin recargar los precios y sin cobrar intereses. **SOLICITEN CONDICIONES.**

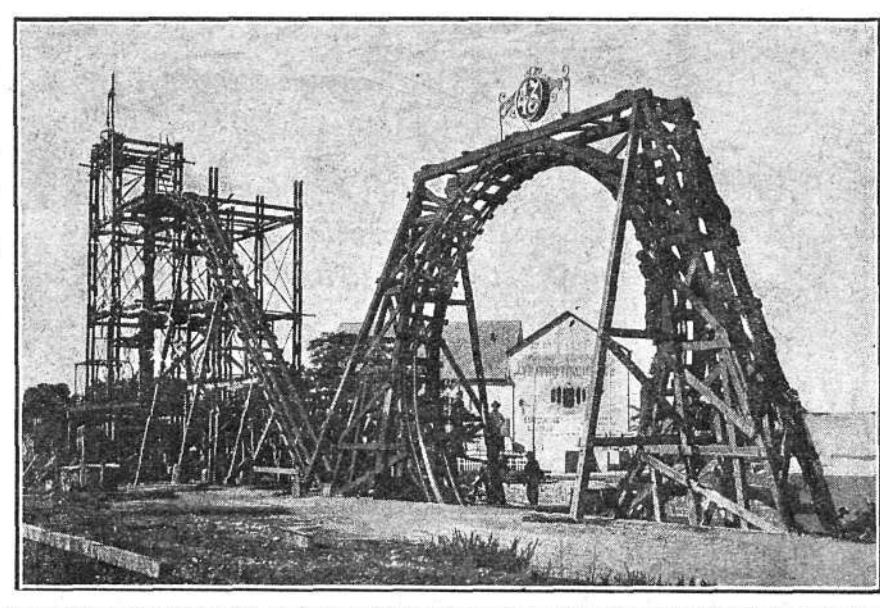
Parque Japonés

La gran atracción "Looping the Loop", se inaugurará el 9 del corriente. — Mañana gran festival a beneficio de la "Sociedad Protectora de los Hijos del Personal de Policía y Bomberos".

La función que se dará mañana en el concurrido Parque Japonés será extraordinaria y a beneficio de la «Asociación Protectora de los hijos de Vigilantes y Bomberos de la Capital». Ese festival está patrocinado por el doctor Julio Moreno, jefe de policía.

La banda de música de la repartición y la fanfarra del Escuadrón de Seguridad, concurrirán al Parque para dar conciertos sinfónicos.

El sábado próximo se inaugurará la gran atracción denominada «The Looping the Loop», recientemente terminada de construirse. Esa atracción es ya conocida por nuestra sociedad por haber funcionado hace unos diez años en el Pabellón de la Rosas. Es grato recordar que entonces nuestras niñas tenían una marcada predilección por el Looping, al que subían con mucho deleite. Hoy muchas de aquellas niñas de nuestra *élite* ya son esposas y madres, pero no por eso han de desdeñar en el Parque Japonés la simpática atracción que nos ocupa. El «Looping the Loop», consiste, como se sabe, en bajar una pendiente en forma rapidísima. El cochecito se desliza veloz hasta adquirir el impulso que combina las fuerzas centrífugas y centípretas, lo que permite, con toda sencillez y seguridad, dar la vuelta total, o sea el «Looping the Loop», propiamente dicho.

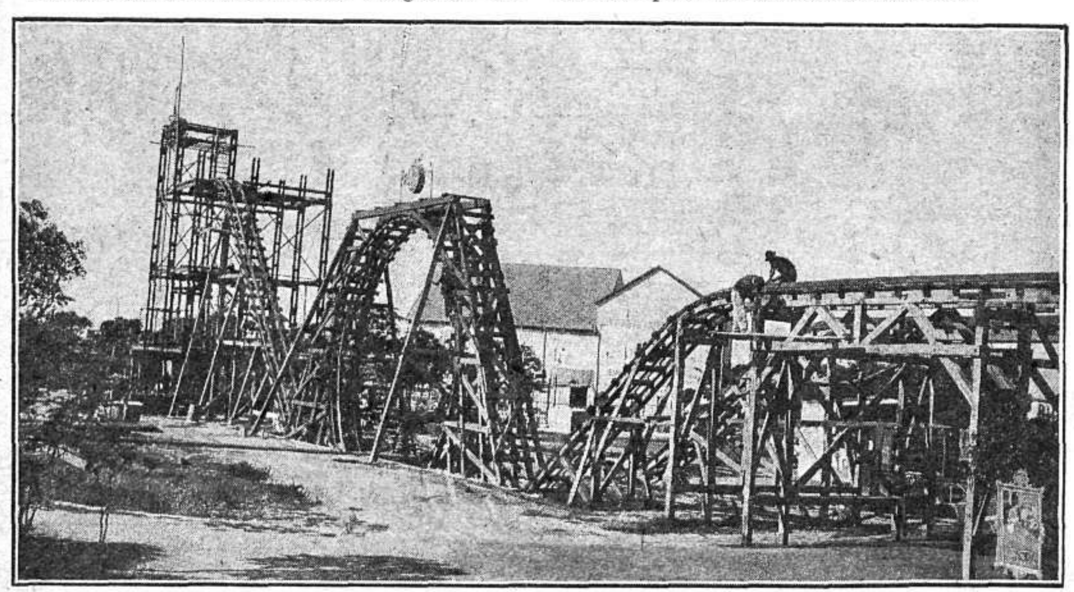


La atracción «Looping the Loop», que se inaugurará el sábado próximo, después de haber sido probada y examinada por las autoridades técnicas de la municipalidad de la Capital.

Esa atracción funciona en todas las grandes ciudades europeas, en las que tiene un señalado éxito.

La instalación hecha en el Parque es costosa y ha sido llevada a cabo de acuerdo con todas las exigencias. Ha sido probada en numerosos ensayos por jefes técnicos de la Municipalidad; uno de esos ensayos consistió en cargar el cochecito con barricas descubiertas llenas de arena suelta. El cochecito hizo el «Looping the Loop» en presencia de los funcionarios y se comprobó que no se había ni siquiera alterado la superficie de arena suelta de las barricas. Luego dieron varias vueltas las personas que estaban presentes en los ensayos. Es, pues, una atracción que no debe ofrecer absolutamente la más mínima inquietud a nadie.

Balsa, el Ursus moderno, trabajará por tercera vez el sábado próximo. Luchará contra un toro.



Vista del conjunto que presenta el «Looping the Loop».

Los Pedidos del Interior

reciben una atención inmediata como si fueran hechos personalmente.

Si Ud. reside fuera de la Capital y necesita los servicios del ***farmacéutico, no vacile,*** *pídalos a la*

Farmacia Franco-Inglesa,

cualquiera que sea la importancia de su pedido, será atendido con toda prolijidad a vuelta de correo.

La Farmacia Franco-Inglesa *tiene instalada una* ***Sección Especial,*** *para el despacho de pedidos al Interior, perfectamente organizada, con un personal competentísimo y de reconocida idoneidad, que le permite interpretar fielmente cualquier encargo por difícil que fuere.*

La Farmacia Franco-Inglesa *mantiene en constante renovación un surtido completo de productos del ramo de la mejor calidad que nadie iguala; los que se renuevan constantemente, debido a las enormes ventas, y esto le permite ofrecer siempre artículos frescos de reciente adquisición, a precios muy equitativos, y que garantizamos en absoluto su procedencia.*

La Farmacia Franco-Inglesa *remite los pedidos a cualquier punto de la República, sin recargo alguno en los precios.*

Farmacia Franco-Inglesa

569, SARMIENTO, 587. — Buenos Aires

Nuestros pequeños visitantes



Osvaldo Quinteros — Paisano.

Teresa y Carmen Baicco — Bailarina y Apache.



Enriqueta Rossi — Mariposa.



Julia Alvarez Malandia — Alsaciana.



Aníbal Peixoto — Musulmán.



Pedro Nicolás Conte — Gaucho.



Teresa Rosa Mohola — Jockey.



Alfredo Lottero — Pierrot.



Agripina y Rosario Bellini — Bailarina y Bersagliere.



Alicia Argentina Zavala — Adivina.



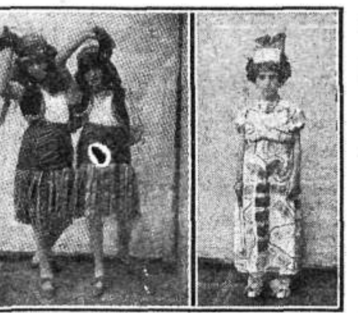
Pilar Ollo y Trinidad Barrientos — Maja y Manola.



Luis M. y María Angélica Talero Pacheco — Gaucho y Apache.



Matilde Abella — Fantasía.



Sara Ayan y Emilia Sánchez — Percheleras.

Concepción Giammatollo—Lotería.

Coñac Domecq

Conserva el bouquet exquisito del añejo Jerez con que se fabrica, llevando al paladar satisfacciones supremas, y al organismo elementos vigorosos de salud y alegría.

Unicos importadores:

Gonzalo Sáenz y Cía.

24, Maipú, 26 - Buenos Aires

ADVERTENCIA

Rogamos a nuestros favorecedores rechacen toda botella de Coñac Domecq que no lleve grabado el nombre de Gonzalo Sáenz y Cía. en la estampilla de Impuestos Internos, que va adherida a la cápsula, única garantía para precaverse de las muchas falsificaciones que diariamente sorprendemos.

DE 51 CENTILITROS HASTA UN LITRO
FABRICANTE Ó IMPORTADOR
GONZALO SAENZ Y Cª
IMPORTADORES



PRECIO DE VENTA:

$ 0.25

Nada más confortable, después de la comida, que una copita de **Coñac Domecq** y un cigarro de hoja **Labor Peninsular,** de la Compañía Arrendataria de Tabacos de España. El gobierno español exige, en la elaboración de estos cigarros, que han de contener tabaco habano.

Importadores: GONZALO SAENZ y Cía.

"Caras y Caretas" en el Parque Japonés

A. Berisso, G. Brodin, H. y J. A. Cordés, A. Sommer, Federico, Carlos y E. Drangosch, A. y C. Gaetano, A. Riestra, R. Cosentino, E. Burlando, L. Severi, E. Valls, Josefina y Nélida Berisso, L. di Lerma, A. Domínguez, D. Barila, Francisco Barila, Lea Phernei, Bernardo Schwarz, María E. Real, Dolores Real, Manuel Gómez, A. y Juan Ravelee.

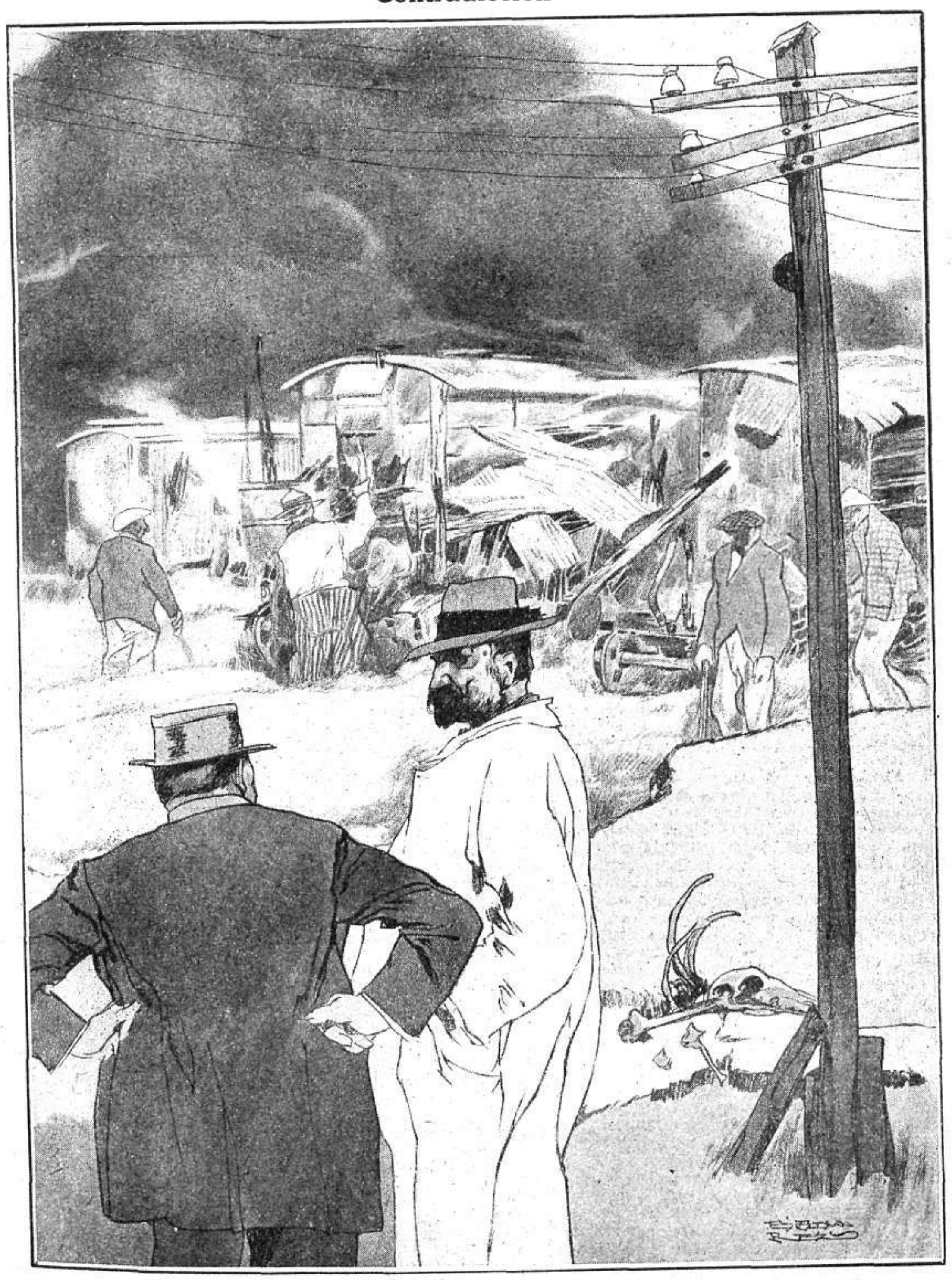

LUIS DUFAUR
MARCA "DOM LUIZ"
MARTINS
DOM LUIZ
1830
PORTO
MARTINS & C.IA
LUIS DUFAUR
SUCCESSOR
BUENOS AIRES
Miles de madres han inoculado la savia de la fuerza y de la robustez en los delicados organismos de sus hijos, dándoles a beber una copita de
Oporto DOM LUIZ,
al terminar sus comidas o en forma de tonificante cocktail, con una yema de huevo.
No existe en el mundo un restaurador y estimulante comparable al
Oporto DOM LUIZ,
en mérito a que éste posee poderosa eficacia natural, basada en su pristina pureza, razón por la cual donde entra el
Oporto DOM LUIZ,
quedan eliminados los tónicos de farmacia.

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI — BUENOS AIRES, 9 DE MARZO DE 1918 — N.º 1014

Contradicción



—¿Qué le parece todo esto, mi amigo?

—Estoy pensando qué hubieran hecho los obreros, si no llegan a ser del "Pacífico".

Muerte de Mariano Moreno

4 de marzo de 1811



Mariano Moreno es más que un hombre en nuestra historia: es un símbolo. La acción revolucionaria de la primera hora; el impulso vigoroso de la junta de mayo; las medidas de violencia adoptadas; la caracterización del movimiento emancipador, — en una palabra, — se resumen en él. Moreno impuso el ritmo, marcó la pauta, mostró el horizonte, a los espíritus desavisados con quienes compartía el gobierno. Fué la concreción de las ideas liberales y progresistas de su tiempo. Y por eso, al desaparecer de la escena, dejó larga y luminosa estela. Cuando no formaba parte ya del gobierno, cuando murió después de haber sido vencido por sus adversarios, su espíritu siguió inspirando a los que abrazaron desde el primer instante sus tendencias. Y así, su pueblo, cree verlo presente en todos los movimientos generosos, amplios, liberales de su posteridad. Moreno simboliza, pues, no sólo la acción revolucionaria. Simboliza también el espíritu liberal, progresista, del pueblo argentino. Y no existirá en mucho tiempo ninguna corporación política entre nosotros, vale decir de hombres entregados directa o indirectamente a la gestión de los negocios públicos, que no lo reconozca su maestro de libertad.

No obstante todo ello, no ha existido hombre público argentino de más breve actuación. Moreno llegó a la secretaría de la junta de mayo, donde ejerció un verdadero ministerio, casi una jefatura de gobierno, sin antecedentes mayores de una actuación anterior. La vida pública de la Colonia, no facilitaba tampoco esa actuación. El gobierno se hallaba organizado en forma tal, que la acción de los que no figuraban al frente de él tenía que resultar necesariamente obscura y sin relieve. Debe empero reconocerse que la famosa «Representación de los Hacendados» y alguna otra gestión profesional de Moreno, perdieron ese carácter, merced al vigor de la pluma de su autor; y adquirieron el de verdaderas piezas políticas que el tiempo aquilataría.

Sin negar el hecho apuntado, consignemos, pues, que Moreno no ejerció su alta magistratura sino desde el 25 de mayo al 18 de diciembre de 1810. No es necesario decir más para destacar el vigor de su talento, la energía de su carácter, *su superioridad*, en fin. Y entiéndase que esa superioridad no la referimos tan sólo a sus colaboradores en la obra revolucionaria. Es, la suya, una superioridad intrínseca. Por ello se destaca no sólo de sus contemporáneos, sino que su figura se perpetúa en el tiempo. Es positivamente una gran figura en el cuadro general de la historia.

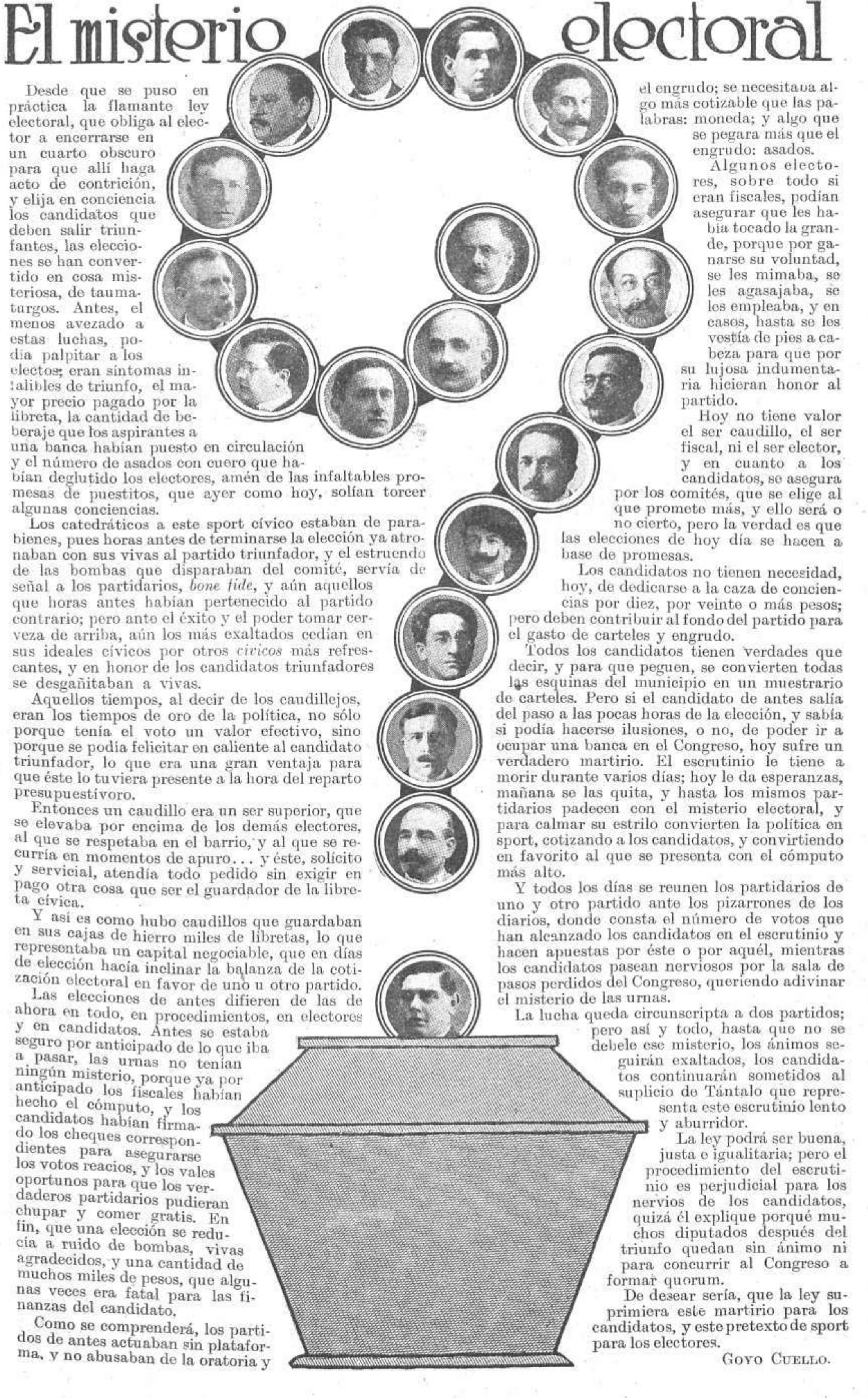
El día que comprendió que sus adversarios eran más poderosos, pues contaban con la fuerzae fectiva, Moreno se excluyó espontáneamente del gobierno. Sus palabras apasionadas en ocasión de su renuncia no fueron sólo una explosión de intemperancia. Significaron un movimiento de respeto a la opinión. Por eso dijo que «no pudiendo ser provechosa al público la continuación de un magistrado desacreditado, renunciaba su empleo». Reconoció que existía una verdadera convulsión provocada por el decreto que suprimió los honores que se tributaban al presidente, y que desterró a Duarte, por aquello de que «ningún habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, puede tener inspiraciones contra la libertad de su patria». Asumió la responsabilidad de ese acto «sin arrepentirse de él, antes bien esperando que un día disfrutaría la gratitud de los mismos ciudadanos que entonces lo perseguían y a quienes perdonó de corazón». Y agregó palabras que deben hacer meditar a todos los que reciben con prevenciones el advenimiento de la democracia. Dijo, refiriéndose a la acción de sus enemigos, que «mira su conducta errada con cierto género de placer, porque prefiere al interés de su propio crédito, que el pueblo empiece a pensar sobre el gobierno, aunque cometa errores que después enmendará».

Nombrado para una comisión diplomática en Inglaterra, sus adictos y quizá él mismo, consideraron que ello importaba una proscripción. Las circunstancias profundamente trágicas de su muerte dieron además asidero a toda clase de suposiciones. Moreno murió a los cuarenta días de navegación, en medio del mar y sin que la fragata «La Fama», a cuyo bordo iba en compañía de sus secretarios don Manuel Moreno y don Tomás Guido, hubiera tocado puerto alguno. El grande hombre estaba enfermo desde que salió de Buenos Aires el 25 de enero de 1811. Víctima luego del mareo, sintió como consecuencia de ello agravarse sus males. A bordo se carecía de médico y de medicinas. Sólo existía el botiquín del comandante del barco. Hizo su dueño tan mal uso de él que el fin de Moreno se precipitó por haberle administrado por error una droga. Y así, sin asistencia médica, en un verdadero desamparo, murió Mariano Moreno, el numen de la revolución argentina, el hombre eminente que simboliza la libertad en el Plata.

Sus últimas palabras fueron dedicadas a la patria: «¡Viva mi patria aunque yo perezca!» Sin analizar mayormente el sentido gramatical de esas palabras, lo que interesa recordar es que el gran desterrado sólo pensaba al morir en la democracia incipiente que contribuyó a fundar. Bajó a la tumba como el soldado de una causa: dedicándole sus últimos pensamientos. Pereció Moreno y vivió su patria. Su voto se cumplió. Y es tan lento el proceso de la democracia que aun hoy deben exhibirse como un ejemplo de austeridad republicana, los conceptos antes transcriptos: «Deben mirarse hasta con placer los errores que el pueblo cometa, porque ellos son, cuando menos, la afirmación de que piensa en su destino. A él mismo le tocará enmendar esos errores» y difícilmente podrá inspirarse mejor que recordando la vida de Mariano Moreno, «maestro de libertad».

M. de Vedia y Mitre.

El misterio electoral



Desde que se puso en práctica la flamante ley electoral, que obliga al elector a encerrarse en un cuarto obscuro para que allí haga acto de contrición, y elija en conciencia los candidatos que deben salir triunfantes, las elecciones se han convertido en cosa misteriosa, de taumaturgos. Antes, el menos avezado a estas luchas, podía palpitar a los electos; eran síntomas infalibles de triunfo, el mayor precio pagado por la libreta, la cantidad de beberaje que los aspirantes a una banca habían puesto en circulación y el número de asados con cuero que habían deglutido los electores, amén de las infaltables promesas de puestitos, que ayer como hoy, solían torcer algunas conciencias.

Los catedráticos a este sport cívico estaban de parabienes, pues horas antes de terminarse la elección ya atronaban con sus vivas al partido triunfador, y el estruendo de las bombas que disparaban del comité, servía de señal a los partidarios, *bone fide*, y aún aquellos que horas antes habían pertenecido al partido contrario; pero ante el éxito y el poder tomar cerveza de arriba, aún los más exaltados cedían en sus ideales cívicos por otros *cívicos* más refrescantes, y en honor de los candidatos triunfadores se desgañitaban a vivas.

Aquellos tiempos, al decir de los caudillejos, eran los tiempos de oro de la política, no sólo porque tenía el voto un valor efectivo, sino porque se podía felicitar en caliente al candidato triunfador, lo que era una gran ventaja para que éste lo tuviera presente a la hora del reparto presupuestívoro.

Entonces un caudillo era un ser superior, que se elevaba por encima de los demás electores, al que se respetaba en el barrio, y al que se recurría en momentos de apuro... y éste, solícito y servicial, atendía todo pedido sin exigir en pago otra cosa que ser el guardador de la libreta cívica.

Y así es como hubo caudillos que guardaban en sus cajas de hierro miles de libretas, lo que representaba un capital negociable, que en días de elección hacía inclinar la balanza de la cotización electoral en favor de uno u otro partido.

Las elecciones de antes difieren de las de ahora en todo, en procedimientos, en electores y en candidatos. Antes se estaba seguro por anticipado de lo que iba a pasar, las urnas no tenían ningún misterio, porque ya por anticipado los fiscales habían hecho el cómputo, y los candidatos habían firmado los cheques correspondientes para asegurarse los votos reacios, y los vales oportunos para que los verdaderos partidarios pudieran chupar y comer gratis. En fin, que una elección se reducía a ruido de bombas, vivas agradecidos, y una cantidad de muchos miles de pesos, que algunas veces era fatal para las finanzas del candidato.

Como se comprenderá, los partidos de antes actuaban sin plataforma, y no abusaban de la oratoria y el engrudo; se necesitaba algo más cotizable que las palabras: moneda; y algo que se pegara más que el engrudo: asados.

Algunos electores, sobre todo si eran fiscales, podían asegurar que les había tocado la grande, porque por ganarse su voluntad, se les mimaba, se les agasajaba, se les empleaba, y en casos, hasta se les vestía de pies a cabeza para que por su lujosa indumentaria hicieran honor al partido.

Hoy no tiene valor el ser caudillo, el ser fiscal, ni el ser elector, y en cuanto a los candidatos, se asegura por los comités, que se elige al que promete más, y ello será o no cierto, pero la verdad es que las elecciones de hoy día se hacen a base de promesas.

Los candidatos no tienen necesidad, hoy, de dedicarse a la caza de conciencias por diez, por veinte o más pesos; pero deben contribuir al fondo del partido para el gasto de carteles y engrudo.

Todos los candidatos tienen verdades que decir, y para que peguen, se convierten todas las esquinas del municipio en un muestrario de carteles. Pero si el candidato de antes salía del paso a las pocas horas de la elección, y sabía si podía hacerse ilusiones, o no, de poder ir a ocupar una banca en el Congreso, hoy sufre un verdadero martirio. El escrutinio le tiene a morir durante varios días; hoy le da esperanzas, mañana se las quita, y hasta los mismos partidarios padecen con el misterio electoral, y para calmar su estrilo convierten la política en sport, cotizando a los candidatos, y convirtiendo en favorito al que se presenta con el cómputo más alto.

Y todos los días se reunen los partidarios de uno y otro partido ante los pizarrones de los diarios, donde consta el número de votos que han alcanzado los candidatos en el escrutinio y hacen apuestas por éste o por aquél, mientras los candidatos pasean nerviosos por la sala de pasos perdidos del Congreso, queriendo adivinar el misterio de las urnas.

La lucha queda circunscripta a dos partidos; pero así y todo, hasta que no se debele ese misterio, los ánimos seguirán exaltados, los candidatos continuarán sometidos al suplicio de Tántalo que representa este escrutinio lento y aburridor.

La ley podrá ser buena, justa e igualitaria; pero el procedimiento del escrutinio es perjudicial para los nervios de los candidatos, quizá él explique porqué muchos diputados después del triunfo quedan sin ánimo ni para concurrir al Congreso a formar quorum.

De desear sería, que la ley suprimiera este martirio para los candidatos, y este pretexto de sport para los electores.

GOYO CUELLO.

Dos grandes exponentes de fuerzas partidarias



Cabecera de la manifestación socialista, celebrada con objeto de dar por terminada la campaña electoral.

Otro detalle: los manifestantes, oyendo al doctor Mario Bravo.

Los clásicos jinetes, en la manifestación que llevó a cabo el partido radical.

Miembros dirigentes del radicalismo, a la cabeza de los manifestantes.

El acto electoral



El doctor Crotto, en el comité radical, rodeado de sus correligionarios, momentos antes de dar comienzo a la jornada cívica.



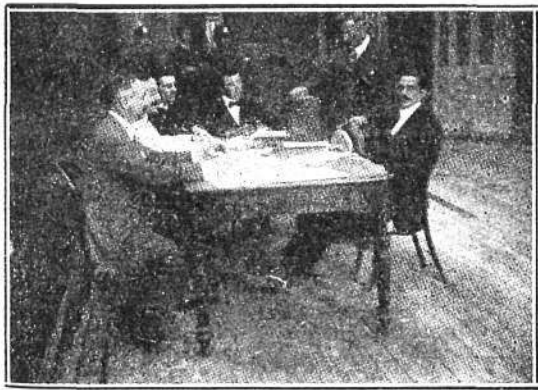
El doctor del Valle Iberlucea y los candidatos socialistas, en el comité central, preparados para comenzar la recorrida de fiscalización.



Democracia plena... mesa instalada en la calle, por no poder soportar la ubicación que se le dió en un corralón antihigiénico.

El célebre «cuarto obscuro», instalado en la calle.

Mesa N.° 3, del Socorro, presidida por el doctor Adolfo Labougle (hijo), y los apoderados de los partidos radical, socialista y demócrata.



El Ministro de Hacienda, doctor Salaberry, votando en la sección 12.



El Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Pueyrredón, cumpliendo con sus deberes de ciudadano.



Las autoridades de la mesa constituída en nuestra casa, haciendo entrega de la urna al empleado de correos, al terminar el acto.



Llegada del primer automóvil, conduciendo los canastos con las urnas, al Congreso.



En el Palacio del Congreso. — Los empleados del correo, transportando las primeras «sagradas» urnas.

El Balneario

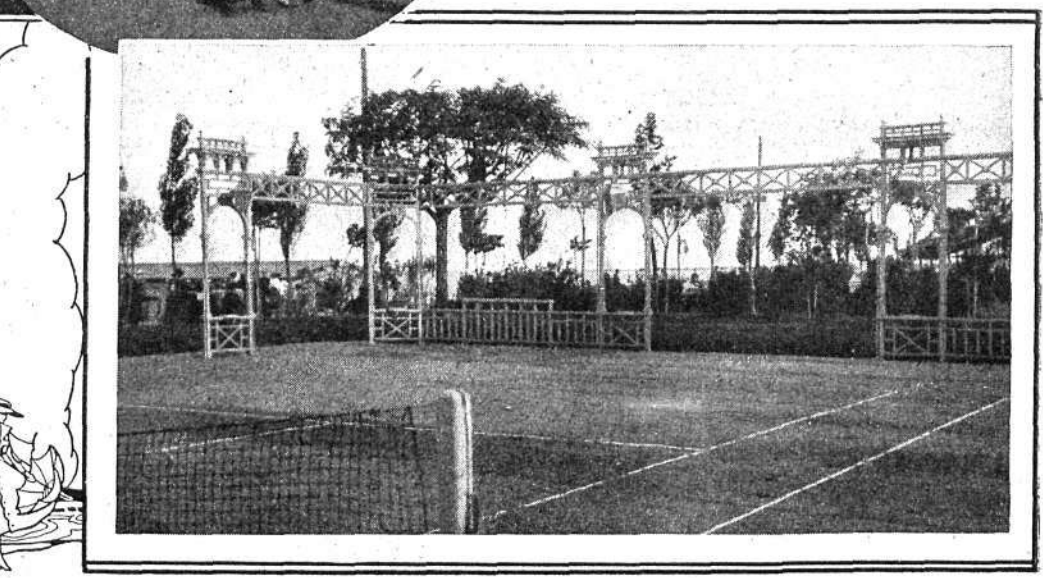
A Buenos Aires le hace falta un río. Esto parece una paradoja, pero en realidad no lo es, porque el Río de la Plata no es tal río, sino un mar, y Mar Dulce y Mar de Solís fueron sus nombres primitivos. Un río como lo tienen Londres, París, Roma, un río como el Támesis, como el Sena, como el Tíber, un río que divida la ciudad y ofrezca a la vista el descanso de sus grandes perspectivas, con sus puentes, sus malecones bordeados de grandes edificios, sus barcos que van y vienen, es lo que no tiene Buenos Aires. Se dirá que el Riachuelo; bueno; pero supuesto que eso sea un río, está, como quien dice, en la frontera de Buenos Aires. Tenemos, pues, que



Una familia paseando por la rambla.

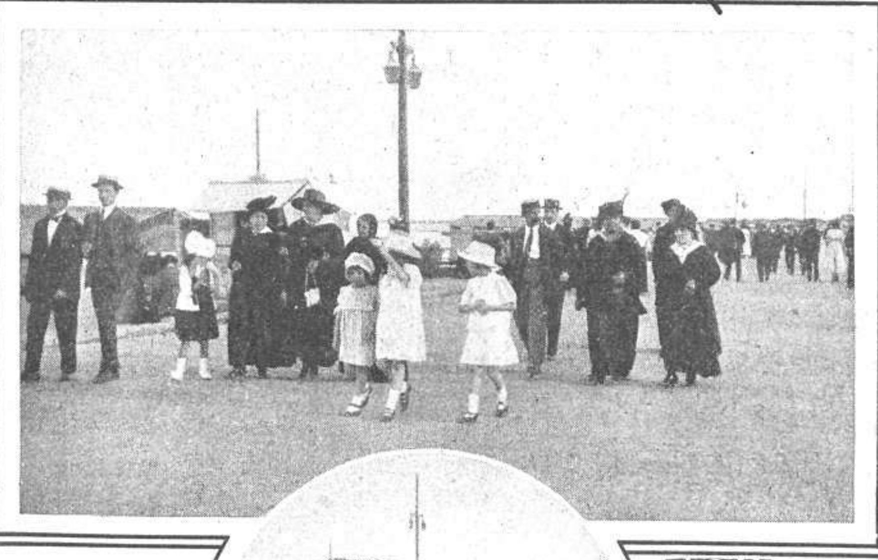
Disfrutando de los aires del río.

Familias llegando al balneario.



Cancha de tennis.

Municipal



A la caída de la tarde. — El paseo.

contentarnos con el Río de la Plata. Mas, hace tiempo que la capital no puede contar con su río. Las cosas han ido disponiéndose de tal manera, que la enorme mayoría de la población no lo conoce sino de nombre, o no lo ve sino desde las azoteas o cuando va en tren al Tigre. Las líneas férreas, los diques del puerto, cien otros obstáculos se interponen entre la población de Buenos Aires y el río. Antes no era así; el río era familiar a todo el mundo, era, en verdad un río *nuestro;* llegaba hasta el Paseo de Julio, y a veces se asomaba hasta la calle 25 de Mayo; estaba al alcance de todos y todos lo aprovechaban. Los progresos de la gran urbe acaban con todo eso y el río de la Plata pasó a ser una especie de mito geográfico para la mayor parte de los habitantes de Buenos Aires, que para verlo de cerca tenían que embarcarse para Montevideo, o arrostrar mil peligros para llegar a la orilla. Ahora, gracias a una feliz iniciativa del Intendente, tanto más plausible cuanto más rara, Buenos Aires puede asomarse al río, verlo de cerca y hasta bañarse en él con pocas molestias. Mediante el Balneario Municipal, Buenos Aires ha reconquistado en parte su río, su mar, y se siente por ello verdaderamente feliz. Pero eso no basta; es preciso hacer nuevos balnearios, para mayor solaz, higiene y buen humor de la gente porteña, tan difícil de abandonar su *morgue* tradicional.

De su éxito da prueba la concurrencia que diariamente visita el balneario, habiéndolo convertido el público en su paseo favorito.

R. MARTIERENA.



Un resguardo frente al río.

Los jardines frente a la rambla.



Uno de los paseos del balneario.



Homenajes



Ante la tumba de Almafuerte; durante uno de los discursos pronunciados al conmemorar el 1.er aniversario de la muerte del gran poeta.

Socios del «Aereo Club» y amigos de Newbery, depositando una corona de flores en su tumba, al cumplirse el 4.° aniversario de su muerte.

El centenario de la llegada del primer ministro norteamericano



Mausoleo erigido a la memoria del 1.er enviado de Norte América, señor C. A. Rodney.

Ha dado motivo a un intercambio de notas, que denotan la amistad que une a nuestro pueblo con la gran nación del Norte, en ocasión del centenario de la llegada del primer ministro de Norte América.

César Augusto Rodney fué enviado por el presidente de los Estados Unidos, Monroe, cumpliendo lo que había anunciado en su mensaje del 12 de diciembre de 1817, no sólo para pulsar los sentimientos que inspiraban a la nación y las orientaciones de estos gobiernos, sino para obtener una noticia exacta sobre la vitalidad de la revolución argentina y poder adoptar así una norma de conducta que fuera al mismo tiempo de política interna e internacional. Porque los Estados Unidos sabían que en el congreso de Aquisgran o Aix-la-Chapelle de 1818, complementario del de Viena de 1815, había intención de tratar lo relativo a las colonias españolas, por la Santa Alianza.

Como se ve, no podía ser más extraordinaria ni trascendentalísima la misión que Rodney traía a este país.

Llegó Rodney a la Argentina, el 28 de febrero de 1818, acompañado de Jayme Graham, del departamento de Estado, Teodoro Bland, uno de los jueces de Baltimore, y Mr. Brachenwidge, en calidad de secretario. Este último visitó a nuestro primer secretario de Estado y de Relaciones Exteriores el día 2 de marzo, anunciando para el 4 que se «personaría» la comisión, como así se verificó.

Poco tiempo tuvo Rodney la suerte de actuar entre nosotros, pues el día 10 de junio de 1824, falleció repentinamente.



Señor Federico J. Stimson, embajador extraordinario, actualmente en nuestro país.

Laureado



Ingeniero E. Aldo Scotto, que ha obtenido los premios «Medalla de Oro» y «Enrique Ader», adjudicados por la Facultad de C. Exactas, Físicas y Naturales.

Bodas de oro



Banquete celebrado por la Comisión Directiva de la prestigiosa sociedad italiana «Lago di Como», en ocasión de celebrarse el cincuentenario de su fundación.

En el correo



Doctor Antonio Barrera Nicholson, secretario general de la repartición, designado director interino, durante la ausencia del titular doctor J. M. Giuffra.

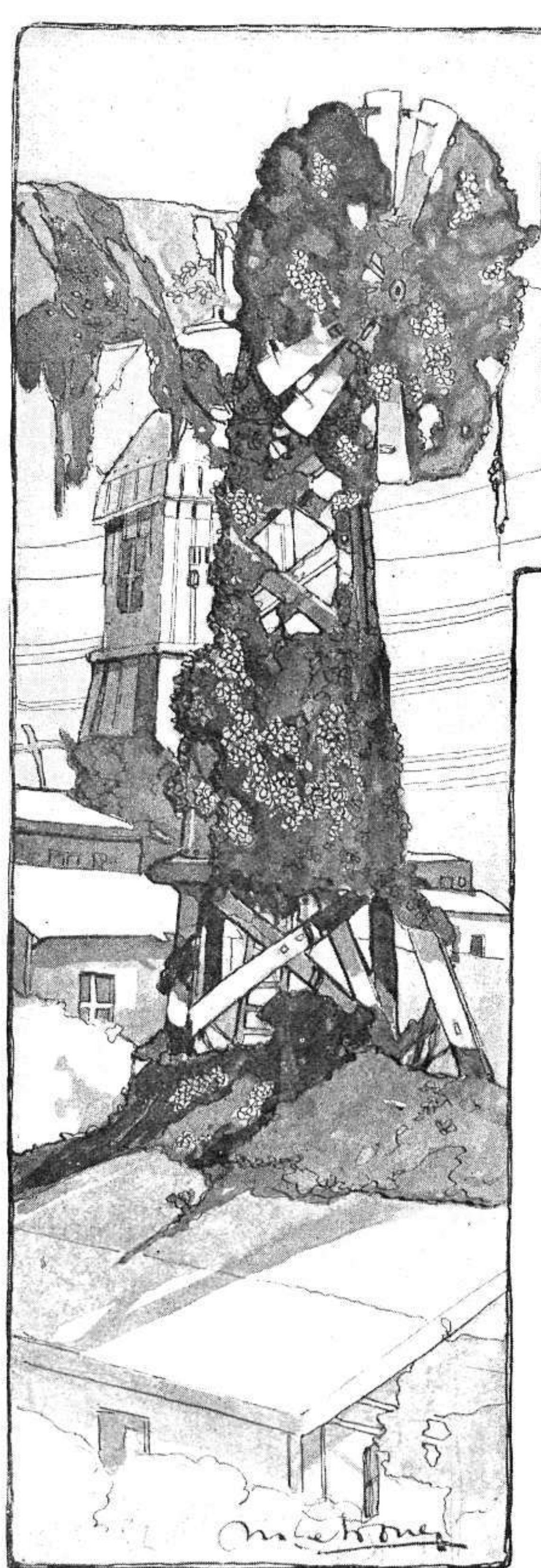


CARICATURAS DE ACTUALIDAD

Doctor ALFREDO L. PALACIOS,

POR ALONSO

Con su porte caballero,
su continente altanero,
y su modo de mirar,
es a todos popular



EL MOLINO EN DESUSO

NUEVO MOTIVO

Gime un viento glacial precursor del Otoño;
parece que una angustia recóndita *flotara*
por sobre los caminos silenciosos
y en el azul perdido de la casa.
Y tú, pobre molino, siempre inmóvil
parece que *lloraras*
bajo esta tarde gris, en que los vientos
suenan entre las hojas sus invisibles flautas.

Tus racimos de flores se estremecen
como si presintieran la llegada
de la suave estación del tono triste
que ha de *arrancarte* tus floridas galas,
y dejar tu ridículo esqueleto
desnudo de verdor y de elegancia.

¡Tiemblan tus flores, y tus hojas tiemblan,
y hojas y flores cual si fueran lágrimas
van cayendo en la tarde pensativa,
desconsoladas!

Así como tus flores y tus hojas,
¡oh, buen molino de mi humilde granja,
en un presentimiento de amarguras
tiembla mi corazón tras breves pautas
como un niño miedoso ante la noche,
y piensa *ensombrecido en la* llegada
del tiempo inevitable en que sus rosas
se habrán de marchitar en una mansa
tristeza del crepúsculo!

Para ti tornarán las tardes claras
y todas las futuras Primaveras
a llenarte de *nuevo de fragancias*.
Tu esqueleto ridículo ha de verse
lleno de flores otra vez mañana,
a nuevas aves servirás de nido,
y a nuevos soles le darás tus gracias.

¿Y el corazón? El corazón no tiene
sobre esta vida *transitoria* y *vana*
más que una Primavera, ¡oh, buen molino,
y pasa para siempre, cuando pasa!

ALFREDO R. BUFANO.

Dib. de Petrone.

Ferrocarriles del Estado

Los talleres de Tafí Viejo

Es vieja costumbre, y a veces bastante perniciosa, la de decir y sostener que el estado es un pésimo administrador, de manera que si se le pone a administrar ferrocarriles, por ejemplo, los echa a perder sin remedio. En apoyo de semejante teoría, no se aducen argumentos positivos, sino teóricos. A lo sumo, suele citarse el caso de algún país en donde los ferrocarriles son del estado y no andan bien.

Pero la verdad de las cosas es que el estado es un administrador tan bueno o tan malo como cualquier particular, individual o colectivo. La gran cuestión es que aprenda lo que tiene que hacer, para lo cual, necesariamente, hay que enseñárselo. Y una vez que el estado ha aprendido, lo hace bien, aunque nunca falten motivos de censura para su acción, como no faltan tampoco para la acción de los particulares.

Una calle del Pueblo Obrero.

Vista general de los talleres.



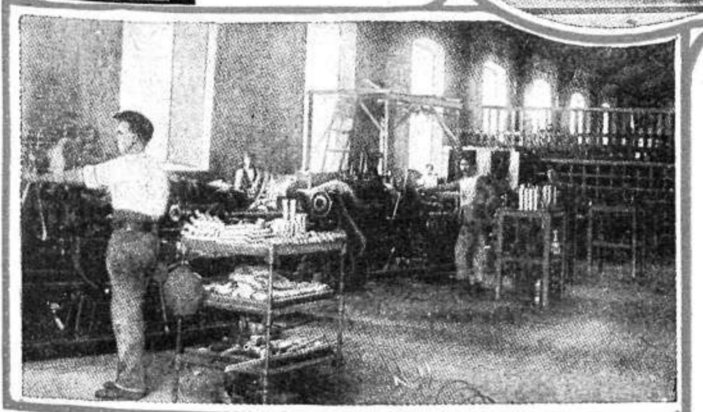
Entre nosotros, el estado administra organismos tan complicados como el ejército, la marina, el correo, el telégrafo y algunos otros, sin que se distinga especialmente, — esta es la verdad, — por la mala manera como lo hace: no lo hace ni mejor ni peor que ningún otro estado, a pesar de ser la administración pública, en el más amplio significado de los términos, relativamente joven en nuestro país. Pero hay un prejuicio verdaderamente singular en cuanto a la capacidad del estado para la administración de ferrocarriles; se le cree absolutamente incapaz para ello. ¿Por qué? Unicamente porque durante mucho tiempo no tuvimos sino ferrocarriles de propiedad particular, de los cuales siempre nos hemos quejado; pero que suponemos, «per sé», mejor administrados que puede serlo cualquier ferrocarril del estado.

Gran viruta de hierro, sacada por los tornos automáticos.

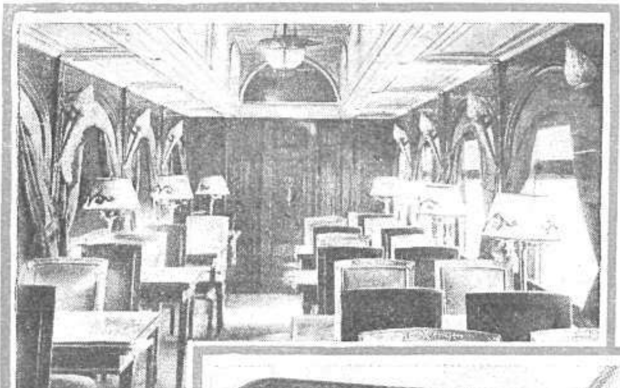


La usina. — Salón de motores.

Mas, desde hace algún tiempo, el estado argentino es dueño de una apreciable red de ferrocarriles, y éstos no están tan mal administrados como nuestros prejuicios habrían querido esperarlo. Sin duda, no faltan motivos de queja al público; pero esos motivos no son específicos, esto es, peculiares de los ferrocarriles del estado, sino generales a todos a unos más a otros

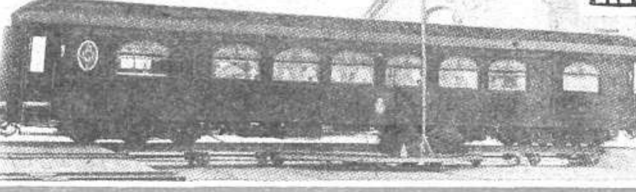


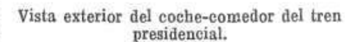
Vista parcial de la sección de tornos automáticos.



Interior del coche-comedor del tren presidencial.







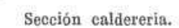
Vista exterior del coche-comedor del tren presidencial.

menos. Puede ser que la inexperiencia ocasionara al principio algunos errores y deficiencias; pero con el tiempo y la práctica esos errores y deficiencias han ido remediándose, y poco a poco la administración de los ferrocarriles del estado ha ido a su vez «encarrilándose.»

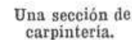
Los ferrocarriles argentinos del estado alcanzan ya una extensión de algunos millares de kilómetros, y están dotados de todos los elementos necesarios para su funcionamiento. Entre ellos, la posesión de buenas maestranzas y talleres es fundamental, pues sin ellos no hay funcionamiento posible, ya que el material hay que estar continuamente reparándolo, cuando no construyendo nuevo. Y en este aspecto de la cuestión, el estado tampoco ha fracasado como administrador, pues tiene sus maestranzas y talleres en muy buenas condiciones de eficiencia. Las fotografías que publicamos dicen por sí solas más que lo que nosotros podríamos decir. Hay, por lo tanto, que arrojar lejos el prejuicio contra las capacidades administrativas ferrocarrileras del estado, y más bien, practicar con él la máxima evangélica: enseñar al que no sabe.



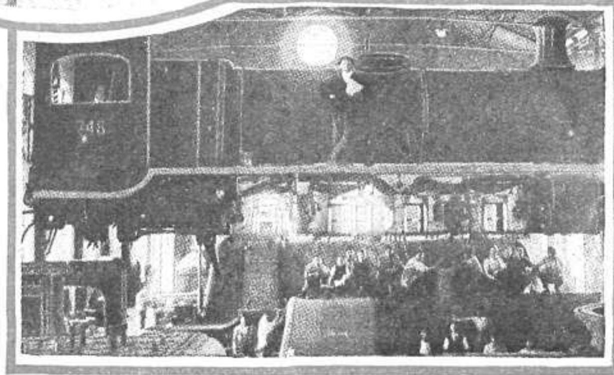
Sección de herrería de coches y vagones.



Sección caldereria.



Una sección de carpintería.



Sección montaje de locomotoras.

Rivalidades

CUENTO VIEJO

I

EN QUE SE DA A CONOCER AL BRIBÓN DE REINAFÉ Y TODO LO QUE A ÉL ATAÑE

Hermenegildo Reinafé era el niño mimado de la alta sociedad de su provincia. Con un poco de talento y un mucho de sinvergüenza, había logrado imponerse. Las muchachas se disputaban su cariño, hasta el punto de arañarse por él en plena plaza, durante las noches de retreta, y las viejas se embriagaban de gozo cuando lo veían aproximarse a sus «niñas casaderas».

Consecuencia de todo esto: una tirria formidable hacia Reinafé, de parte del sexo feo de la localidad.

— Es un pedantón *de lo más pior* — decía el hijo del comisario, con esa tonada melodiosamente rítmica, tan característica de los hombres de tierra adentro.

— ¡Se cree que porque ha *estudiao* en Bueno Aires va a saber *ma* que *nosotro!* — agregaba alguien.

— ¡Claro *pue!*, ¡dos y dos son cuatro y da lo mismo aprenderlo aquí que en Salamanca! — añadía otro.

Esto era lo que menos le perdonaban sus comprovincianos al afortunado Reinafé: ¡haber estado en Buenos Aires!

Y el que más vociferaba era Contreras...

II

EN QUE SE SABE QUIÉN ES CONTRERAS

Contreras era largo y finito como silbido de ánima. ¡La sabia naturaleza, que todo lo compensa, según dicen, le había concedido muy poco talento, pero a cambio de ello habíale otorgado una cabeza grande, irrespetuosamente grande! Su nariz, no sé por qué rara asociación de ideas, traía a la memoria aquellos versos de Quevedo:

«Erase un hombre a una nariz pegado...»

Los ojos, en cambio, eran pequeños y se ocultaban, casi hasta desaparecer, tras las tupidas y encrespadas cejas. Las cejas de Contreras eran una sola línea de pelambre, sin interrupción alguna, que iba de sien a sien, sirviendo de límite entre la frente y el resto de su cara: eran los Andes, los Pirineos, o los Urales...

Pasaré muy de prisa por sobre los dientes de este hombre: sólo tenía tres en la mandíbula superior, contra uno que acusaba la de abajo.

Esto en cuanto al físico.

Moralmente, Contreras era bueno. Bueno porque tenía pereza de ser malo, o porque le faltaba talento para serlo.

Y ahora os lo presentaré desde el punto de vista intelectual. Ya he dicho que madre Natura no fué pródiga con él cuando le dió talento; esto justificaba, en cierto modo, el fruto escaso que dieron en él las enseñanzas de sus maestros. Pero lo asombroso es que Contreras, muy a pesar de sus veintitantos años, ni siquiera sabía hablar como la gente. Lo que más trabajo le daba era la *erre*. Cuando esta malhadada letra iba delante de la palabra, como en *respetable*, él le daba el valor de la *y* y decía *yespetable:* mas cuando iba entre dos vocales, como en *caracoles, paraguas*, nuestro hombre decía: *caldacoles, paldaguas.*

Esto era muy fácil de entender, pero algunos vocablos originaban serios conflictos: tal ocurría con los sustantivos *pera* y *perra*, que por obra y gracia de su defectuoso lenguaje, Contreras pronunciaba indistintamente: *pelda.*

El que escuchaba tan rara fraseología tenía que hacer un minucioso análisis de los adjetivos que calificaban a esos sustantivos, para tomar el verdadero sentido de la oración. Así, cuando le oían decir:

— *Pelda cacholda* — sabían todos que quería referirse a una «perra» cachorra.

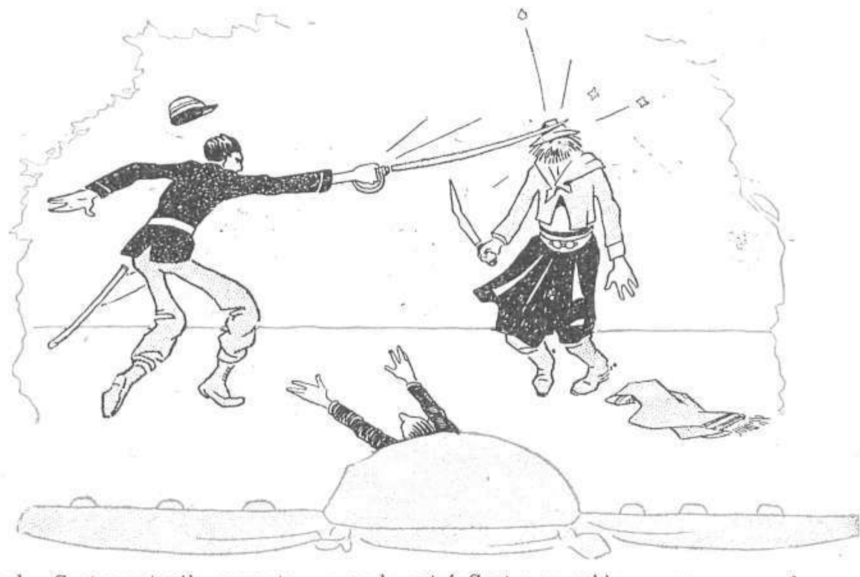
Y cuando decía:

— *Pelda velde* — era que quería referirse a una «pera» no madura.

Tal era Contreras, el que tanto odiaba a Hermenegildo Reinafé.



Y el motivo de este odio era muy serio: rivalidades de amor.



III

EN QUE SE CUENTA DÓNDE Y CÓMO SE VENGÓ CONTRERAS DE SU RIVAL REINAFÉ.

Celebrando no sé qué acontecimiento notable en la efemérides del terruño, preparóse una representación extraordinaria de «Martín Fierro»: la interpretación estaba a cargo de la más alta aristocracia provinciana.

A Hermenegildo Reinafé se le dió, — ¡claro está!, — el papel de protagonista. En cambio al pobre Contreras tocóle en suerte un mísero partiquín: hacía de polizonte.

Esta rivalidad artística vino a acrecentar en forma alarmante el odio de Contreras.

Pero nuestro hombre se cuidó muy bien de disimular sus iras hasta el día de la fiesta...

¡Por fin llegó el momento solemne de la vendetta!

Era un sábado, de noche. La sala del «teatro» improvisado con unas malas tablas y lonas pintarrajeadas, estaba rebosando gente. Al levantarse el telón había salido Reinafé, luciendo un espléndido traje de gaucho, que produjo entre el elemento femenino un murmullo harto significativo.

Estefanía, la hija del boticario, por la que andaba Contreras bebiéndose los vientos, estaba en un palco, radiante de hermosura, dirigiendo al valiente «Martín Fierro» tiernas miradas de carnero degollado. Y Reinafé, que también había perdido el seso por ella, le devolvía las miraditas...

Esto ponía fuera de sí al pobre Contreras, que se paseaba entre bambalinas furioso como un tigre enjaulado.

— *¡¡Me las va a pagal esa pelda!!*

(Esta vez no había lugar a dudas: había dicho «perra»).

Después de varias escenas, en las que Reinafé conquistó aplausos y ovaciones, llegó el ansiado momento en que nuestro polizonte Contreras debía entrar a escena a pelear con el gaucho matrero. ¡¡Y aquí fué Troya!!...

Reinafé había recitado a maravillas aquello de:

«Para mí la tierra es chica
«Y pudiera ser mayor.
«Ni la víbora me pica,
«Ni quema mi frente el sol»

cuando entró Contreras, sable en mano y poncho en brazo.

— *¿Es uste Maltín Fieldo?*

— *El mesmo soy, ¿qué se ofrece?*

— *¡Dese pleso!*

Y aquí desenvainó Fierro su «lata» y comenzaron a pelear.

Según lo indicaba el libreto, nuestro polizonte debía morir atravesado por el hierro homicida de su rival, mas pareciéndole a Contreras que era desdoroso caer vencido ante la hermosa Estefanía, aprovechó un descuido de Reinafé y sin decirle agua va, descargóle tan formidable cintarazo en la cabeza, que a no ser ésta de una dureza a toda prueba, se la habría partido... en mil pedazos.

Reinafé se tambaleó un momento; tembláronle las piernas, largó ahí no más el poncho y el facón y ante el asombro del «respetable público» fuése corriendo hacia su camarín, sin cuidarse para nada de la obra que se estaba representando.

Contreras, hinchado de orgullo como un pavo real, estúvose parado en medio del escenario recibiendo los aplausos del auditorio y las felicitaciones de sus amigotes, que desde la primera fila gritaban:

— *¡Bravo Contreras, lo has marcado!...*

Hasta que el hijo del comisario que servía de «traspunte» salió al proscenio y dijo:

—*¡¡¡Respetable público: se suspende la función porque este bruto de Contreras le ha pegado un garrotazo terrible al pobre Martín Fierro que está llorando ahí adentro y dice que no quiere salir!!!...*

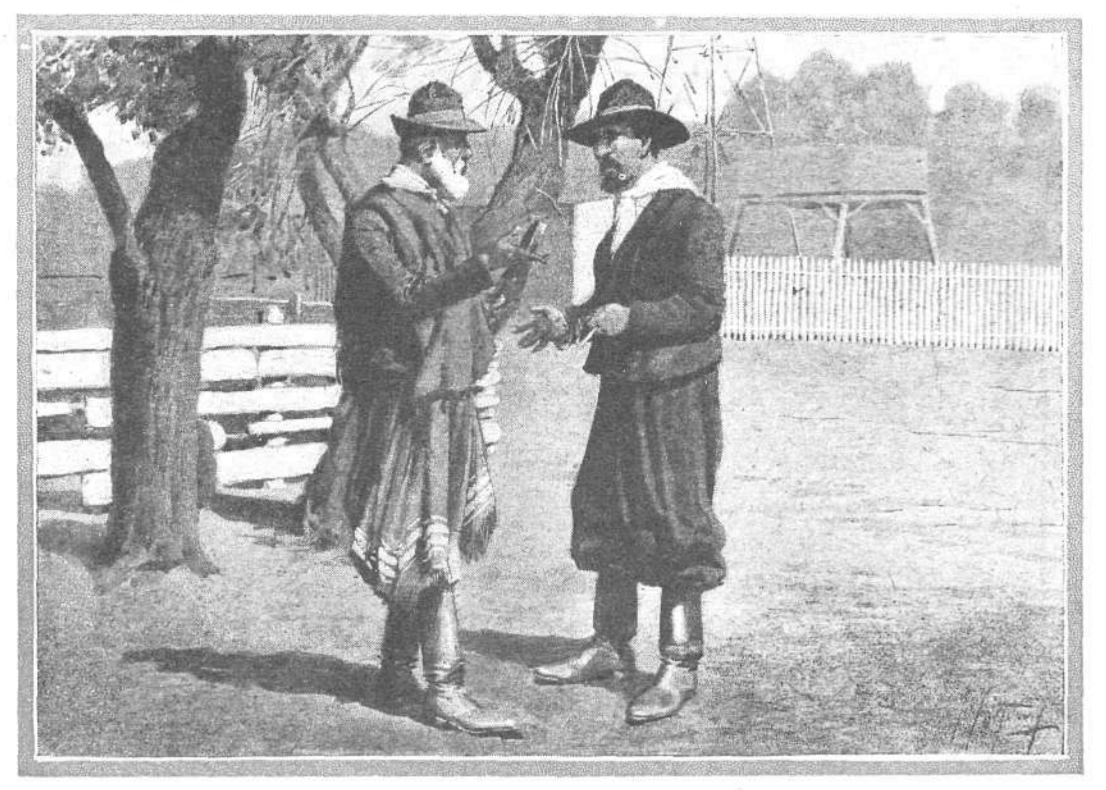
OSCAR R. BELTRÁN.

Dib. de Bolins.



NUESTROS MÉDICOS, por Centurión





LOS NUEVOS GAUCHOS

En la estancia de don Albino se esquilaban, todos los años, de veinte a veinticinco mil ovejas.

El trabajo se efectuaba en un gran galpón con techo de cinc y piso de argamasa. Hasta cien esquiladores solían trabajar a un tiempo y no se oía sin embargo más ruido que el de las tijeras automáticas y de los árboles y poleas que hacía girar incesantemente el poderoso motor.

Las conversaciones vivaces, el continuo dicharacheo, los gritos de «¡Médico!», «¡Venteveo!...», «¡Vellón y lata!», todo lo pintoresco del esquileo en las viejas estancias gauchas, había desaparecido allí, donde todo marchaba con la regularidad de un taller moderno.

Dos capataces contraloreaban el trabajo de los operarios y el patrón los vigilaba a ellos, a los peones de la enfardadora macánica, a los embretadores, a los aganadores, a todo y a todos, incluso los encargados del «rancho», que se servía a horas fijas, a toque de campana.

Los chicos vendedores de pasteles y tortas fritas, sandías y duraznos, no tenían acceso a la finca; y estaban inexorablemente proscriptos, el alcohol, el naipe y la taba.

Don Albino no era, sin embargo, — como pudiera suponerse, — un cultivador extranjero, o por lo menos *un hombre de ciudad*.

Era, por el contrario, un perfecto tipo de criollo. De mediana estatura, retacón, amplio de espaldas y de pecho y de abultado abdomen; de cabellera y barba entrecana, de rostro trigueño bronceado por los soles, de brillantes ojos negros, la expresión de su fisonomía era noble y severa. Su indumentaria, bien que prolija, ajustábase al clasicismo campesino: toscas botas de cuero amarillo, bombacha y casaquilla de merino negro, golilla de seda blanca al cuello y sobre la cabeza el chambergo de anchas alas.

De que poseía una inteligencia lúcida y desmaneada de prejuicios rutinarios, daba cumplido testimonio la organización de su establecimiento, montado a la moderna, pero con gran sentido práctico, sin exageraciones snóbicas. Nunca se había aventurado en una reforma sin previa comprobación de su eficacia.

Y de igual modo en los hábitos domésticos.

— Lo necesario nunca es lujo, — respondía a quienes intentaban burlarse del confort introducido en su vivienda: la extrema limpieza, el blanqueo anual de todas las habitaciones, la instalación de un molino y [illegible] del viejo pozo de balde, cuyo brocal verdeaba con los musgos parietarios y cuya roldana, nostálgica de la soga, permanecía inmóvil, lentamente comida por el herrumbre; la cocina de hierro, la ordenada despensa y la inflexible prohibición de penetrar, — no sólo en las habitaciones, sino ni siquiera al patio, — a toda la fauna doméstica: perros, gatos, patos y gallinas.

— Por más rico que un hombre sea, — solía decir, — nunca vive bien si no sabe ser ordenado y poner cada hombre y cada cosa en su sitio y utilizarlas como es debido. Con postes torcidos se hace un alambrao derecho: la custión es tener idea y pasensia pa encontrarle el acomodo.

— Mire, compadre Juan, — díjole una vez su vecino don Zoilo, gaucho viejo, alto, flaco, melenudo y barbudo, — mire, compadre, si tuitos los criollos hiciéramos como usté, pronto s'iba acabar la raza gaucha.

— Ya se v'acabando, — respondió don Albino; — y se va acabando por culpa de ustedes.

— Por culpa 'e los gringos, que nos van comiendo.

— Los gringos los van comiendo porque ustedes, en lugar de aprender a trabajar como ellos, mejorando las haciendas, haciendo aguadas, empleando maquinarias, siguen perdiendo el tiempo en dormir la siesta, *tomar mate y cuidar parejeros. Asina, hoy hipotecan* un pedazo 'e campo, mañana otro, y al cabo un tiempo nos les queda ni cuatro varas de tierra pa servirles de *sepoltura*...

— ¡Yo los odeo y los he de peliar hasta lo último!

— Sí; ¡peliando con facón a uno qu'está armao de ametralladoras!...

— ¡No importa!... Se debe tener coraje anque la vida se pierda!... ¡El coraje es lo que vale!...

— Lo que vale es el triunfo. Tener coraje pa morir y no tenerlo pa vivir no merece alabanza.

— No sé; de cualquier modo, el gaucho se muere, pero ha 'e saber morir en su ley.

— Se equivoca, compadre. El gaucho, el criollo, no se muere, se trasforma, refinandosé lo mesmo que las haciendas. Ya ni rastros quedan de los gauchos-trova, haraganes, vagabundos, ni de los Moreiras bochincheros, borrachos de pulpería y peliadores de polesías... También se acabarán los estancieros que no saben o no quieren mirar al porvenir. ¡Es locura pretender que corra p'atrás el agua del arroyo!

MARTÍN LAGUNA.

Los primeros días de la ofensiva

Sed de noticias, dolor sentido, fe en el porvenir



¡Papá se ha salvado!

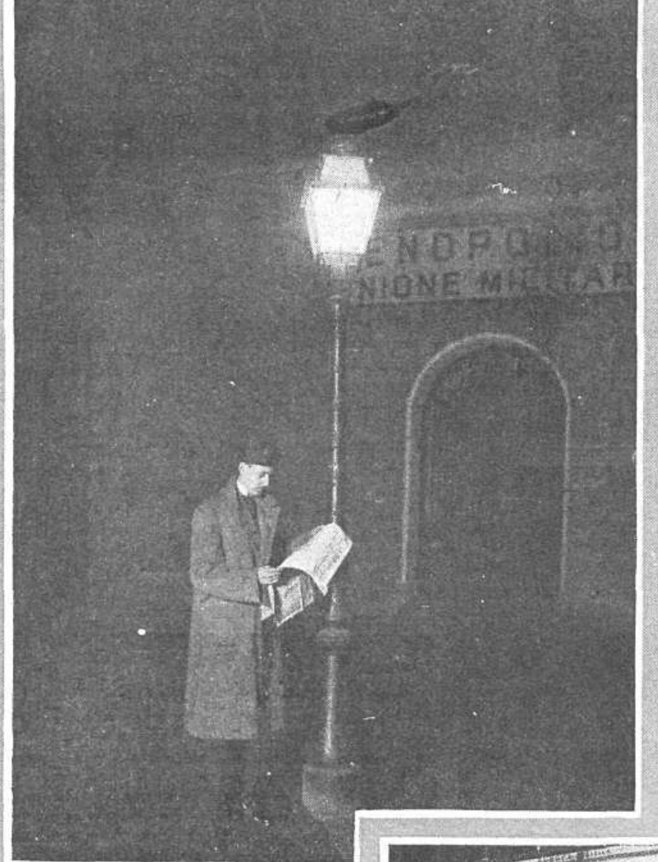
Quien ha vivido las largas, interminables jornadas de la ofensiva austro-alemana; quien ha sufrido noches y noches llenas de angustia y de dolor reunidos; quien ha esperado con ansia indecible la salida de los diarios para leer los comunicados de las operaciones militares; quien se ha preguntado más de una vez si se trataba de un sueño o de una dura realidad, no olvidará jamás estas horas, las más trágicas, las más terribles a cuya prueba ha sido sometido cada corazón de italiano.

La ofensiva, aunque prevista en las altas esferas, no era esperada por la gran masa del público, a donde llegó de improviso, pero sin impresionar mayormente; las fronteras se creían seguras, la resistencia inmoble.

Las hazañas heroicas realizadas por los infantes de Bainsizza era una garantía de la que no se podía dudar. Llegaron las primeras noticias tristes; se miraba alrededor como atónitos; se interrogaba como aturdidos. Se induce. Pero, ¿qué es lo que ha sucedido? Circulan voces vagas, una mezcla de noticias alegres y trágicas, una confusión de detalles, de anécdotas, de fantasías. Rostros tristes, preocupados. En los tranvías, en los cafés, demuestran todos una irritabilidad insólita. Se discute por una insignificancia. Se quiere saber la verdad. Se tiene sed de noticias. Pero, ¿quién conoce lo que verdaderamente acontece? Las redacciones de los diarios son tomadas por asalto; suena incesantemente la campanilla telefónica. ¿Qué noticias tenemos? ¿La situación mejora? En la calle, en las casas, desde las buhardillas hasta los establos, se lee; leen los campesinos, los montañeses, aquellos que tal vez no han adquirido nunca un diario. Se abren los atlas, se despliegan cartas geográficas, se discute, se hilvanan desatinados planes estratégicos. En el telégrafo los aparatos funcionan sin interrupción. Me encuentro con el director que, después de haber velado toda la noche, sale a tomar una bocanada de aire. Tiene el semblante rojo, congestionado; lo interrogo: —Y bien, ¿cómo vamos?— Tengo fe, y me estrecha fuertemente la mano.

Diviso a un periodista que por lo general está siempre bien informado. Me dirijo a él. ¿Qué noticias hay? —le pregunto. Esta,—me responde—Italia no es Rusia.

Voy al telégrafo. Y el telégrafo nos trae la noticia de que los italianos en la Argentina han ofrecido un millón de liras. Nos sentimos conmovidos. ¡Oh! ¡Cómo se ama a la Patria cuando se está lejos! ¡Y cómo siente, quien vive en tierra extraña, las oscilaciones en más o en menos de la política exterior del propio país! El termómetro político sube por los actos de heroísmo realizados, por una mayor afirmación de la propia



Enterándose de las últimas noticias de la noche.



En todos los negocios se exponen los mapas de la guerra.

fuerza, y sube en el exterior la estimación de nuestros connacionales. El termómetro desciende por un conjunto de dolorosas circunstancias, y entonces se produce el contragolpe inmediato que aflige a aquel que trabaja y economiza, y que al saberla en peligro, tiende su alma hacia la Patria lejana.

Pero las dos primeras semanas han transcurrido. Los austro-alemanes anunciaron haber aniquilado en pocas horas a Italia, y, he aquí que Italia vuelve a tomar su puesto al sol; he aquí la juventud que corre y se bate con ardor; he aquí los mutilados que retornan allá donde dejaron pedazos de sus carnes, donde algunos de sus miembros fueron lanzados lejos, arrancados por las granadas enemigas. He aquí las madres de los muertos que no quieren que sean inútiles los sacrificios realizados; he aquí las mamás fuertes que reclaman un juicio sereno pero severo.

Escribe una de ellas: «Tuve un hijo oficial: se batió como un valiente y murió «sobre la cima de San Gabriel. El otro hijo, oficial «también, por buscar el cuerpo insepulto de su hermano, «quedó también allí. Ambos «pertenecían a una brigada «en la que figuraban elementos que opusieron una débil «resistencia. Y bien, salvad «el honor de los que dejaron «allí sus vidas, el honor de los «muertos como héroes; que «el nombre del que faltó al «cumplimiento de su deber «sea conocido y que su falta «no caiga como un baldón sobre una gloriosa brigada.»

Durante las noches, religiosamente, los viejecitos leen los diarios.



Consultando los naipes, deseosa de saber la suerte que le cupo a su novio, que lucha en el frente.

Y otra mujer, la esposa de César Battisti, de la cual ya me he ocupado en una correspondencia anterior, escribe lo siguiente:

«Cuando en la meseta de «Asiago el tudesco amenazaba invadir a Italia, todos los «pensamientos, todos los esfuerzos de César Battisti se unieron «en una sola obra: colocarse al brazo «un fusil y correr a las primeras líneas «con los que oponían con sus propios «pechos un dique al invasor. Era esto, «más que un hecho, más que un ejemplo, una amonestación: Cuando el «enemigo está en el campo de la lucha, «cada obra, cada pensamiento, cada «pálpito de la nación «debe convergir a un «único signo: ¡la guerra!; a un único fin: «¡la victoria!

«El pensamiento de «que un pie extranjero ha hollado una «nueva provincia de «Italia, — una provincia que ya sabe de «libertad, — puede «encorvar nuestras «frentes por el envilecimiento angustioso, «en la duda obscura «del mañana...

«Y, sin embargo, él «probó la suprema derrota. El combatiente, el rebelde, se vió «prisionero, se vió rodeado de esbirros; «sintió en sus muñecas la cadena enemiga; volvió a ver en «su querida Trento «pavonearse al extranjero. Y su fe no «vaciló.

«¡Viva Italia!, fué el «grito que él lanzó «frente a su (¡oh! sublime ¡oh! horrible) «muerte!; y él no «atestiguaba solamente la inflexibilidad de su amor hacia la Madre, «decía en esa forma su seguridad en la victoria. Seguridad que «desde largo tiempo, por su exquisita y profunda sensibilidad política, aparecía ante nosotros muchas veces como un vidente, «porque se había compenetrado en su mismo ser.

«¡Viva Italia! Recojamos ese grito de fe sin vacilaciones que él «nos ha lanzado en su hora suprema, tal vez para que nos armásemos de él en las horas angustiosas, para ahuyentar cualquier «temor, cualquier duda, para reunirnos con idénticos propósitos «de obras y de anhelos.

«¡Viva Italia!»

Un sacerdote y un burgués, ante un mapa, discuten acerca de las posiciones estratégicas.

Los trenes parten colmados de jóvenes ardientes, entusiastas. Las casas quedan silenciosas, como vacías, y, las madres adoloridas esperan detrás de los vidrios de las ventanas y espían. ¿Qué es lo que espían? El paso del cartero. ¡Oh! humilde, arriesgado, incansable, inconsciente portador de buenas o de malas nuevas; hombre esperado, conocido, idolatrado y odiado a veces en el escape brutal del dolor que estalla y arrastra en su primer ímpetu toda medida de juicio, todo átomo de bondad. Las cartas llegan, y se leen y releen. Dan origen a una fiesta allí donde ellas aportan un rayo de sol, hacen llorar donde anuncian muerte, se aguarda como petrificados allá donde ninguna nueva llega, allá donde la mente piensa en los dispersos, en los prisioneros, en las agonías lentas, solitarias, mientras las uñas rascan la tierra como para abrir un pasaje a los últimos suspiros, a las últimas palabras.

RAFAEL SIMBOLI.

Noviembre, 1917.



Para Caras y Caretas.

Aunque el cosmopolitismo ejerce su imperio en nuestra idiosincrasia, la poesía popular que se canta en las reuniones donde la etiqueta no pone su sello de austeridad, vive libre de contaminaciones extrañas, enriqueciéndose con nuevas estrofas, incorrectas si se quiere, pero que revelan las palpitaciones de la arquitectura espiritual de nuestro pueblo.

Y esto, que es lo que nos va quedando en el naufragio de nuestras cosas peculiares, tiene su doble razón de existencia: primero, porque reaviva la tradición del gaucho cantor, bravo y enamorado, a propósito del cual tantas bellas páginas se han escrito; y segundo, porque esas estrofas tienen sentimiento y ora campean en ellas la sátira chispeante y fina, ora la nota épica y viril.

Todos los pueblos han tenido sus cantores y su poesía popular.

Ella parece haber nacido con el hombre y transubstar las características esenciales de la naturaleza, de la misma manera que el hombre refleja, en cierto modo, las condiciobes físicas del ambiente que le rodea.

Si dirigimos una mirada retrospectiva, hemos de ver surgir allí en las nebulosidades de nuestra organización política al gaucho cantor que va de pulpería en pulpería derramando la gracia de sus versos al compás de la guitarra que pulsa magistralmente. Y canta sus romances descubriendo un espíritu sumamente afectivo y delicado en el cual el silencio abrumador de la pampa, la sonoridad de las montañas del Norte, los cielos y las corrientes y la heroicidad del gaucho malo peleando solo con la partida, hacen vibrar intensamente su espíritu y cantar a la tristeza, al amor o al coraje.

Pero en sus cantos prima la nota melancólica como si un secreto instinto le dijera que muy pronto su personalidad debía anularse.

Después lo veremos en los entreveros de la guerra civil, temerario en su caballo infatigable, esgrimiendo la lanza que formara de caña tacuara y de un «pilancho» (1). Así se presenta como el prototipo del arrojo y la temeridad sirviendo a la causa de los Quiroga, Ramírez, López, Güemes, Ibarra y ofrendar su sangre a la causa de un federalismo cuyo ideal no era más que perpetuar en el poder a los caudillejos entronizados en las provincias.

Allí alegra las reuniones del vivac con sus canciones que ponen fuego en las venas para que en el primer encuentro surja de cada gaucho un héroe y de cada héroe un ser que vivirá perpetuamente en la epopeya. Cuenta la hazaña de sus jefes, la rigidez con que castigan al cobarde, la distinción con que premian al que a despecho de su vida ha cumplido la consigna, al «bombero» sagaz que con hábiles artimañas se ha aproximado a los contrarios posesionándose del secreto que aprovechará su jefe para dar un golpe seguro. Son ellos los que avanzan sobre las filas compactas del enemigo cantando vidalitas como una voz de aliento o como una plegaria para los que caerán en el entrevero.

En la época nefasta de la tiranía, el cantor popular se hace legendario. Los de chiripá rojo y gorro federal le persiguen encarnizadamente, ya para enrolarlo en sus montoneras, ya para mellar el cuchillo mazorquero en su cuello hercúleo. Y entonces con su amada la guitarra, su caballo y su perro, hace del campo inmenso su hogar donde dice «me tapan las estrellas».

Cuando el triunfo de Caseros abrió para la patria un horizonte de esperanzas, el perfil del cantor popular se amengua; parece enmudecer para observar los trabajos de los prohombres de la organización nacional que ansían afirmar sobre sólidas bases la tranquilidad del país. Y cuando aparecen las tallas gigantes de Mitre, Avellaneda, Sarmiento, el cantor popular, en la imposibilidad de abarcarlos en toda su magnitud, calla con un elocuente silencio que es como un homenaje de veneración y respeto.

Hoy no hace más que cantar sus coplas chistosas, llenas de doble intención, picarescas y sutiles, con la guitarra de los cantos argentinos, aquella con que Santos Vega se despidiera diciendo:

Adiós luz del alma mía,
Adiós flor de mis llanuras
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía...

Poco a poco, fatalmente, la música de Chopín y de Wagner habrá sustituído a la música popular, tan grata a nuestro corazón.

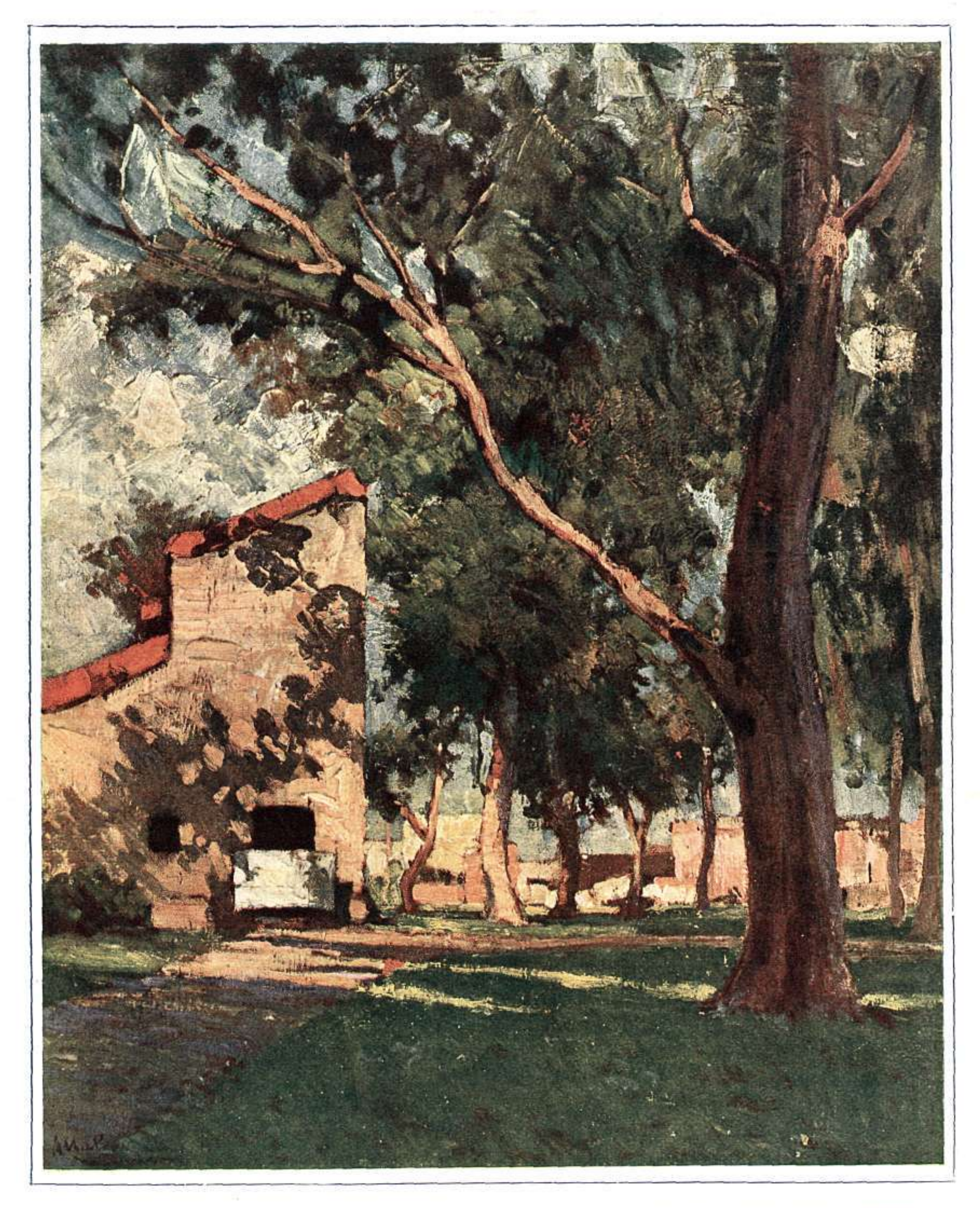
Habrá desaparecido el cantor cuya memoria se conservará en los anales genuinamente nacionales, como la encarnación del espíritu poético de nuestra raza noble y generosa, cuya sangre será avasallada por la ola inmigratoria que trae de remotas tierras otros hombres, otros cantos, otras tradiciones, sentimientos distintos.

M. Tejerina Benítez.

Salta, enero de 1918.

Dib. de Larco.

(1) Cuchillo pequeño y gastado.

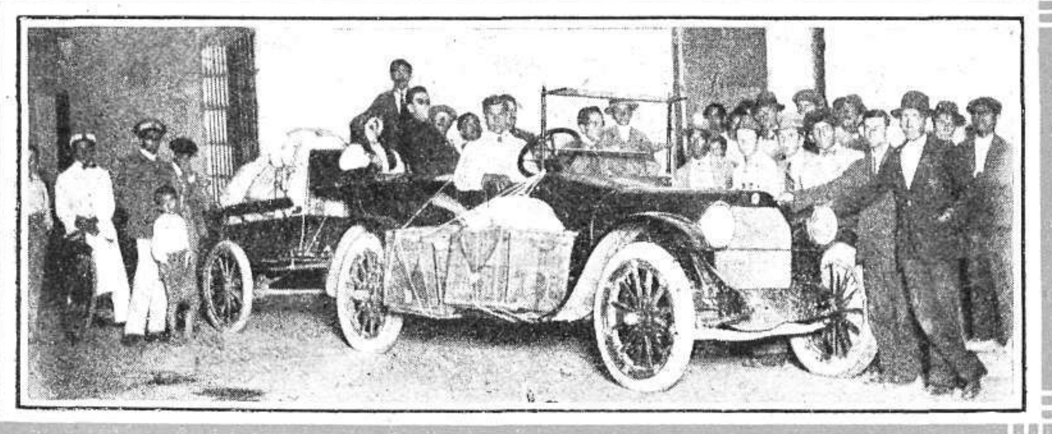


ARTE ARGENTINO

EN EL PARQUE SAAVEDRA
ÓLEO DE MALINVERNO







Los automóviles entre San Juan y Jachal.

De San Juan a Jachal

El 5 de enero se ha inaugurado un servicio de automóviles entre San Juan y Jachal, el riquísimo departamento, que aun permanecía casi incomunicado con el resto de la provincia, debido a la dificultad de los transportes.

Un ferrocarril, aunque fuera de trocha angosta, daría un asombroso desarrollo al más hermoso de los valles sanjuaninos. Pero hace demasiado tiempo que se habla, se discute, se propone, y no se hace nada. Y si el ferrocarril no fué un hecho años atrás, cuando se votaban millones para cualquier empresa, por descabellada que fuera, menos va a ser posible el día de hoy, en que las economías más estrictas son indispensables para salvar las finanzas del estado.

Un viaje a Jachal, hasta hace poco, requería de dos a tres días de tiempo, sin comodidades de ninguna especie en el camino, y muy pocas en el punto de llegada.

Iban a Jachal los que no podían menos de ir, pues el camino estaba, y aun está, erizado de obstáculos y dificultades.

Desde siglos se ha pasado por esos determinados puntos, y por ello hay quien se atreve a llamar camino el rumbo que siguen los viajeros en sus penosas excursiones.

¡Pues ya tenemos nada menos que servicio de automóvil entre San Juan y Jachal! Un automóvil de 60 caballos, que recorre la distancia en 8 horas, rapidez vertiginosa para los que estábamos acostumbrados a tres días de viaje.

Por el momento no hacen más que dos viajes completos por semana, saliendo todos los lunes y viernes a las 6 de la tarde, para llegar a destino a las 6 del día siguiente.

El recorrido en verano se efectúa de noche, con el objeto de evitar los inconvenientes de una temperatura infernal.

El coche lleva siete asientos y el costo del pasaje es de $ 25. Hay una parada de tres horas en Balde.

Las postas son las siguientes: Matagusanos, Balde, Tucunco, Niquivil, Jachal.

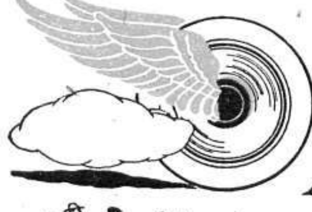
Como el auto, cuando va completo de pasajeros, no tiene bastante espacio disponible para colocar equipajes y correspondencia, la empresa ha pensado cargar los bultos en un carrito que acopla al auto.

La idea pareció feliz, y fué puesta en práctica con verdadero entusiasmo; pero, en el primer viaje no más, dió lugar a inconvenientes muy serios. Todo anduvo



La calle Florida, en Jachal.

Gruta del baño, «Agua Hedionda», camino a Guaco.













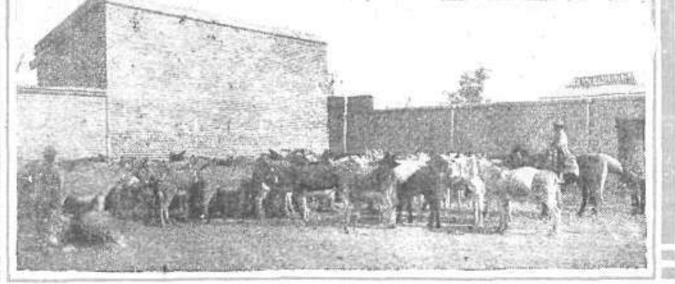

bien mientras el auto arrastraba el carrito y especialmente cuesta arriba; pero en las bajadas, ese bendito carro se le venía al auto como una catapulta, con muy poca satisfacción por parte de los pasajeros, quienes de un momento a otro pensaban ver al coche hecho trizas.

Estos inconvenientes serán eliminados poco a poco, y mientras tanto se irán alistando los otros coches, hechos expresamente para los viajes de San Juan a Jachal y con capacidad suficiente para equipajes, correspondencia y carga.

No hay duda que habrá que vencer muchos obstáculos para normalizar el servicio. Pero si la empresa Suizer pone permanentemente una cuadrilla de 30 hombres, como se asegura, para arreglar y mantener el camino, no hay duda que, dentro de poco, la distancia de 180 kilómetros que nos separa de Jachal, podrá salvarse en cinco o seis horas en lugar de ocho. ¡La cosa es empezar! Por ahora los ensayos efectuados han dado excelentes resultados, y hay pasajeros suficientes para hacer prosperar la empresa. Así, pues, el éxito de la iniciativa hará que se intenten otras.



Muchachos que van a la escuela, en Jachal, en asnal cabalgadura.



Un corral de burros.

DR. VACCARI.

San Juan, enero 10 de 1918.

TIPOS POPULARES DE LA REPUBLICA

LA ANCIANA CARMEN LEDESMA MACIEL

No hay quien no conozca en Villa Ballester a la anciana Carmen Ledesma, la que a pesar de sus años toca la guitarra con maestría, y sabe entonar estilos y aires criollos del tiempo viejo. Es hija del coronel Ledesma, de la época de Rosas, y vive en un rancho que heredó de su padre.



Rodeada de sus nietecitos.



La anciana Carmen Ledesma, acompañándose a la guitarra, con su perrito favorito «No te fiés».

Su única alegría, al presente, son sus nietos y la guitarra, y a pesar de sus ocupaciones, siempre tiene un ratito desocupado para hacer oir algunas milongas antiguas, como por ejemplo, aquella que estuvo tan en boga hará cincuenta años:

¡«Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
que me da un patatús,
que me cierran la puerta,
y me apagan la luz.»

Doña Carmen es muy católica, y posee una imagen de Santa Ana, que goza fama de milagrosa, por lo que la tiene llena de votos de plata, regalo de las personas que han curado enfermedades debido a su divina protección.



La anciana, haciendo oir a su vecino don Zenón, aires y estilos criollos de su antiguo repertorio.

Los enterrados en vida



No se trata de catalépticos, ni de inhumados apresuradamente en tiempos de epidemia, ni del consabido caso de Poe, sino de los que se entierran voluntariamente en casitas sombrías de nuestra bendita urbe, que — lo que le sobra — es tierra y tierra. ¡Y muchos de ellos abandonan sus casas solariegas, *patriarcales*, amplias, con corredores sombreados por fragantes enredaderas, con tradiciones clásicas del coloniaje, alquilándolas para conventillos! ¿Por qué eran bajas y con patio? ¡Por irse al Norte!..., y muchos de sus dueños mandan al remate los muebles queridos, artísticos, las alhajas de la abuela, hasta los retratos de familia, como si se divorciaran del pasado. «¡Cosas antiguas!» — exclaman, — sintiendo hasta vergüenza de sus antepasados.

Voy a contaros el caso de don Pantaleón Márquez, típico, porque, estanciero de abolengo, vivía con su familia en una de aquellas verdaderas mansiones, con vasto fondo y legítimo lujo, y la abandonó por seguir la moda. ¿A dónde vas Vicente?... ¡Y después querrá desmentirse nuestro origen simiesco!

La vez pasada, caminando por una acera, tropecé con don Pantaleón, que salía de un automóvil, adornado — como siempre — de sortijas, perendengues y avalorios en la cadena del reloj, y al reconocerme, me pega el quien vive con un:

— ¡Hola! ¿Cómo le va, amigo?... Este es mi rancho... — me dice.

Me asombré, porque ignoraba la repudiación de su mansión señorial y creía que por ser estanciero, acostumbrado al espacio infinito y sol radiante, fuera incapaz de sepultarse en vida con su familia.

Invitóme a entrar, poco menos que a empujones. Como cerrara acto continuo la puerta cancel, quedé a obscuras. Notando que no veía, sentí que se sonrió.

— Ya no se usa dejar abierta ni la puerta de calle. ¡Eso está bien para aquellas casas! — díjome, y considerándome un infeliz, que no viera en la obscuridad, — porque creía que el hombre moderno debe ser un lince, — de lástima, para que no tropezara y me cayera, dióme luz.

— Este es el *vestíbulo*, — continuó, — y encantado ante la desaparición de las tinieblas, con sólo dar vuelta una llave, miróme, iluminado, con aire de Dios. Como no me riera, no, exclamó:

— ¡Así se usa hoy! ¡Es la moda!

Era el día verdaderamente. La luz, al reflejar en los espejos, los cristales biselados de las puertas y los bibelots, me hizo pestañear, y él, como diciéndose: «No está acostumbrado», sonrióse lastimeramente. Ante los panós, las decoraciones y los cuadros, abrí la boca... ¡Algo tenía que abrir! La higiene, — que es la ciencia de la vida, — ordena que todas las piezas de una casa deben, ante todo, estar en comunicación directa con el espacio, para que reciban aire y sol; sino, son inhabitables, y él, creyendo que fuera de admiración ante sus chucherías y bagatelas, quedó igualmente satisfecho, porque lo que ansiaba era que me asombrara... «¡La ignorancia te valga!» — me dije.

— Entremos a la sala — díjome, — porque, en su furia de mostrarme toda la casa, me abstenía de toda curiosidad.

Estaba atestada de muebles, la mayor parte inútiles. Era de reventar de risa oirle a don Pantaleón, al elogiar las cómodas, tapicerías, cuadros, estatuas y porcelanas, pronunciar los *nombres* de Bull, Aubusson, Barbedienne, Saxe, Nancy... ¡él, que no conoció otros extranjeros que los de Rambouillet, Lincoln, Durham!...

— ¿Qué le parece?... — me preguntó, encarándoseme y haciendo «tilín, tilín» con los colgajos de su cadena.

¡Qué me iba a parecer! Estaba, sobre todo, con el alma vacía, porque todo, todo, era nuevo, comprado con dinero, y no divisaba, desde que tenía vitrina, ni un mate de plata, ni un sahumador, ni un abanico antiguo, de los muchos que adornaron su señorial hogar de la calle Independencia, que eran sus pergaminos y que por mandarlos al remate, hacía el papel de advenedizo. Por no contestarle: «¡Magnífico, soberbio!», preferí, como siempre, callarme, y ¡gracias!, porque me habría placido a mí también exclamar íntimamente: «¡Oh, rastacuerismo invasor, que eres capaz de desconocer a la modesta madre, en su excelsa nobleza!» No pude, sin embargo, al sentirme nuevamente a obscuras, dejar de preguntarle si la casa no recibía por otra parte luz del espacio.

— Hoy no se necesita, — me respondió, — del viejo sol. La luz eléctrica lo suple con ventaja, — y para demostrarme su sabia verdad, volvió a dar media vuelta a otra llave del muro y veinte lamparillas me enceguecieron.

Quedóse triunfante, radiante. No pude menos de agregarle:

— ¿No hay jardín?...

— ¡Para qué! Cuando quiero yuyos, me voy a la estancia.

Entramos al comedor. Sentí la misma impresión moral y que la falta de oxígeno, consumido por la luz y estancamiento del aire, me ahogaba.

— ¿Aquí termina el terreno? — le pregunté, con el muro del contrafrente sobre el rostro. — ¿Qué dimensiones tiene?

— Ocho varas de frente por quince de fondo. No se necesita más; aquí hay todo: sala, escritorio, comedor, hall, dormitorios, etc., etc., — y sin darme más tiempo a consideraciones, invitóme a subir en el ascensor, que estaba en el vistíbulo, y que, al pisarlo, parecióme una jaula.

— Vamos ahora a los dormitorios. Este es el de la vieja; éstos, los de las muchachas... — díjome, como él llamaba a su esposa e hijas.

Tuve, en su afán moderno de mostrarme todo, que mirar y revisar los lechos de sus niñas, el tálamo nupcial, que debía estar vedado a toda mirada profana, hasta los baños, etc., etc., etc., etc., etc., etc. Como él se crió en aquellos tiempos sin cloacas ni agua corriente, en que cada baño era una comedia doméstica, don Pantaleón estaba encantado, delirante... Luego de conocer hasta el último rincón de su casa, me despedí

de él, diciéndome por la calle: «Esta familia se ha enjaulado y, como los pájaros, no podrá sino subir y bajar».

Pasó lo lógico: el apetito abandonó a las hijas de don Pantaleón, tan envidiadas por su lujo. Huyeron los rosados colores, que son la belleza de la salud; sufrieron de dispepsias nerviosas; hasta don Pantaleón púsose pálido, y al año, viéndole salir del cementerio, haciendo con unas grandes llaves también «tilín, tilín», díjome que venía de visitar a sus dos hijas fallecidas. — «¿A aquellas, tan alabadas por su belleza?» — casi le pregunto... Era el instante trágico, y apretándole las manos, le manifesté mi más profundo y sincero pésame. Díjome que tuvieron bronquitis; después, afecciones pulmonares y, por último, tuberculosis, que es además, como es sabido, contagiosa.

— La familia está en la estancia, — agregóme. — Si usted viese a mis otras dos hijas, ¡parecen espectros! Vendí la casita...

— ¡Si se enterró en vida, señor Márquez!...

— Y lo peor es que enterré a todos y perdí dos hijas... ¡Figúrese que la superficie de nuestro sepulcro es mayor!

Viéndolo al fin en posesión de la verdad, díjele que no me animé, cuando me mostró su casa, a augurarle siniestros. No me place el papel de lechuza, y la gente está tomando el temperamento del gato, porque, a la primera idea o consejo, se eriza; poco falta para que haga: ¡psscchhttt! Después de hablarle de las exigencias higiénicas de toda morada, para garantir la salud, que es la base de la vida, le agregué:

— El pulmón vive de aire, y el aire es la vida, señor don Pantaleón, a condición de contener el oxígeno necesario para la sangre y las funciones del corazón, del estómago, del hígado, de los riñones, de todas las vísceras; si no, el organismo se enferma y se deshace. Toda casa debe recibirlo directamente del espacio, así como sol. Si la corriente de aire no tiene salida, para que seque la humedad, ésta se transforma en un virus de muerte y en el vivero de todos los microbios, polilla e insectos del barrio. ¿No ve usted cómo se despegan el empapelado y los muebles? ¡Imagínese lo que le pasará al cuerpo! Las moradas no son para satisfacer vanidades, sino exigencias vitales; el cuerpo no entiende nada de lujos; si no, matan como la atropina y el martillo... — por no decirle que era un Castro Rodríguez!

Pero, ¡qué entendía él de economía fisiológica!

Unos padres, encantados con sus novillos; otros, con la política, los negocios y las especulaciones, olvidan que la salud es precaria y debe cuidarse, — no como al alma, porque ésta es la de la pelea, — sino cual a la honra. ¡Y existiendo niñas, delicadas como los lirios y que se alimentan más de bombones! Confesemos: todos, por vanidad, prefieren el Norte, aunque se entierren. La moda es la tiranía más insensata.

¡Aire, aire, Don Pantaleón! — iba a decirle, cuando, con los ojos empañados, exclama:

— ¡Si hubiera usted visto cómo se pusieron mis hijas!

Y me despedí de él, dándole otro fuerte apretón de manos, en que le transmití por pulsaciones, mejor que por palabras, mis sentimientos. — «¡Qué, — me dije, — si al verlas todavía en una tarde de invierno por Palermo, en victoria descubierta, parecían, descotadas, en la neblina, dos fantasmas!» — y exclamé: «¡El rastacuerismo es la podre de la vanidad, y la casita, con su puerta de hierro y cristales, más parecía una bóveda! Sólo faltábanle en el zaguán unas flores, unos cirios encendidos y una cruz... negra».

Dib. de Petrone.

ARTURO REYNAL O'CONNOR.



EL APOSTATA

Caminaba a la luz de una quimera
Con el verbo gentil de su doctrina,
Como el sabio que va por la ribera
De un mar de ignota ensoñación divina...

Y vuelca el alma en su ilusión primera;
Muestra la rosa sin tocar la espina,
Vuelve la vista y en su corta esfera
La siempre innoble multitud se inclina.

Llega otro apóstol que también predica,
Y aquél como éste, en la Verdad se aferra;
La turba al nuevo, sin pensar, se aplica,

Se mueve, aplaude, vitupera y yerra;
Y el viejo apóstol de su credo abdica
Rindiendo al mundo su pendón de guerra

ARTURO M. MAÑÉ.

Dib. de Martínez Jerez.

SARRASQUETA, ECONÓMICO



Sarrasqueta, a quien no alcanza para comer, el sueldo que gana, a causa de la carestía de los comestibles, se impone él mismo el racionamiento voluntario.

Suprime todas las mañanas, por ser un exceso de lujo, el chocolate suyo y el del loro.



Sólo tomará un huevo por semana, y para que dure más, un día se sorberá la clara y otro se chupará la yema.



El único día de carne, de la semana, tomará un bife a la plancha, guardando el bife, y lamiendo el jugo de ella.



A última hora, con el café sin leche, porque escasea mucho, tomará sólo un cuarto de media luna, para no gastar a la semana más que una luna completa.



El día que toque comer caza, comprará conejo, que es carne muy ligera, y sólo aprovechará la cola, porque pega muy bien en los estómagos débiles.



Tendrá un día de aves, pero en vez de comprar un pollo al spiedo, que resulta muy caro, se saciará con la contemplación de la sombra de un pavo sin trufar.



Tendrá un día de moda, o con pescado. Un guiso de jugo concentrado de raspas de sardinas en salmuera, le servirá de aperitivo para el siguiente día.



Que será de comida fuerte. Con diez centavos de matahambre matará la suya, bastante atrasada. Un vaso de agua mineral, porque viene por caños de hierro, completa la cena.



El sábado, como a los animales del Jardín Zoológico, será un día de ayuno completo, o de puchero a la funerala. Esto es muy económico e higiénico.



Y el domingo, como es día de descanso, se suprime el estómago, que para nada lo precisa, pasea y sigue economizando.

Dib. de Redondo.

CON EL INVENTOR DEL CUERO Y DEL CORCHO

La historia se repite...

Hay tipos «especiales» que son eternas víctimas del «fideo fino», como hay otros predestinados a la nota gráfica...

El «Emperador del Corcho» es uno de éstos.

Hace un par de años nos hemos ocupado con abundancia de detalles de la personalidad de este «sabio cuerista», que hoy, gracias a esfuerzos inauditos, ha progresado notablemente, ya que posee además la virtud de ser un «sabio corchista», si cabe la acepción en un señor revelador de los misterios del corcho común y sus variadísimas aplicaciones...

Amén de los inventos, en nuestro tipo hay un caso clavado de «castidad» sorprendente, que desde su arribo a este pícaro mundo se viene consumando, con más o menos alevosía, en la humanidad de este modesto, casi «ilustre» hijo del Piamonte, que, hace años peregrina por América, lejos del calor meridional, del chianti y del antipasto...



Don Cesare, tratando de convencer a nuestro repórter.

Nuestra joven América no fué nunca propicia a las revelaciones científicas. El ambiente latino es acaso demasiado retozón para «perder lastimosamente el tiempo» en esas cosas químicas o físicas que han llevado a más de un mortal camino a los dominios del doctor Cabred.

Las rarezas que a los yanquis preocupan en grado superlativo, nos tienen sin cuidado, tan, que no nos alarmamos ni nos asalta que un señor cualquiera salga «inventando» el movimiento continuo ni la cuadratura del círculo. En cambio nos interesa un tango nuevo o la huelga de abonados al ferrocarril...

Edison, vecino nuestro, se hubiera consagrado un excelente inspector de tranvías, nada más...

Las manifestaciones artísticas, sean éstas pictóricas o culinarias, no hacen camino en este país donde lo audaz y excéntrico no son, propiamente dicho, productos nacionales.

Pruebas al canto:

Vamos a ocuparnos de un hombre, mejor, de un «fenómeno» (en lo que a talento se refiere) que ha inventado una «punta» de cosas de innegable utilidad práctica, tales como un interesante cuerito, un tapón «para tapar botellas» y... una barba para no afeitarse.

Don Cesare Checchia fu Leopoldo, es lo que en la jerga vulgar y ordinaria se llamaría «un felino de canaleta». A nosotros, benévolos en elogios, se nos antoja un buen señor, «fuera de línea», como sabe decirse, dotado de respetable barba y propietario «exclusivo, personal, intransferible, absoluto, etc.», de una «pavita» (vulgo galera), de suyo arcaica y pintoresca.

Lo hemos visitado en su «cotorro» de la calle Perú, donde elabora, debiendo rendirnos ante la evidencia de que es realmente el señor Checchia todo un personaje de género chico...

Pero no podemos detenernos en prolegómenos, haciendo historia antigua, frente a la personalidad que nos ocupa, sin antes concretar, siquiera ligeramente, sus «inventos», fruto de una labor ardua, constante y peligrosa. (Eso de «peligrosa» lo decimos por nosotros).

El cuero que ha inventado don Cesare Checchia no es precisamente el cuero cabelludo... Es un simple cuero, un «cuerito» sin mayor importancia, pero digno ¡eso sí! del comentario hecho así en forma seria y reposada...

Tiene seis centímetros de circunferencia (el cuero, no el inventor) y está dotado de un modesto agujerito en el centro. Esto es todo.

En pocas líneas creemos haber reflejado, aunque pálidamente, el ingenioso invento. Su aplicación nos tiene sin cuidado. El señor Checchia «supone» que «eso» sirve para algo. Es posible... pero, ni él ni nosotros hemos dado en la tecla. Por de pronto, el invento existe. Su aplicación es cosa secundaria...

Tenemos ahora el asunto del corcho. Destapémoslo:

Este tapón, «de su única y exclusiva invención», es especial para... tapar botellas, sean éstas llenas o vacías, al decir del señor Checchia. Acaso este corcho... (que es de corcho) es tanto o más original que el «cuerito», llamándonos poderosamente la atención la sencilla y práctica aplicación del objeto...

Después de su invento «corchista» y con el fin de propender al mayor desarrollo de la industria, aconsejaríamos al señor Checchia un viajecito a los países vecinos. Somos de opinión que las grandes manifestaciones artístico-científicas deben difundirse.

El tercer prodigio de este «fenómeno» consiste en una barba para no afeitarse. Nos apresuramos a declarar que este invento es de nuestra cosecha, y lo cedemos gentilmente a don Cesare para que lo explote con el mismo éxito que sus dos anteriores.

El inventor, abandonando el terreno de las teorías que no conduce a ninguna parte, lo practica con regular éxito. El secreto lo revelaremos gratuitamente. Se trata de usar constantemente una copiosa y desgreñada barba, en concordancia con la estética. El señor Checchia la gasta de un tipo y estilo que podríamos llamar «únicos», por su extensión y colores variados.

Pero todas estas cosas guardan relativa importancia con la «honradez» del hombre... ¡Asómbrese el lector ingenuo!

¡Célibe y mártir!...

No entraremos seguramente a discutir porque el señor Checchia es soltero. De esa tarea se ocuparán los biógrafos del futuro. Nos alarma este feliz mortal «célibe» y «mártir», máxime en estos tiempos de libertad amplia y sin precedentes.

La «celibidad» del ciudadano don Cesare Checchia fu Leopoldo merece una loa. Sus tarjetas... sus formidables tarjetas particulares, a cuyo dorso puede leerse en grandes caracteres; «Intransferible», «Particular», «Privada», «Personal», «Italiano Legítimo», «Inventor», «Soltero Libre Absoluto», etc., nos lo dicen a gritos... Huelgan los comentarios.

El martirologio de este hombre debe ser una cosa realmente fatal. Cierto es que hay espíritus superiores que se imponen a las costumbres retornando a épocas que fueron, pero ellos son excepciones que, abusando del vocablo, podríamos llamar «castos».

¡Loados sean ellos, dueños absolutos de su voluntad!

Pero consolémonos... La pileta municipal dista pocas cuadras de la «morada» del señor Checchia. Suspenda su viaje a los países vecinos y tome rumbo al balneario...

Una pequeña advertencia a manera de epílogo. El señor Checchia es refractario al objetivo y sabe recibir a los cronistas con una piedra en cada mano. Pero hemos conseguido fotografiarlo para bien de la posteridad y en homenaje al hermoso corcho, obra de su sapientísima masa craneana...

YACARÉ.



El «inventor» en su «cotorro».



Ella misma se ignoraba. Su espejo, a quien pedía razón del maleficio que sobre sí pesaba lanzándola a una vida de ignominia, no le daba jamás otra respuesta como no fuera la de confirmar su belleza griega y asegurarla de que sabría despertar el deseo doquiera ella fuera.

Su abundante y perfumada cabellera la envolvía como una onda, sus ojos negros y profundos prometían goces infinitos, lo mismo que sus labios de muñeca, siempre rojos como flor de granado.

Y así como ante el espejo ella se complacía en su belleza, su espíritu felino gustaba en hacer el mayor daño posible, mientras permanecían calladas en su corazón las voces que pudieran indicarle otra senda y decirle las mágicas palabras de un sentimiento verdadero.

Un día en que regresaba a su casa a la hora del crepúsculo, oyó que alguien entonaba en la sombra una canción melancólica. ¿De dónde parte esa canción? — se preguntó.—¿Sería quizás del parque frente a su morada o venía acaso del jardín de la misma? No podía precisarlo.

El violín mientras tanto exhalaba su alma armónica en el silencio de la noche que se aproximaba y las flores exhalaban también su alma cargada de embriagantes perfumes.

¿Sería el ejecutante un ciego?... Ella lo ignoraba. Escuchaba sin hacer movimiento alguno, siguiendo los sonidos en las suspensiones seguidas de las pausas, en las congojas de las notas sostenidas... Ciertamente, debía ser un ciego el que tocaba aquella canción fácil y triste que parecía un adiós... Ella se dijo sintiéndose presa de una angustia que le era desconocida en absoluto:

¡Sí, parece un adiós!... Y huyó luego a su lujosa y coqueta mansión, donde la aguardaba el Fastidio...

Al día siguiente tornó a su casa a la misma hora y el violín se dejó oir como la tarde anterior. La canción exhalaba esta vez notas de pasión que inquietaron el alma de la pecadora.

Muchos atardeceres encontraron a la cortesana siempre atenta a los sonidos de aquel violín que había tenido la virtud de turbarla.

La víspera de aquella mañana en que ella recogió sus trenzas deshechas impregnadas todavía de aromas penetrantes, sintió en la languidez de sus sentidos todavía dormidos, filtrarse el aburrimiento que el Placer había tratado en vano de combatir. Aun vibraban en sus oídos aquellas notas dulces, suaves, apasionadas que parecían el grito de un corazón de que está impregnado el *Souvenir* de Drtla, composición delicadísima escuchada por ella al morir la tarde.

Voces lejanas parecían decirle: — ¡Oh! tú que nombras de continuo al amor y otorgas vanos placeres, ¿nada sabes de la fuente viva donde la sed de una boca abrasada jamás se calma? ¿Has probado acaso el fruto que no sabe a hiel? ¡Despierta, oh tú que duermes! Por caminos secretos llegarás hasta la playa ignorada en dirección a la cual tu nave ya ha desplegado las velas!...

Ella, restregándose los ojos con un ademán de gata mimosa, interrogó de nuevo:

— ¿Dónde está el amor?... ¿En las sensaciones de dulzura provocadas por una sonrisa, por una voz, por un perfume; en el juego de las frases, en aquellas vanas esperas del espíritu, en los razonamientos de los que tratan de acercarse a un alma y de comprenderla, en la perversidad de las maneras, en las conversaciones licenciosas?... ¿Dónde estaba, que ella no lo veía?...

....

Oyó atenta aquella voz que le hablaba de una playa desconocida y bellísima. Dejó caer su negra cabellera sobre su cuerpo cubierto por un cilicio, entornó sus hermosos ojos, la plegaria que brotaba de su boca divina destruyó los efectos del veneno que había pervertido su alma en las noches de orgía y sus blancas manos partieron todos los días el pan que reemplazó, a finos y apetitosos manjares.

Y, El vino. Su mano se posó sobre aquella cabeza de diosa y la dijo: ¡Levántate! Ella cayó de rodillas y se abrazó a él con un amor inmenso...

....

¿Cómo se había efectuado el milagro? De una manera muy sencilla. La cortesana vivió varios meses bajo la influencia de aquel ejecutante misterioso que no había tratado de conocer para no destruir el encanto que aquella música deliciosa ejercía sobre ella cuando la oía al final de cada día al regreso de su paseo por nuestro hermoso bosque de Palermo.

Una tarde, después de escuchar desde el salón una canción triste, tuvo una sensación dolorosa pensando en la miseria de su vida. De pronto oyó que le decían: — ¿Qué hacéis? ¿Soñáis acaso? Ella nada respondió. Alguien entraba en el salón. Se alzó, encendió la luz y, sonriente, le dijo al visitante:

— No soñaba, pensaba...

— Y, ¿en qué pensábais?

— En nada...

— Esa respuesta está siempre en los labios femeninos cuando no quieren expresar lo que piensan o sienten. Como os veo un poco triste, me parece que una distracción no os vendrá mal. ¿Queréis ir a un concierto esta noche? Hace algún tiempo que noto en vos una gran afición a la música y por esa razón me permito haceros esta clase de invitación...

— Que yo acepto gustosísima.

Una hora después de la comida, la pecadora, ataviada con un elegante traje de seda violeta, se dirigía al concierto, del brazo del caballero que la había invitado.

Y fué en aquella noche de estío, en un vasto salón

adornado de flores y concurrido por mujeres hermosísimas, que la cortesana que jamás había amado conoció al misterioso músico que la había deleitado con sus ejecuciones magistrales y a quien ella creyó siempre un ciego que habiendo perdido el don de ver, entretenía la amargura de sus días interpretando las más variadas y escogidas composiciones. ¡Cuál no sería su sorpresa al oir esos mismos trozos escuchados por ella tantas veces en la soledad de su morada, en aquel concierto, en el que sólo tomaban parte elementos artísticos de indiscutible mérito! ¡Y, mayor fué aún su asombro, cuando miró hacia el palco escénico y vió a un apuesto joven de fisonomía dulce y extraña!

La cortesana tembló. Ella lo conocía y le había sonreído a él como a todos y él huyó de su lado, como se puede huir de un ser perverso, lleno de maldad.

Ahora ella se sentía atraída hacia él y quería hablarlo. Pretextó un malestar y abandonó a su acompañante. Quería ver a aquel adolescente enfermo de orgullo cuya alma ella no había sabido comprender.

Dulce sería para la pecadora que siempre fué amada, buscada, deseada, humillarse ante aquel hombre, llorar acaso, inclinar su cabeza ante él. Al encontrarse frente a frente uno de otro se miraron largamente. Luego, ella sintió que una fuerza desconocida le doblaba poco a poco las rodillas y, con la garganta apretada, latiéndole muy fuerte el corazón, cayó ante él balbuceando: ¡Haz de mí lo que quieras!...

El la tomó suavemente de las manos y la ayudó a levantarse. Quedo, muy quedo, con la voz temblorosa de emoción, venciendo al orgullo herido, le dijo el secreto de su alma:

—Os he amado... os amo todavía... Comprendiendo que era imposible acercarme a vos, recurrí a mi violín de quien arrancaba notas para que tuviérais algo mío todos los días, aunque debíais ignorar al que os proporcionaba aquel concierto... Os adoro, pero... es necesario que os hagáis digna de mi amor, renunciando para siempre a esta vida de oprobio...

—Soy vuestra desde ahora y para siempre...

Aligerada del peso del menosprecio y la vergüenza que la había acompañado a todas partes y que tantas veces la habían afligido, pues su alma era compleja y cabían en ella todas las contradicciones, se alzaba ahora la pecadora, dichosa como nunca lo fué en sus años de reina de la galantería. Fué dignificada, purificada por el Amor a quien ella no conocía y que llegaba a su existencia después de larga espera.

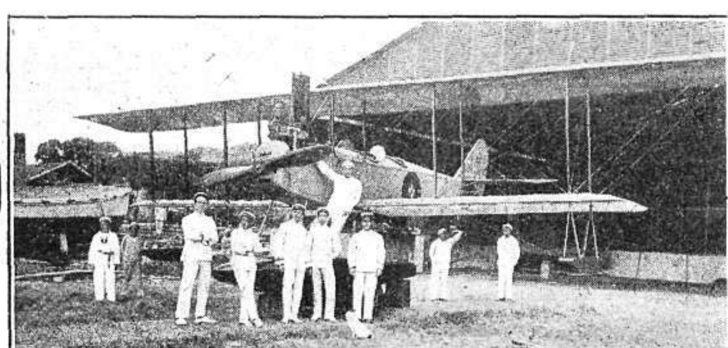
CONDESA MAUD.

Dib. de Larco.

DEL BRASIL



El nuevo ministro del Perú, retirándose del Palacio Cattete, después de presentar sus credenciales.



Nuevo tipo de hidroaeroplano, que utilizará el Ministerio de Guerra para la defensa aérea.



Aspecto de la sala, donde se verificó el primer sorteo del servicio militar obligatorio.

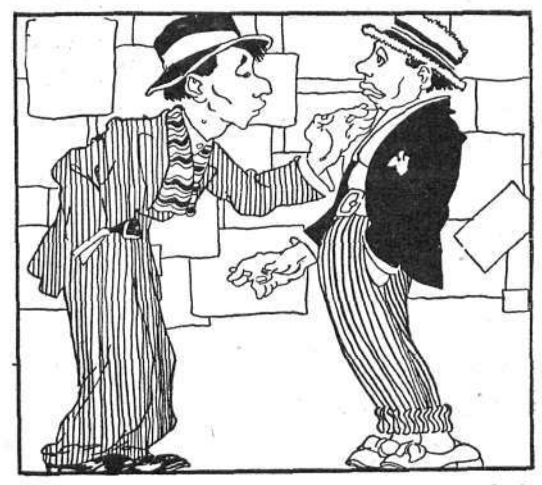


El ministro argentino, y su esposa, en su visita al Arsenal de Marina.

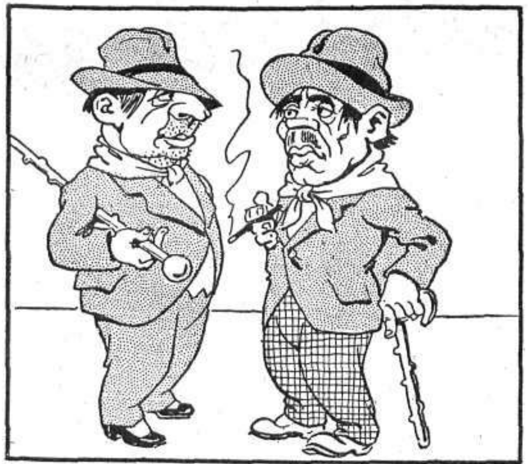
Emisión menor



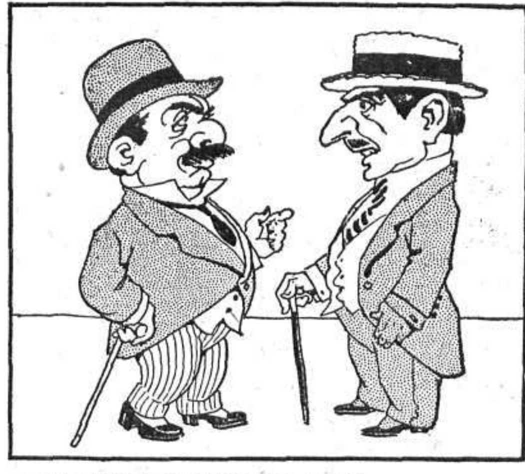
— A mí varios me propusieron ser candidato...
— ¿Y aceptaste la candidatura?
— No; porque querían tomarme para la farra.



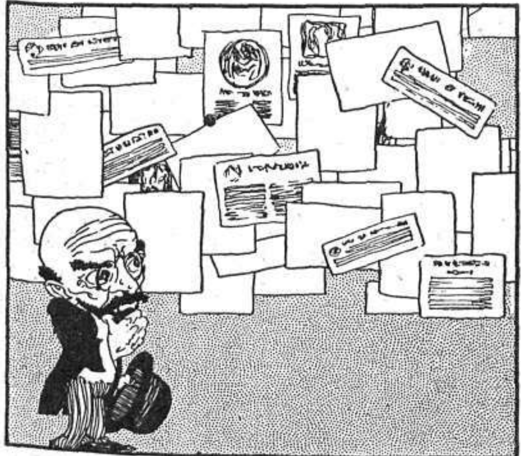
— Las elecciones de ahora son puro ruido: mucha banda de música, «coetes» y discursos; pero nada que represente el entusiasmo cívico !
— Sí, che; ni un mal vaso de cerveza.



— El voto secreto nos ha arruinado el negocio, hermano.
— ¡Cómo no! Antes tenía yo un capital en libretas cívicas, y ahora las únicas que tengo en mi poder, son las del almacenero y el panadero.

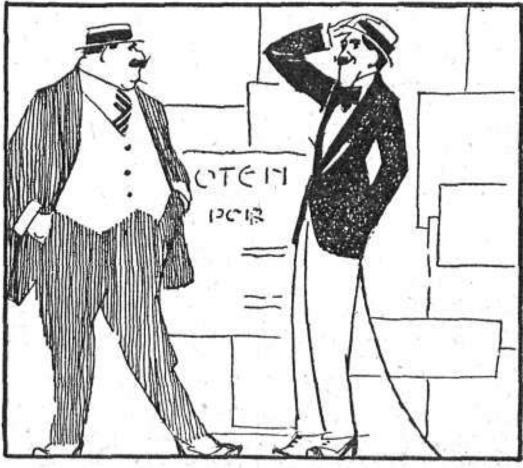


— ¿De qué se ha quedado ronco, doctor?
— De tanto discursear estos días.
— Pues si sale triunfante, no va a poder hacer uso de la palabra.
— Es el momento que espero para callarme la boca.



— Después de tanto entusiasmo, ¿qué queda?... ¡Las paredes llenas de carteles! Con razón he dicho yo siempre que la política es una cosa sucia.

Dib. de Polimani.



— Está visto que los partidos que triunfan son aquellos que representan el trabajo...
— Si fuera así, mi candidatura estaría triunfante, porque hay que ver el trabajo que yo he realizado para hacer votar a mi peluquero.

De causerie



Se trataba de mitigar la soporífera monotonía pueblera refiriendo anécdotas y cuentos al caso. En ese núcleo, que a diario se reunía en el club, estaban terminantemente prohibidas las pláticas agrícolas, ganaderas y lecheras, so pena de pagar *ipso facto* la consumación el que con cualquier motivo en ellas incurriera.

Rodeando una mesa circular estaban los ases locales, es decir, el jefe del Registro civil, el médico, el comisario, el valuador; más allá, confundiéndose con los ases, un peninsular con cara de sota de bastos, comerciante fuerte y acopiador de cereales, y tan amarrete, que cuando se decidía a tomar algo, era porque había logrado vencer las alternativas de su propia indecisión, y entonces, con las restricciones consiguientes, decíale al mozo en voz baja: —Vamus... deme usted *medio* coñaque. Luego, al lado de éste estaba sentado un señor gordo, decidor y risueño, mofletudo y con cara de bebé, que hace poco ha instalado en el pueblo un remate-feria, circunstancia esta, que, unida a su desbordante obesidad, le ha hecho dueño de otro apéndice, además del que Dios suministra para obra y gracia de los cirujanos, y no es otro que su apellido, pues, si algo le sobra, además de la grasa, es eso, desde que la gente se obstina en llamarle a secas «el gordo de la feria». Cerraba la rueda un señor desconocido para mí, también bastante gordo, muy amable al parecer, y vaporosamente indumentado en impecable brin blanco. Asiente constantemente con la cabeza cuando oye hablar. Después supe que era sordo. También prodiga cierta complaciente admiración por el que habla, cualquiera que sea, aunque esté a diez kilómetros de la discreción o de la verdad. Cuando se ríe, que lo hace con frecuencia y estrépito, se oye allá al final, como una prolongación de su risa, algo así como el tremolar suave de un arrullo, tan dulce, tan musical, y tan ridículo a la vez, que al punto recuerda el canto de la paloma. Mi natural curiosidad hízome preguntar quién era, a lo que se me respondió, desde luego sin que oyera el mentado: — Palomo blanco, le llaman, ¿no lo conocía?

Admirablemente bien puesto, — pensé—; y aunque es de mala crianza esto de los sobrenombres no pude menos que celebrarlo.

Después de referirse algunos cuentos y chascarrillos, al médico le tocó el turno, y empezó a hablar de esta manera:

— «El ejercicio profesional de la medicina en campaña, compañeros, — dijo, — tiene sus matices interesantes; y voy a referir dos episodios de los que más que testigo ocular he sido actor. Ayer, en mi propio consultorio, me he reído sin compasión ante el dolor ajeno». Como quien se lubrifica la lengua, dió un sorbo al cetrino whisky, se repantigó en el mullido marroquí, y prosiguió: —«El hecho así, escuetamente referido, resulta de una perversidad abominable; pero teniendo en cuenta las circunstancias en que se ha producido, si no justifica el pecado, por lo menos lo disculpa.

Figúrense que estaba en mi consultorio, cuando suena el timbre de la calle, y a poco se presenta mi nuevo mucamo, un español de lo más adoctorado, viejo fámulo de médicos, según lo atestiguan las recomendaciones que presentara, así como su excelente adiestramiento para penetrar en el primer golpe de vista el estado económico de los enfermos, y me dice:

— Dotor... le busca a usté un enfermo... vamus... de silueta ajreste, con espuelas que parece un jallo, y de estado económico más que infirmizo, ajonizante. ¿Qué le diju?

— Yo no le pregunto tanto, Pedro, — le contesté con fastidio.— Hágalo pasar.

Y entra al consultorio, resbalándose en el encerado, un paisano, sombrero en mano, mostrando sus hirsutos cabellos, más duros que pasto de cañada.

— Güenas tardes, con permisio, — dice, — dejando oir una voz aflautada y matizada de un nutrido ceceo.

— Adelante, amigo; tome asiento, — le contesto.

— Aquí me tiene, dotor, hace unos días qu'ando culeco, ¿no?

— ¿Y qué le pasa? — inquiero.

— Zufro mucho, dotor. En ocaziones el dolor es tan juerte que parece que se me juera a reventar la cabeza. Tamién tengo algunos almareos...

— Ah, sí...

— Y dispués, esta puntada tan fiera en este vacido, — y se lleva la mano a un flanco, — aquí, ve, aquí mesmo, que me corresponde a la espalda. ¡Jué'pucha con el dolorcito que me tiene flaco y ladeao! Parece que me ando consumiendo por un costao, como vela'e baño. Pa mí que deben zer los intentinos, dotor... De balde m'hecho foumentos, m'he untao con zebo'e tripa... pero es al ñudo. ¡Qué costanzia'e dolor! ¿no?

Le examino, no encuentro nada inquietante y me limito a recetarle una purga y unos sellos con piramidón y antipirina.

— Bueno, en paz, amigo; no se preocupe, que no hay nada grave. Esto pasará pronto. Tómese este purgante y aquí tiene estos sellos para el dolor de cabeza, cuatro en el día, ¿eh?

— Zi, zeñor.

— Vaya no más. Pronto estará bien. Si tuviera alguna novedad se da una vueltita por aquí.

— Muy bien, zeñor; hasta otra vista.

— Adiós, amigo.

Al día siguiente se presenta en el consultorio más pálido y abatido, y con una vincha en la cabeza.

— Y, amigo, ¿qué tal? — le pregunto.

— Cáyese, dotor, zi es un dolor que no ze me quita con nada. De los intentinos parece que anduviera mejor; pero la que no me deja es la cabeza. Pa mi, qué quiere, esto debe zer un daño no más. Lo' zellos lo' he usao a tuitos, pero no me han hecho nada... Y de no fíjese... Se desata la vincha que le ceñía la cabeza y con la consiguiente sopresa vi adheridos en su frente sudorosa mis sellos de antipirina y piramidón, conservando a medias su integridad, a causa de la presión de

aquélla. Y aquí fué donde pequé: no pude poner a raya mi risa, y sin condolerme de la angustiada cara de mi pobre enfermo, me reí de tan peregrina equivocación.»

Terminada la referencia, alguien preguntó cuál era el otro episodio:

— El otro fué esta tarde; está fresquito, — agregó el médico, — sin hacerse rogar:

— «Entran al consultorio dos modestas jóvenes españolas. Una de ellas, — la enferma, — de aspecto más bien taimado; poco miraba de frente y cuando levantaba los ojos, lo hacía oblicuamente. La otra, más «cepillada», era una especie de intermediaria.

Tan pronto entraron, me dice la enferma, sin dejar de mirar el suelo: — La servidora padece de unus fuertes dulores de cabeza que le impiden hacer lus trabagos duméstiçus de la casa, y pur el mutivu de que la señora me digu...

— Permítame... — la interrumpí; — tome asiento.

Tragó saliva, se acomodó en la silla y empezó de nuevo:

— La servidora padece de unus fuertes dulores de cabeza que le impiden hacer lus trabagos duméstiçus de la casa, y pur el mutivu de que la señora me digu...

De nuevo le corté el exordio y comencé a hacerle el interrogatorio de su dolencia, a lo que apenas me contestaba con monosílabos.

— Bueno, sáquese la bata, voy a revisarla.

— ¡Ay, dotor!; esto es impusible, ¡qué esperanza!; yo tenju mucha verjuenza... No, por Dios; no, dotor. ¡Qué cosa, Dios mío!

— Pero... señorita.

— No es pusible, dotor; es enútil.

— No hay que tener vergüenza del médico, señorita... — insistí.

— No, no, no, no...

—Bueno. Haga como usted quiera, — me limité a contestar sin disimular mi fastidio, cuando la intermediaria, percatándose de mi contrariedad, dijo, dirigiéndose a la enferma:

— Vamus, Jusefa, nu seas tonta, sácate la bata y nu tenjas verjuenza del dotor, que en este caso es un obejeto (objeto).

Y, mediante este lapidario argumento, pude examinar a la enferma que, de buena fe, se había vuelto roja como una guinda.»

En eso, al terminar el médico su referencia, el peninsular con cara de sota de bastos, que más estaba para negocios y cuentas que para cuentos, dirigiéndose al «gordo de la feria» le dijo:—Tenju para la primera feria cincuenta nuvillos, treinta vaquillonas y cien ovegas primer agua. Me dirá usted si... Y aquí se tapó la boca, pero era tarde: había incurrido en uno de los temas prohibidos.

El «gordo de la feria», que la tenía con el peninsular del *medio* cognac, aprovechó la resbalada y se limitó a contestar:— Compañero, comprendo su dolor, pague los copetines y apele si quiere. No hay que hacerle: el hilo se corta por lo más delgado.

ALBERTO VIÑAS.



Dib. de Tuñón.

Apunte

Por Adriano Díaz Olazábal

¿Para qué vivir más? — clamó doliente —
¿a qué esta horrible carga
de la vida sin tí?... Fuera el vacío...
¡Preferible es la nada!
Yo tenía sus manos en mis manos
bebiendo sus palabras,
y al sentir en la fiebre de mis ojos
la gloria de sus lágrimas,
pensé que era mejor por no perderlas,
con besos enjugarlas.
Un estanque profundo, transparente,
el cielo retrataba,
cielo tinto, cuajado de tormentas,
como nuestras dos almas.
¿Y bien?—la interrogué—dí, ¿qué decides?...
Quiso hablar y se ahogaba,
no pudiendo oprimir tantos sollozos
su pequeña garganta.
Por fin reaccionó y entonces dijo,
con trémula palabra:
¿Qué decido?... Decido abandonarme
a ese dolor que mata,
a ese martirio de morir viviendo
en la dicha pasada.
Algo como un relámpago de duda
iluminó mi alma;
miré el estanque, contemplé su rostro
que el dolor demudaba,
y cogiéndola un brazo, de improviso,
con la voz más extraña:
— ¡Unámonos allí! — clamé resuelto,
señalando las aguas.
Lanzó, mi bien, tan estridente grito
y se puso tan pálida,
que un poco más estallo, a pesar mío,
en una carcajada.
Entonces, comprendí, que en tales pleitos,
no bien asoma el drama,
esta formal invitación: ¡matémonos!
es la varita mágica.

Conversando con la Theodorini

Las difamaciones y las calumnias están, en la época histórica que corremos, a la orden del día. Entre nosotros, algunos intrigantes de opereta, que andan sueltos... como gracia, aprovechan la ocasión para dar salida a toda la necedad envenenada que tienen en la sangre. No es raro encontrarse con un amigote cualquiera, y saber por él, quienes espían... hasta los entretelones del servicio secreto que sostiene tal o cual nación extranjera...

No hace mucho tiempo todavía, el telégrafo transmitió al mundo entero una noticia bomba. Una noticia que repercutió hondamente entre nosotros. Se acusaba de espionaje a la célebre cantante Elena Theodorini. La justicia de la gloriosa Francia supo poner este asunto en claro, devolviendo la libertad a la acusada. La señora Theodorini no tuvo, pues, que sufrir sino unas horas de angustia, compensadas por la hidalga conducta de los oficiales aliados, a cuyo cargo estuvo el esclarecimiento de la verdad. Todo esto está aseverado por las propias palabras de la señora Theodorini, que nos relató su odisea en la siguiente forma:

— Soy rumana y de ascendencia rumana. Mi fortuna y el patrimonio de mis mayores lo tenía en mi patria. Todo lo he perdido desde el día en que los invasores arrasaron aquel suelo. Golpe tan rudo lo he recibido en la vejez, cuando ya mis energías últimas sucumben... Piense usted como se hallaría mi pobre hermana, que reside en París, que no tiene profesión ni otros medios de vida que los que le ofrecían las propiedades en Rumania. Por ampararla, decidí el viaje a Europa. Ya sabrá usted lo que me aconteció y las infladas noticias circulantes... Basta un solo rumor que llegue a propagarse como el viento, y... hasta la reputación más sólida se derrumba escarnecida... Salí de Buenos Aires, — nos dijo la artista, — el 5 de octubre del año pasado, en el «Victoria Eugenia». A los tres días de navegación, el crucero «Glasgow» nos detuvo. Se buscaba al famoso personaje Luxburg, a quien nunca he conocido, y al que se dijo estaba yo estrechamente vinculada por los «affaires de l'espionage». Después de prolija investigación, nuestro barco prosiguió su ruta. El viaje fué tranquilo y encantador; nada presagiaba cuanto ocurriría luego. El 25, como a eso de las 3 de la tarde, otro buque inglés nos detuvo cerca de Cádiz. En esos momentos los pasajeros sosteníamos animada conversación en el salón-comedor; charla interrumpida por la presencia de varios oficiales británicos, los cuales solicitaron mis pasaportes. Fuimos a mi cabina, donde tuve que despeinarme. Se decía que llevaba documentos de importancia, ocultos en la cabellera y tatuada una clave en el hombro! Revisado también el equipaje, nada se halló que significara un compromiso para quien protestaba inocencia. Convencidos de ella, los marinos excusáronse y me aseguraron que ya no sería molestada, por cuanto informarían por cable a sus compañeros, que también navegaban en acecho de la presunta espía... A pesar de lo categórico de la promesa, sentí verdaderas inquietudes por mi suerte. ¡Que desesperante situación la mía, y cómo se retuerce dolorida nuestra límpida conciencia, la cristiana fe, al jurar una inocencia que no se cree!... ¡Soportar humillada la imputación terrible que pone en juego nuestra cabeza!

La Theodorini no pudo reprimir el llanto que entrecortaba sus palabras. Su palidez y el temblor que agitó su cuerpo enjuto, nos dijo algo sobre la fortaleza que animó a esta anciana dama, en una hora que pudo ser suprema.

— El «Victoria Eugenia» prosiguió su marcha, — dijo nuestra interlocutora, — y a las 8 de la noche la cañonera francesa «L'Aiglon» nos salió al encuentro. Nos detuvieron. Su comandante, el marqués de la Rochefoucauld, me arrestó. Ya a bordo de «L'Aiglon», fuí revisada nuevamente. Allí pasé horas mortales; moralmente estaba aniquilada. Tenían ellos la misión de llevarme ante el consejo de guerra de Marsella. Recién a las 24 horas de navegación, cuando divisábamos Tánger, el marqués me notificó que las autoridades militares decretaban mi libertad, y que podía desembarcar en el puerto que deseara. Elegí el de Tánger. Desde allí el vapor «Habda» me condujo a Marsella, donde llegué el 31 de octubre; el 1.º de noviembre estaba en París recibiendo los homenajes de mis antiguas relaciones, del ministro argentino, señor Alvear, y señora, y el de las autoridades que fueron a estrechar mi mano. Supe que la acusación de que fuí víctima partió de Buenos Aires, dirigida al gobierno norteamericano. Sospecho de dos «amigas íntimas» que demostraron siempre un raro interés por mi viaje, y las que, después, ni se acordaron más de mí... Ellas son extranjeras. Las perdono. Algunos suelen recompensar así las deudas de gratitud... Ahora, ¿no quedo rehabilitada? Me cabe el orgullo de haber recibido de Francia, por intermedio de sus héroes, el honor de una disculpa...

JOAQUÍN E. RIAMBAU.



La eximia cantante Elena Theodorini, en pose para «Caras y Caretas».

République Française

RÉCÉPISSÉ de DEMANDE DE CARTE D'IDENTITÉ

la commune de 10e district a reçu les déclarations destinées à l'obtention de la carte d'identité d'étranger formulées par Mme Theodorini Elena de nationalité Argentine résidant à Paris

Paris le 11 Novemb. 1917

«Permis de séjour», que le otorgaron las autoridades francesas.

Para Caras y Caretas

La amargura de las penas sufridas por la inmerecida acusación de que fui víctima durante mi breve ausencia, está borrada hoy por el orgullo de suscitar en la prensa Argentina tan espontánea y cariñosa defensa

Elena Theodorini

28 Febrero 1918

Autógrafo que nos dedica. Dice: «Para «Caras y Caretas». La amargura de las penas sufridas por la inmerecida acusación de que fuí víctima durante mi ausencia, está borrada hoy por el orgullo de suscitar en la prensa argentina tan espontánea y cariñosa defensa.»

De Rosario



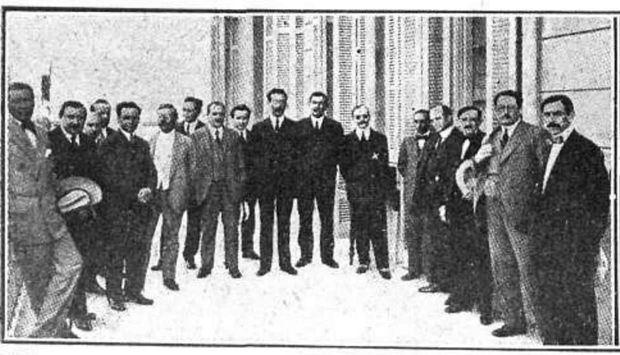
Doctor Enrique Ferreyra, nuevo intendente municipal.



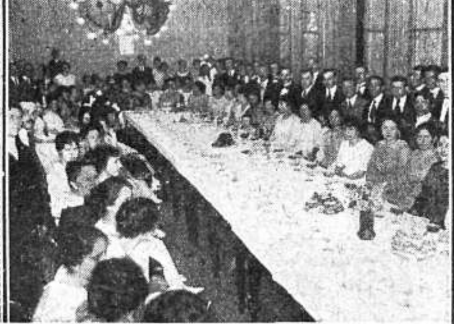
El doctor Ferreyra, rodeado de sus amigos, después de haber tomado posesión del cargo.



Señor Carlos Neumayer, designado secretario de la municipalidad.



El intendente municipal, doctor Remonda Mingrand (×), con las autoridades y médicos, en la inauguración del nuevo pabellón oftalmológico, en el «Hospital Centenario», que dirige el doctor E. Carrasco.



Lunch ofrecido por la comisión del «Centro Asturiano» a las familias de los socios, con motivo de inaugurarse su nuevo local.

De Montevideo



Los delegados argentinos de la Facultad de Derecho, después de la visita hecha a la cárcel correccional.



El Ministro de R. E., pronunciando su discurso en el homenaje a H. Miranda.

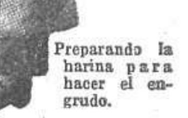
Concurrencia que asistió al acto de la colocación de la placa en la calle que llevará el nombre del doctor Héctor Miranda.



El señor Eduardo J. B ldrich, delegado argentino, pronunciando su discurso en dicha ceremonia.

El engrudo y sus consecuencias

Una nueva industria ha surgido entre nosotros, y si hasta el presente no ha solicitado la protección del Congreso, — quizá porque no han tenido tiempo por la gran demanda del artículo en estos días, — para presentar una solicitud y ver a varios legisladores que le presten ayuda, ello es, que la fábrica existe, y que en caracteres visibles puede deletrear hasta un alumno de 1.er grado, el siguiente letrero: Fábrica Nacional de Engrudo.



Preparando la harina para hacer el engrudo.

Cociendo la pasta.

Dicha fábrica disfruta de vida próspera y repartirá dividendos crecidos, no sólo por disponer en abundancia de materia prima, sino porque el engrudo ha llegado a ser un artículo de primera necesidad para los candidatos. El gerente asegura que el pegamento se vende como el pan, y que de seguir en este tren de entusiasmo cívico, y esta excesiva producción de candidatos, no sería difícil, que hubiera que exportar ambas cosas al extranjero, y que así como el propósito del engrudo es pegarse a las paredes, el de los candidatos es adherirse al presupuesto, lo que explica la simpatía de éstos por la nueva industria.

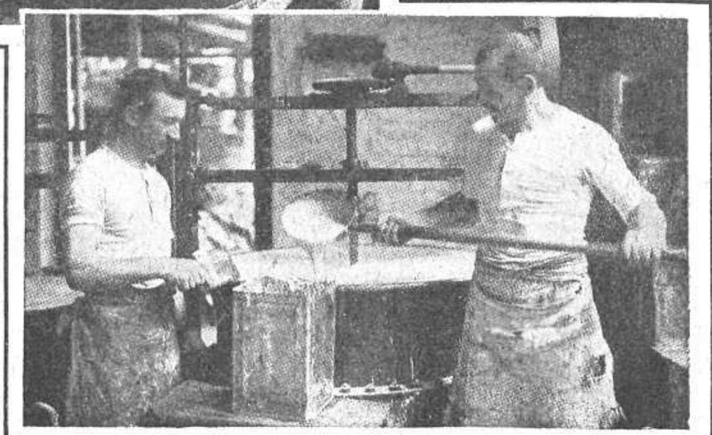
Colando el engrudo.

Debido a la gran demanda, no se nos pudieron dar los datos exactos de su consumo en el país; pero el gerente supone que el gastado durante las pasadas elecciones pasó de veinte mil toneladas, cantidad suficiente para dejar pegados en la pared a todos los candidatos.

El éxito de la nueva industria ha obedecido a la guerra cartelera de los partidos, y, por consecuencia, al abuso del pega-pega, pues los pegadores en su entusiasmo partidista, en ocasiones se pegaban con algo más peligroso que el engrudo.

De cualquier modo, creemos que en futuras elecciones se subsanarán esos peligros de esta sustancia, y que los candidatos triunfantes, agradecidos a esta novísima industria nacional, tratarán de imponer gravámenes a la extranjera, para proteger al engrudo del país. Es lo patriótico.





El engrudo apto para el consumo.



Debo confesar a ustedes, lectoras y amigas mías, que hace largo rato esperan verse garabateadas por mis irregulares *pattes de mouche* las inmaculadas carillas que vendrán a buscar dentro de un instante desde la redacción... y es que para los señores cajistas, no existe prórroga posible, ni rezan para con ellos las prerrogativas de que suelen disfrutar las duendes como yo... Ahora bien: tengo por costumbre el escribir en la más absoluta soledad, y ese aislamiento que suele encogernos dolorosamente el corazón cuando reclinamos perezosamente la cabeza, inertes nuestras manos, e inerte también el cerebro para toda iniciativa, es, sin embargo, el mejor de los consejeros para las horas de trabajo...

Como de costumbre, me he encerrado sola esta tarde en mi saloncillo, pero al instalarme ante mi mesa de trabajo, medido el tiempo de que podía disponer para comentar con mis lectoras las novedades sociales de la semana, he experimentado extraña sensación... Agolpáronse, imponiéndose a mi espíritu, añoranzas, girones de vívidas escenas, alegrías y desencantos olvidados... ¡No estaba sola, no! Me rodeaba el ambiente de un pasado no muy lejano aún...

Muchas veces he considerado con profunda compasión a mujeres de mi tiempo, que no han sabido acatar la ley inexorable de nuestra vida, y que siguen luchando por conservar un reflejo siquiera de la juventud que pasó, sin resignarse a abdicar serenamente de las aspiraciones a las que se creen con derecho todavía, y descuidando además el cerrar esa «puerta de los fantasmas» que guarda celosamente tantas tentaciones...

Pues bien; casi casi he incurrido en igual debilidad... y en pecar además por imperdonable haraganería, y presunción, puesto que he caído en la tentación de imponer a ustedes mis divagaciones sentimentales...

¿Cuál ha sido la causa que me ha apartado de una de mis más gratas obligaciones? ¿A qué sugestión extraña ha cedido la razonable imaginación de esta Dama Duende?

Elegante cesta de rosas engalana mi amplia mesa de trabajo: ha sido éste un envío anónimo, y por más que delatara su procedencia, la suntuosidad y el *chic* incomparable de reputado florista, la casa ha sabido guardar el secreto que le fuera encomendado... ¿Conciben ustedes, lectoras y amigas mías, que pueda dedicarse tan misterioso y perfumado envío a la Duende que ha tenido la espontánea sinceridad de revelarse tal cuál es? No se reciben con frecuencia tan admirables flores, cuando brillan indiscretamente destellos de plata en obscura cabellera...

¡Rosas color grana! con ellas penetraron en el reducido saloncillo, todos los fantasmas de otros años... ellas comprendieron entonces alegrías y congojas, y hoy parecen decirme «ya lo ves, hemos de acompañarte todavía, y alcanzar para ti el interés de un enigma, pues no has de sospechar *quién* nos envía...»

Y eso es lo que me intriga: vinieron dirigidas a esa personalidad que me he creado para poder lograr la independencia que no concede aún nuestro ambiente a las que no queremos encerrarnos en determinado círculo; ¿cuál no será entonces el desencanto de quien quiso halagar a la inaccesible Duende, si llegara a descubrir su incógnito? Pero, no... me inclino a creer más bien que sean estas rosas gentil expresión de gratitud de *alguien* que ha de creerse obligado hacia la Duende que quiso complacerle, y a quien creyó reconocer en un fugaz encuentro! Ellas guardan tenazmente la consigna, ufanas al ver que han logrado turbar la plácida serenidad de su dueña, inspirándola el anhelo de revivir pasadas impresiones. Rosas color grana, lucían entonces los escaparates de la vieja rambla de Mar del Plata; aquel improvisado muelle que avanzaba en ciertos trechos sobre el mar, desconocía las suntuosas instalaciones actuales, en las que se exalta la soberana belleza de esas mismas rosas con rígidos brocatos, irguiéndose sus tallos en las *potiches* de vieja porcelana de China...

Ante esta evocación, la vida de cosmópolis, — veraneo que hasta ayer hallaba ideal, — me resulta hoy brumosa e intolerable; las excursiones hasta el Tigre, se me antojan vano y descolorido reflejo de la vida del balneario, y ahora que se inicia el luminoso, incomparable marzo, me dan ansias de respirar esa atmósfera sutil... ahora es el momento: el desbande de veraneantes ha empezado después del Carnaval, y se podrá contemplar la nueva rambla despejada del elemento que sólo puede disponer de un mes de descanso; recién ahora nos será permitido el placer de recorrerla de punta a punta, sin escollos ni molestias... en ella, como en los *lincks* podría observar a los que se inician en la intensa vida de afectos e ilusiones... aseguran desde allí que se esbozan tantos *flirts*... y no se corre tampoco ya el peligro de las tentaciones de la vida de Casino, que han abandonado casi por completo nuestras elegantes mundanas... el caso parece singular, y es, sin embargo, muy explicable; el *fruit défendu* durante tan largos meses, obligaba casi a esta reacción, aprovechando la liberalidad de la vida del balneario; está hoy tan próxima la tentación, a las puertas mismas de cosmópolis, que no resulta casi novedad la vida de Casino en aquella predilecta villeggiattura...

Dije antes, que muy cerca de nosotros podíamos disfrutar de un pálido reflejo de la vida de Mar del Plata... y no me refería sólo a la intensa animación mundana que halla delicioso y pintoresco refugio en una región de ensueño; pero si es ella cómplice irresistible de sentimentales expansiones, no deja de ejercer dañina sugestión para los novios que frecuentan el deslumbrador recinto que hemos dado en llamar «dominios de Alí-Babá...» y si resolvemos prestar completo crédito a las leyendas orientales, tal vez creeríamos ver vagar a las orillas del río, a alguna velada y misteriosa figura que buscara ansiosa al que no se resigna a desdeñar todavía las intensas emociones que triunfan momentáneamente de la misteriosa atracción del mar, y hasta de la irresistible atracción de un obscuro y profundo mirar...

La dama duende.

DIOS TE SALVE, MAESTRO

(Para Amado Nervo, en prueba de reconocimiento).

Dios te salve, maestro.
En tus sienes ya canas
resplandece la gloria, en aureola sutil.
Dios te salve, maestro,
las musas tus hermanas,
te rinden amorosas su homenaje gentil.

Dios te salve maestro.
Tú que cantas la vida y que cantas la muerte,
tú que cantas a Dios,
él te depare suerte
y te conduzca en los
senderos de lo ignoto,
para acercarte a él...;
y con su luz, ya roto
el velo de INCREADO,
tú, seas su bien amado
y él sea tu libro fiel.

Tú, que sabes amarle
porque execras el mal
y con todos fraternas, al igual
has de hallarle...;
tú no dejes el bien,
¡oh, mi maestro inmortal!
él te bendiga. Amén.

JUAN J. SANTAMARÍA.

Enero, 1918.

Un suceso original



Subteniente Juan J. Florio, herido levemente en el costado derecho.



Agente E. Gómez, herido en el costado.



Estado en que quedó el casco del agente Juan Toloney.



Agente Eleodoro Castro, herido en los brazos y pies.



Agente Tomás Ortiz, herido en el pie derecho.

No son sólo las personas exaltadas y protestantes en estos momentos, también la caballada del Escuadrón de Seguridad, sin causa que lo justifique, dió la semana pasada un espectáculo, que sería cómico, a no ser por la cantidad de víctimas que ha ocasionado.

Frente al cuartel del escuadrón, en la calle Salguero, a las 8. 30 de la noche, estaba formado aquel con su caballada en espera de órdenes para salir de recorrida; de pronto, sin que por los alrededores hubiera ningún orador político que diera lugar a protesta, los caballos se dispararon hiriendo al huir a varios soldados del escuadrón. Horas más tarde, los caballos huelguistas, fueron traídos de los pueblos de los alrededores para prestar servicios nuevamente.



Agente Antonio Lamadrid, herido en el pecho y las piernas.



Agente Félix M. Oses, herido en los brazos.



Agente Rogelio Oses, herido en la pierna derecha.



Agente Ruperto Ahraizar, herido en las piernas y caderas.

Apasionamiento político



Manifestación de pesar a que dió motivo la conducción de los restos de Vicente de Tomaso, muerto trágicamente en la puerta del comité socialista. (En el ángulo la víctima.)

Desfalco importante



Francisco M. Massondo, cajero del Banco, y Juan Manuel Larrosa, oficial 1.º de los Tribunales, acusados como autores del importante desfalco hecho al Banco de la Nación por la suma de 290.000 pesos.

Necrología



Señor Montanús Helterna.



Señora Mercedes Arroyo de Medina.



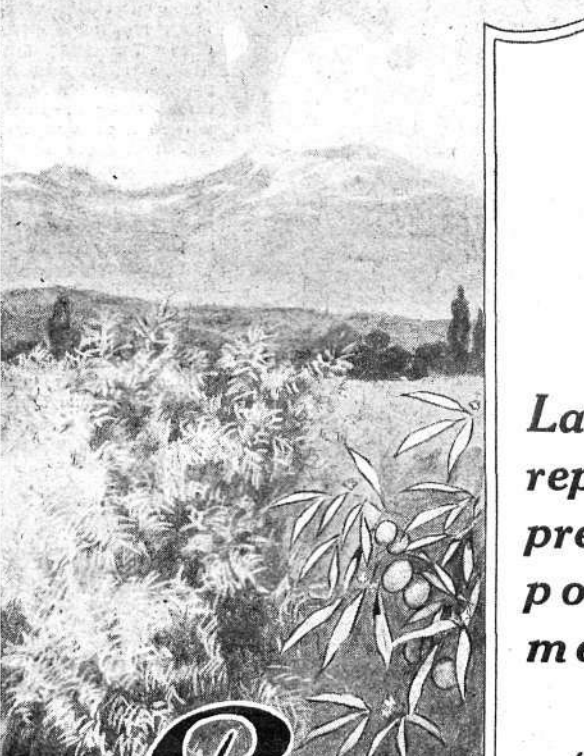
Señor Cristián Horacio Solivella.

En un inquilinato



Aspecto de la habitación de la casa calle Piedras, 567, tal como quedó después del derrumbamiento, en el que pereció el menor Rodolfo Caldas.

SIEMPRE AUTÊNTICO





La marca Bau representa siempre la garantía positiva del mejor aceite

Puro de oliva

EXIJASE MI FIRMA

¿Qué es la luz?

Ignorar lo que es la luz *por dentro*, no debe avergonzar a nadie, cuando Newton se equivocó en tal punto.

Suponía y sostenía el eminente descubridor de la gravitación universal, que cada rayo de luz era un torrente de partículas materiales luminosas despedidas con potentes impulsos por astros o llamas; o empleando grosero, pero expresivo símil, chorros de microscópicas chispas, lluvia de millones y millones de incendiados proyectiles de materia tenuísima, pero materia al cabo.

No encaja aquí el relato de las discusiones del astrónomo inglés con quienes opinaban que la luz es algo más sutil, más etéreo; opinión que al fin prevaleció en el mundo científico al tenerse noticia de los resultados obtenidos por Fresnell al *hacer la autopsia a un rayo de luz.*

Si yo pongo en un punto un grano de arena, y luego otro, y otro, y otro, cada vez tengo más arena; si son gotas de agua las sucesivamente echadas en un vaso, en éste harán subir el nivel del agua: es decir, que la acumulación en un sitio de partículas materiales, por diminutas que sean, implica aumento de la cantidad de materia en tal lugar.

Luego si la luz fuera materia, dos rayos de ella siempre deberían dar más luz que uno, y al juntarse en un punto, iluminarían más intensamente el lugar de su encuentro.

Es interesante fijarse bien en esto, porque el experimento de Fresnell, mil veces repetido en los gabinetes de física, evidencia precisamente que no siempre dos rayos de luz alumbran más que uno.

Esto, así dicho, parece absurdo a primera vista, pues las lentes, los espejos, los reflectores, que sobre reducido espacio concentran muchos rayos de luz solar o artificial, demuestran, sin lugar a duda, que acumulando rayos en un punto, se aumenta la luz que sobre él cae. Buena y vulgar prueba de ello son los focos con reflector de las testeras de los tranvías, o de las delanteras de los automóviles.

Cierto es esto; mas precisa advertir que así como en una orquesta donde el *dilettante* o el músico aprecian los sonidos de los distintos instrumentos, mientras el inculto oído del campesino o el pastor no oye sino *un sonido* resultante de la compleja trabazón de los elementales, del mismo modo nuestros ojos, que nunca llegan a analizar y descomponer la impresión lumínica, no suelen ver luz aislada, sino *reunión de luces:* suma en la del sol, como es sabido, de las siete elementales.

En una caja con finísimas aberturas rectilíneas, abiertas en dos costados inmediatos, colocó Fresnell una llama productora de luz elemental, — amarilla en su primer experimento; — situó una pantalla blanca frente a una de las aberturas, y en ella vió pintarse una finísima línea de luz. La que salía por la hendedura del otro costado de la caja, iba a caer en un espejo que, reflejándola, la enviaba a la pantalla, donde entonces se veían, no ya una, sino dos rayas luminosas: la primera o directa, y la que el espejo reflejaba.

Variando la inclinación del espejo, movió Fresnell la segunda línea luminosa sobre la pantalla, de modo que se acercara a la primera, hasta que ambas se juntaron en una.

Y ahora llega lo interesante: *para diversas distancias y diferentes posiciones del espejo, esta línea única de luz formada por la superposición de otras dos, variaba de intensidad*, habiendo algunas posiciones para las cuales desaparecía totalmente. ¡Y, sin embargo, la lámpara ardía y el espejo seguía iluminado!... ¡En determinadas condiciones, la extraña suma de dos rayos de luz era obscuridad!

¿Cuál es, pues, la misteriosa naturaleza de la luz que tal prodigio obra?

Desde luego. materia, no, puesto que luz + luz no siempre da más luz, y aun a veces da sombras... Pues entonces, no puede ser sino fuerza, o movimiento.

Si engancho dos caballos a un coche, marcha éste más de prisa que con uno; pero si, teniendo ambos igual fuerza, hago que tiren hacia adelante uno y hacia atrás otro, el coche no se mueve.

Este vulgar ejemplo basta para desvanecer la sorpresa que nos produce ver sombras en los puntos donde caen los dos rayos de luz zarandeados por Fresnell; porque si cada rayo de ella representara *una fuerza*, o si su resplandor fuera *algo que se moviera en sus entrañas*, ya no hace falta más para que nadie se sorprenda de que dos fuerzas o dos movimientos se anulen o contrarresten si empujan o chocan en sentidos opuestos. La quietud de tal choque resultante se llama sombra cuando la luz no alumbra.

Pero, ¿fuerza o movimiento?... No metiéndonos, — y no nos meteremos, — en honduras matemático-filosóficas, lo mismo da; porque nadie vió nunca movimiento que no nazca al empuje de una fuerza, ni existe cuerpo cuyo movimiento no engendre nueva fuerza.

Bien claro está que si la fuerza produce movimiento, éste engendra fuerza. Tienen derecho, pues, los físicos para deducir de las experiencias de Fresnell que la luz es movimiento.

Cálculos y razonamientos matemáticos, — fundados en el experimento antes referido, y en otras concienzudas investigaciones, demuestran, sin lugar a duda, que a *lo largo de un rayo de luz se propagan movimientos oscilatorios entre posiciones extremas*, semejantes a las vibraciones de un resorte distendido, que bruscamente queda libre; análogos a los vaivenes de un columpio, de la péndula de un reloj; al volteo de los puntos de un vulgar tirabuzón que, sin avanzar, giran rápidamente en torno de su eje tan pronto en un sentido como en el opuesto; o si se quiere conservar la imagen de las hebras, al movimiento de todos los puntos de ellas cuando a sus extremos se les imprime velocísima rotación alternativa a la derecha y a la izquierda.

Cada una de estas comparaciones responde a especiales modalidades de la vibración luminosa; mas lo esencial y característico de dicha vibración es la inconcebible y vertiginosa rapidez con que, lo que en ella se mueve, — sea lo que sea, — oscila a uno y otro lado del rayo de luz, o gira en torno de él.

Imagínese una péndula que en vez de verificar un vaivén por segundo, como la del reloj, efectuara en igual tiempo 450 millones de millones de vaivenes completos, y se tendrá idea de la velocidad de los *más lentos movimientos* por la Naturaleza empleados para encender luz roja. Los más lentos; porque para encenderla anaranjada, amarilla, etc., ha de agitarse aun más furiosamente el enigmático agente que en sus rayos vibra: al extremo de que en la luz violeta oscila a la inconcebible velocidad de ¡750 millones de millones de veces por segundo!

Aun cuando éstos puedan parecer delirios, fantasías, son resultados positivos de mediciones físico-matemáticas.



NUEVE DE JULIO. — Baile dado por el «Orfeón 9 de Julio», en la sala del teatro «Rossini», la última noche de carnaval.

BERNAL. — Reunión familiar efectuada en la casa-quinta del señor Long, con motivo de las fiestas de carnestolendas.

MORON. — Un detalle del baile de fantasía que con gran éxito se celebró en los salones de la municipalidad.


NOTA COMICA DEL
GLAUDA
VERMOUTH ARGENTINO
—¿Y qué vas a hacer ahora que has salido diputado?
—Pienso hacer una gran limpieza.
—¿En el presupuesto?
—No; en el traje de levita que está todo lleno de engrudo de los carteles que he tenido que pegar en estos días de propaganda.

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

Entre empleados:
— ¿Has pensado alguna vez lo que harías si tuvieras las rentas de Rothschild?
— No; pero muchas veces he pensado qué haría Rothschild si tuviera el sueldo que yo tengo.

STOR.



— ¡Qué delicia, — decía una joven a una de sus amigas, — si todos los hombres fueran ángeles!
— Pues todos mis novios lo han sido.
— ¿De veras?
— Sí; porque todos volaron en seguida.

RAQUEL.



— Cuando vengan ustedes a mi colegio, ¿se portarán bien?
— Sí; le prometemos no pegarle sino en defensa propia.

ENRIQUE.

— Cuando me declaraste tu amor, ¿estabas seguro que te aceptaría?
— Segurísimo. Era martes, 13 del mes, tú vivías en un número 13 y la sirvienta era bizca.

MAC ANA.

Anita. — ¿Se ha desmayado usted alguna vez?
Catalina. — Sí; pero me pegué un golpe tan fuerte al caer, que no me animé a ensayarlo otra vez.

EUTROPÍA.



— Si fuera haragán como usted, me colgaría del techo de mi casa.
— Si usted fuese tan haragán, no tendría casa donde colgarse.

LEUTIGARRA.



Purgante suave y agradable para niños y adultos.

El éxito alcanzado por nuestra preparación "Ricinol", no lo atribuímos exclusivamente a la combinación feliz de su fórmula, sino también a la inmejorable calidad del aceite de castor que empleamos: es éste tan refinado y puro, que su olor y sabor característico desaparece por completo, y en su lugar se nota únicamente el agradable gusto del café.

Esta es la causa de que niños y adultos prefieran nuestro purgante a cualquier otra preparación, y de que su venta haya alcanzado a cifras excepcionales.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES

Farmacia y Droguería DIEGO GIBSON

168 - DEFENSA - 192 **Sucursal: FLORIDA, 159** (Pasaje Güemes)



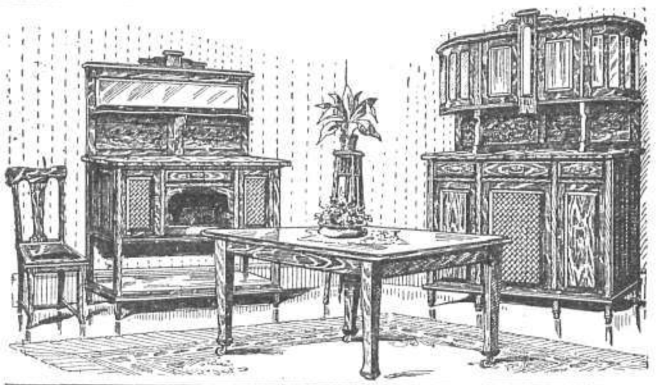
BANFIELD. — Animado baile, dado por «La Grevanata», en el teatro Universal, de la localidad.



LOMAS DE ZAMORA. — Interesante grupo de concurrentes al baile de disfraz, celebrado en la casa de los esposos Goitea-Argüello.



QUILMES. — Un intervalo en el baile de disfraz, realizado en los salones de la municipalidad.



ELEGANTE COMEDOR MODERNO, DE ROBLE

Compuesto de aparador y trinchante, con mármoles finos, cristales y espejos S. Gobain, mesa para 6 personas, y 6 sillas tapizadas. Estilo Luis XVI.

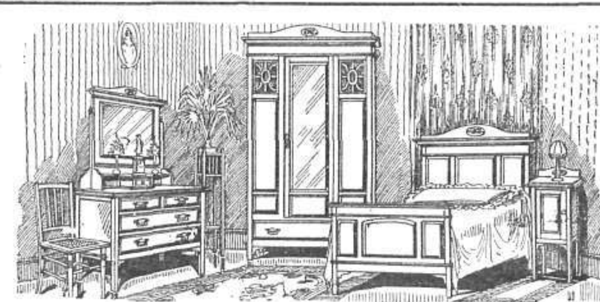
$ 330

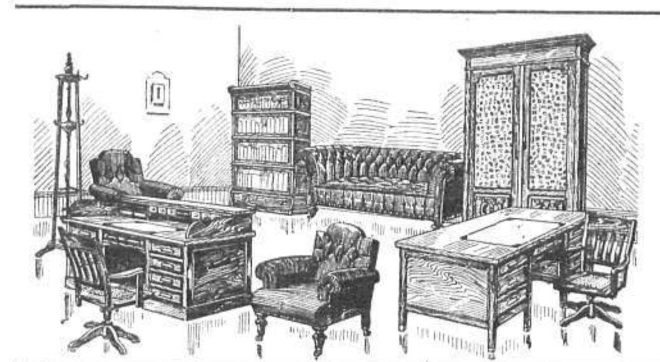
NOVEDAD: $ 19 MENSUALES

DORMITORIO laqué blanco, completo, para señorita, 5 piezas. AL CONTADO,

$ 180

O en diez cuotas de $ **19.**





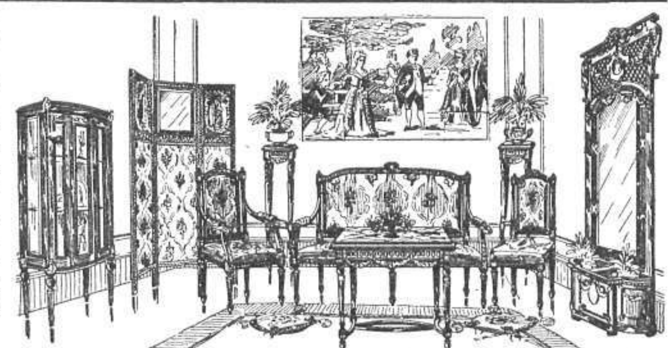
Sección Escritorios Norteamericanos

Biblioteca de roble...	$	85
Escritorio dos frentes,	,,	90
Sillones giratorios, $ 35 y	,,	30
Biblioteca, 4 secciones,	,,	120
Escritorio ministro....	,,	75
Escritorio cortina baja,	,,	99
Perchas de escritorio..	,,	28

Juego de búfalo, 3 piezas..... $ **225**

Solamente $ 350

N. 11.134.—JUEGO de SALA dorado, LUIS XVI, tallado, completo, 9 piezas, $ **350.** 1 vitrina dorada, con cristales biselados, $ **150.** 1 jardinera de lujo, grande, $ **170.** 1 par pedestales cuadrados, dorados, $ **60.** 1 biombo dorado con espejos y gobelino novedad, pesos **140.** 1 mesa dorada, con mármol fantasía, $ **60.** El conjunto, $ **900.**



CORRIENTES, 1145

PEDIDOS AL INTERIOR

Gratis Catálogo N. 17

Baratti y Cía
Muebles

Facilidades de pago en la Capital.

FUNDADA EN 1853



Bibliografía

«La Imposible», por Rafael López de Haro. — «Margot», comedia, por G. Martínez Sierra. Biblioteca Renacimiento. — «Memorias del general Páez». Biblioteca Ayacucho. — «Parisina», tomo V de las obras completas de Rubén Darío. Editor: Mundo Latino. — «La Alemania Imperial», por Whiman. Edición España Moderna. — «Un pueblecito», por Azorín. Edición Residencia de Estudiantes. — «Sermones morales», por el P. Luis Baurdalone. Editor: P. Ollendorff. Rep.: Agencia general de librería y publicaciones.

«La Patria de Monteagudo», por el doctor Martiniano Leguizamón.

« Caries dental escolar», por Osvaldo Tiscornia.

«Doctor Herminio J. Quirós», por Rafael Roisman.

«Au Airman's Outings», por Contact y prólogo del mayor general W. S., Brancker. Londres.

«El terrorismo alemán en Bélgica», narración basada en documentos, por Arnold I. Toyubee, introducción de Ramiro de Maeztú. Londres.

«Don Domingo Matheu», autobiografía y apuntes, por su hijo Martín Matheu. Rep.: Julio Suárez.

«Lecciones de Historia Argentina», por Rómulo D. Carbia. Editor: Franzetti y Cía.

Desinfección de los libros

En la revista *L'Higiene della Scuola*, de Génova, trata el doctor Ragazzi de esta importante cuestión higiénica, examinando la eficacia de los procedimientos que suelen emplearse para la desinfección de los libros.

El empleo del *vapor acuoso* a 100° C, parece ser el medio más seguro de desinfección, pero perjudica en gran manera su repetida aplicación.

El *aire caliente seco* es de inciertos resultados y perjudica también a los libros; y el *aire caliente húmedo*, aunque eficaz, requiere mucho tiempo de aplicación (de 24 a 28 horas), y como los anteriores, es igualmente perjudicial para los volúmenes que se desinfectan. El *método Gastner*, en el que se usan vapores de agua y alcohol de 50°; el empleo *de medios gaseosos*, como los vapores de azufre, de cloro y nitrosos, ofrecen diversos inconvenientes que los hacen poco aconsejables.

El sistema aconsejado por el doctor Ragazzi, es el siguiente:

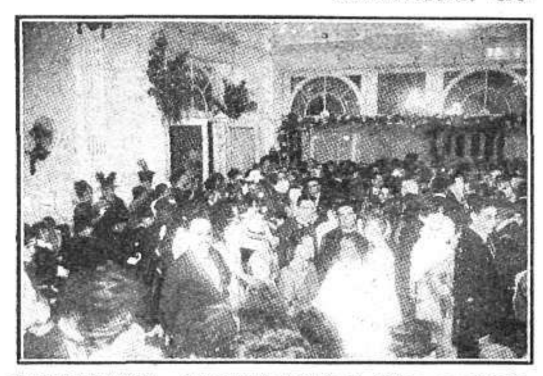
Los libros se disponen, algo separados unos de otros, en una estantería colocada dentro de una caja de un metro cúbico de capacidad, hecha de madera bien tupida, tapizada por dentro y por fuera de cartulina, para impermeabilizarla bien al gas, y con tapadera lateral o superior bien ajustable. En una de las paredes de la caja, se practica un agujero para el paso de una cánula por donde se introducirán los vapores de formol. El evaporador de formol consiste en una calderita forjada a fuego, de unos dos o tres litros de capacidad, provista de dos aberturas de 2 centímetros de diámetro, en la pared superior, una por donde se vierte el líquido que ha de evaporarse, y otra para el paso del tubo que conduzca los vapores a la caja donde se han colocado los libros; una cápsula metálica de unos 10 centímetros de diámetro servirá para calentar la caldera. Para la práctica de la desinfección se emplea: formalina del comercio, al 38 %, unos 50 cm.3; agua, 100 cm.3; alcohol para evaporar la solución, 50 cm.3; amoníaco comercial, queha de evaporarse en la caja para la desformalización, 95 cm.3.

Se evapora en la caldera la solución de formol, cuyos vapores van penetrando en la caja; a las 12 ó 14 horas se limpia la caldera de vapores formólicos, evaporando el amoníaco, cuyos vapores se hacen penetrar también en la caja, y al cabo de pocos minutos quedan desinfectados los libros.

Luego se sacan de la estantería en que se habían colocado, con el fin ya descripto, y se les pasa un fino paño de lana o un trapo de gamuza con el objeto de quitarles la humedad producida por el vapor.

Uno de los medios más eficaces para hacer poco frecuente la tarea de la desinfección de los libros, es evitar que el polvo invada lo menos posible las estanterías, para lo cual se requiere un cuidado casi diario.

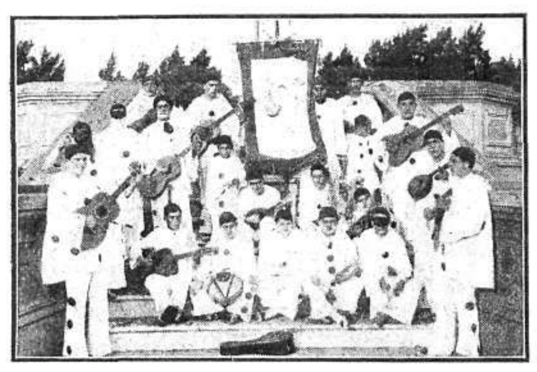

GOODRICH SAFETY T
NEUMATICOS
Goodrich
En las calles de Buenos Aires y en los caminos de la campaña, el número de autos que se ven equipados con neumáticos GOODRICH, aumenta mes por mes.
Esto es una buena prueba de que los automovilistas se están dando cuenta de que la nueva cubierta
GOODRICH "SAFETY TREAD"
Tipo "REFORZADO"
EFECTIVAMENTE tiene mayor duración y de que la CAPACIDAD EXTRA DE AIRE que tienen, contribuye grandemente al mayor confort, especialmente sobre los malos caminos. Y al mismo tiempo que el kilometraje EXTRA que rinden se debe a esa CAPACIDAD EXTRA DE AIRE, motivo por el cual resultan las más económicas. Cuando nuevamente tenga usted ocasión de reponer una cubierta, solicite de su surtidor una cubierta GOODRICH "SAFETY TREAD", tipo "REFORZADO".
La encontrará un poco más cara, tal vez; pero LO VALE.
Unicos concesionarios para la Argentina, Uruguay y Paraguay:
HENRY W. PEABODY & Cía.
CANGALLO, 1660 - Buenos Aires
Agentes en Montevideo: BANKIER & LINN - Rincón, 689.



BAHIA BLANCA. — Interesante tertulia de disfraz, organizada por el «Club Español».



BAHIA BLANCA. — Baile de fantasía, dado por el «Patronato de la Infancia», en el salón del «Hotel Sudamericano».



9 DE JULIO. — «Los Pierrots», comparsa que obtuvo el primer premio, otorgado por la comisión del corso local.



MAR DEL PLATA. — Baile de disfraz, realizado en el «Regina Hotel».

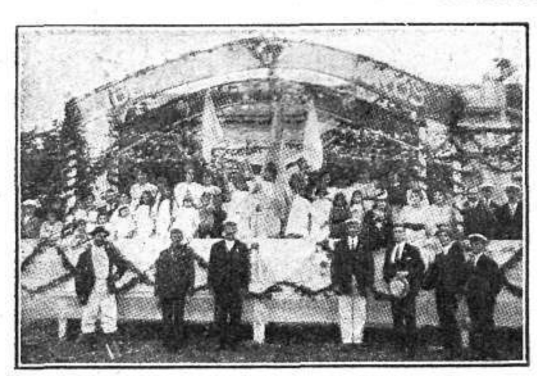

LEICHNER
Las damas elegantes que quieran dar a su rostro un encanto de divina belleza, deben usar el
Polvo Graseoso
LEICHNER
exquisitamente perfumado.
No se dejen engañar con cajas similares; exijan el verdadero Leichner, y no otro.
VENTA EN TODAS PARTES
En Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gómez, 1513
En Asunción (Paraguay):
GUILLERMO PERONI
Ayolas esq. Benjamín Constant

Catamarca. — "El topamiento de las Comadres"

Concurrentes a la original y humorística fiesta regional de carnestolendas.

El sacerdote de Momo, pronunciando el sermón de ritual, antes de proceder al bautizo de los «guaguas». — La presidenta, señora Juana Carrizo (×), con el sacerdote, madrinas, padrinos y «guaguas», al terminar la alegre fiesta, en la que se baila y cantan vidalitas y canciones alusivas al acto.

Ecos del carnaval en la provincia



CASEROS (F. C. P.) — Palco del centro «La Libertad», al que le fué adjudicado el primer premio.



ROJAS. — Carruaje «El Polo Norte», ocupado por las señoritas de Neyra, Hardoy, Roques, Enciso, Tamborena y Ormaechea.



ROJAS.—Carroza «Patio Alsaciano», con las Stas. Hildeman, Neyra, Hardoy, Enciso, Tamborena, Villa, Oyhanarte y Ormaechea.



NUEVE DE JULIO. — Distinguidas señoritas disfrazadas de odaliscas, ocupando una bien adornada carroza.

Notas interesantes de las fiestas de Momo



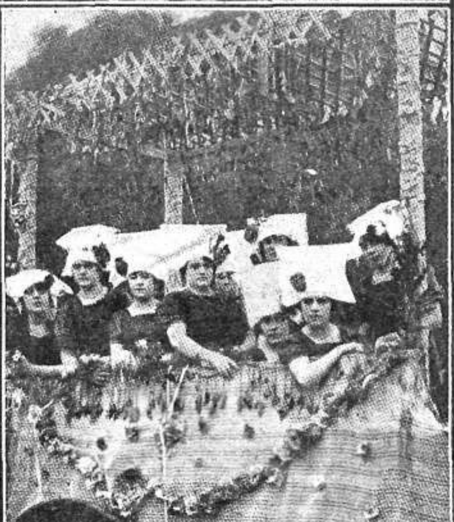
Vistoso automóvil, a cuyo paso iban quedando en el ambiente fragancias de flores y que recorrió los corsos de Belgrano, Flores y Avenida de Mayo, haciéndose notar también en las calles centrales de la Capital y en las avenidas de Palermo.



Palco que llamó la atención en los bailes del teatro de la Opera, por estar ocupado por señoritas que, provistas de elegantes pulverizadores, perfumaban a las parejas con las exquisitas aguas de Colonia «Le Sancy», «Nora», «Kendal» y «Duc».



SAN LUIS. — La comparsa de la sociedad «Los 43», que recorrió las calles de la ciudad.





SAN LUIS. — Carro «Las Margaritas», ocupado por las señoritas Igarzábal, Velázquez, Alric, Figueroa, Despuz y Piferrer.

SAN LUIS. — «Las Aldeanas», carro ocupado por las señoritas Gutiérrez, Fernández, Alric, Poblet, Jurado, Crespo y Cavallén.



DE LA

INDUSTRIA

DEL

PNEUMÁTICO

FUÉ

DUNLOP

542, PASEO COLÓN, 544

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, una vez por mes publicaremos una sucinta bibliografía y juicio crítico de los libros que hayan aparecido en ese tiempo.



LA GUERRA DEL PARAGUAY, *por A. Rebaudi*.—En este pequeño libro se evocan las terribles figuras de la sangrienta tiranía de López en el Paraguay, de la cual el pueblo hermano no pudo ser librado sino mediante la larga y cruenta guerra de la triple alianza. El caso particular tratado es el de la siniestra farsa de la llamada conspiración de San Fernando contra el tirano, que permitió á éste, en plena guerra, ejercitar sus feroces instintos en algunos de sus compatriotas. El señor Rebaudi ha querido evocar esos tiempos y esos hombres, a modo de protesta contra cierto movimiento *intelectual* paraguayo, a cuya sombra se pretende intentar una reinvidicación histórica imposible, basándose en ciertas teorías pseudo-científicas, que así sirven para un barrido como para un fregado. En apoyo de su oportuno propósito, el autor publica abundantes documentos, inéditos o poco conocidos algunos, que no hacen sino confirmar el juicio universal sobre el tirano, inapelable ante ningún tribunal. La lectura de esos documentos, aún haciendo abstracción de los conceptos personales del autor, basta para que en el lector se afirme el convencimiento anterior al respecto, y el ánimo se incline resueltamente a persistir en la condenación de los régimenes tiránicos y salvajes que en días que ya felizmente no volverán, fueron la vergüenza de la América, y que en vano se tratará de resucitar.

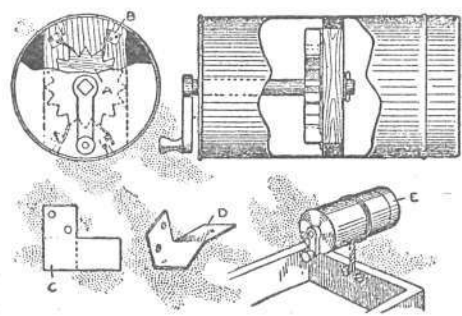
ANUARIO DE «LA RAZÓN». — Si los progresos de este prestigioso colega de la tarde, no pudiera comprobarlos el público día a día, excelente instrumento de comprobación sería este anuario, que acusa indiscutibles adelantos y mejoramientos sobre el anterior. Con excelente criterio periodístico, vale decir informativo, el Anuario de *La Razón* contiene innumerables datos del mayor interés para toda clase de personas, de manera que puede considerarse como una util sima sinopsis de la república en el momento actual. A pesar de los trastornos de todo orden traídos por la guerra, el colega ha podido vencer las dificultades emergentes y lanzar al público una obra que es, en sí misma, el mejor elogio de *La Razón* y del país. Esfuerzos de este género, realizados en época tan azarosa para todo linaje de empresas, son positivamente alentadores en su feliz realización, y permiten mirar con confianza el porvenir.



Nuestros sinceros plácemes al merecidamente popular colega vespertino.

Inventos y procedimientos útiles

SIRENA PARA AUTOMOVIL DE JUGUETE



Con un bote de hojalata se puede hacer la sirena de automóvil de juguete que reproduce el grabado.

El mecanismo se reduce a una rueda dentada que al girar hace vibrar varias lengüetas de metal. La sirena funciona dando vueltas a una manivela. El bote se fija en un lado del vehículo por medio de la abrazadera que se ve en el grabado E.

En el interior del bote se pone un trozo de madera para montar la rueda, con un agujero para el árbol de la manivela. Las lengüetas son unos trozos de metal de la forma de C, doblados como en D.

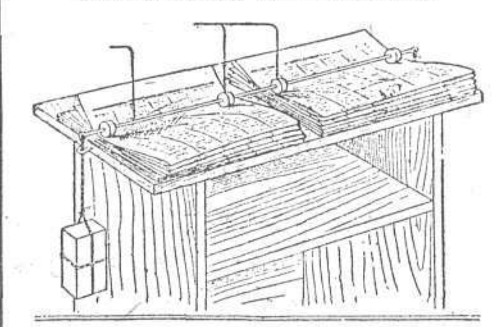
La acción de la rueda dentada sobre las lengüetas produce un sonido semejante al de las sirenas.

PARA LOS LABIOS SE USA UNA POMADA que no se pone rancia nunca. Se compone de 80 partes de parafina, otro tanto de vaselina y lanolina, y se colora con 0.10 de carmín, una de esencia de bergamota y otra de esencia de limón.

CEMENTO RESISTENTE A LOS ÁCIDOS. — Se funde una parte de goma elástica en dos de aceite de linaza y se mezcla con la cantidad necesaria de la arcilla blanca llamada bol. Luego se amasa bien hasta que adquiera la debida consistencia.

Para que la desecación sea más rápida y se endurezca mejor, debe añadirse media parte de litargirio o de minio. Este cemento resiste perfectamente al ácido clorhídrico y al ácido nítrico.

PARA SUJETAR LOS PERIODICOS



Los vendedores de periódicos suelen sujetarlos con piedras o pesas para que no se los lleve el aire, pero es mucho más pulcro y más cómodo el procedimiento que se ve en el grabado. Todo se reduce a sujetarlos con una varilla provista de unas ruedecitas y colgar de los extremos de la varilla unos pesos cualesquiera. De esta suerte, al tirar de un ejemplar del periódico, rueda la varilla sin cambiar de sitio, gracias a la sujeción que prestan unas anillas laterales por donde pasan los cordones que sostienen los pesos.

LA PROVEEDORA DE LAS 14 PROVINCIAS

DORMITORIO roble floreado, norteamericano, macizo, 3 cuerpos, mediano, las 7 piezas.......... $ **265**



FLETE ABSOLUTAMENTE GRATIS, NO DISTANDO 7 HORAS DE LA CAPITAL.

COMEDOR de roble macizo, las 2 piezas, pesos **195**



Otorgamos Crédito Capital e Interior

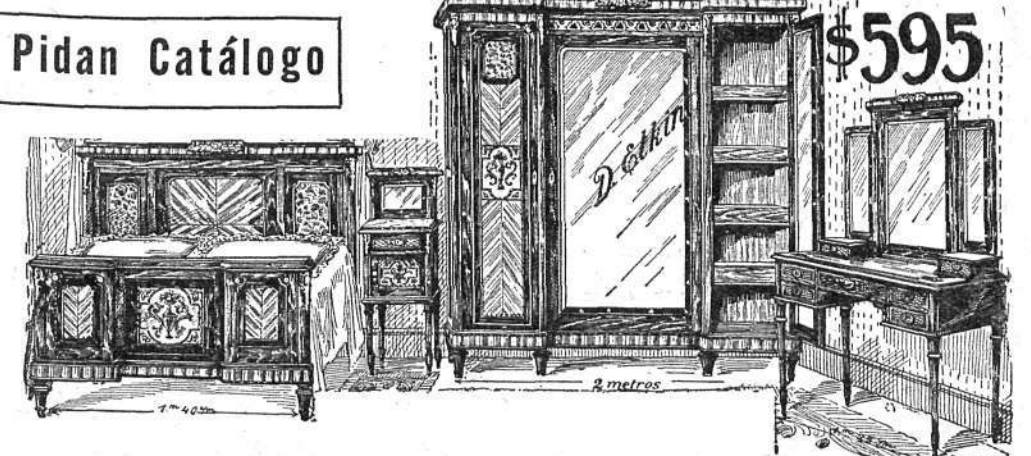
Las doce piezas, pesos **298**

Pidan Catálogo

LA FABRICACION Y MATERIALES QUE EMPLEAMOS, RESISTEN CLIMAS CALIDOS.

Pidan Catálogo

$595



El juego se compone de 1 ropero 3 cuerpos, desarmable, de 2.10 metros de ancho, 1 mesa toilet o lavatorio-cómoda, 2 mesas de luz, 2 sillas tapizadas, todo, en.............................. $ **595**

— D. ETKIN - 2743, RIVADAVIA, 2745 —



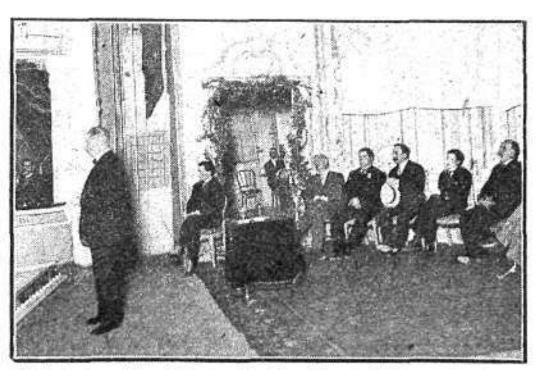
Movimiento electoral en Paraná



Concurrencia que asistió a la proclamación de la fórmula Anadón-Medina y candidatos a diputados nacionales que sostiene la Concentración Popular.



El doctor Lorenzo Anadón, leyendo el discurso-programa, en el acto de la proclamación oficial de su candidatura a gobernador de esta provincia de Entre Ríos.



El diputado nacional, doctor Celestino Marcó, dirigiendo la palabra a la asamblea de la Unión Cívica Radical Oficialista.



Aspecto que presentaba el teatro durante el acto de la proclamación de los candidatos.

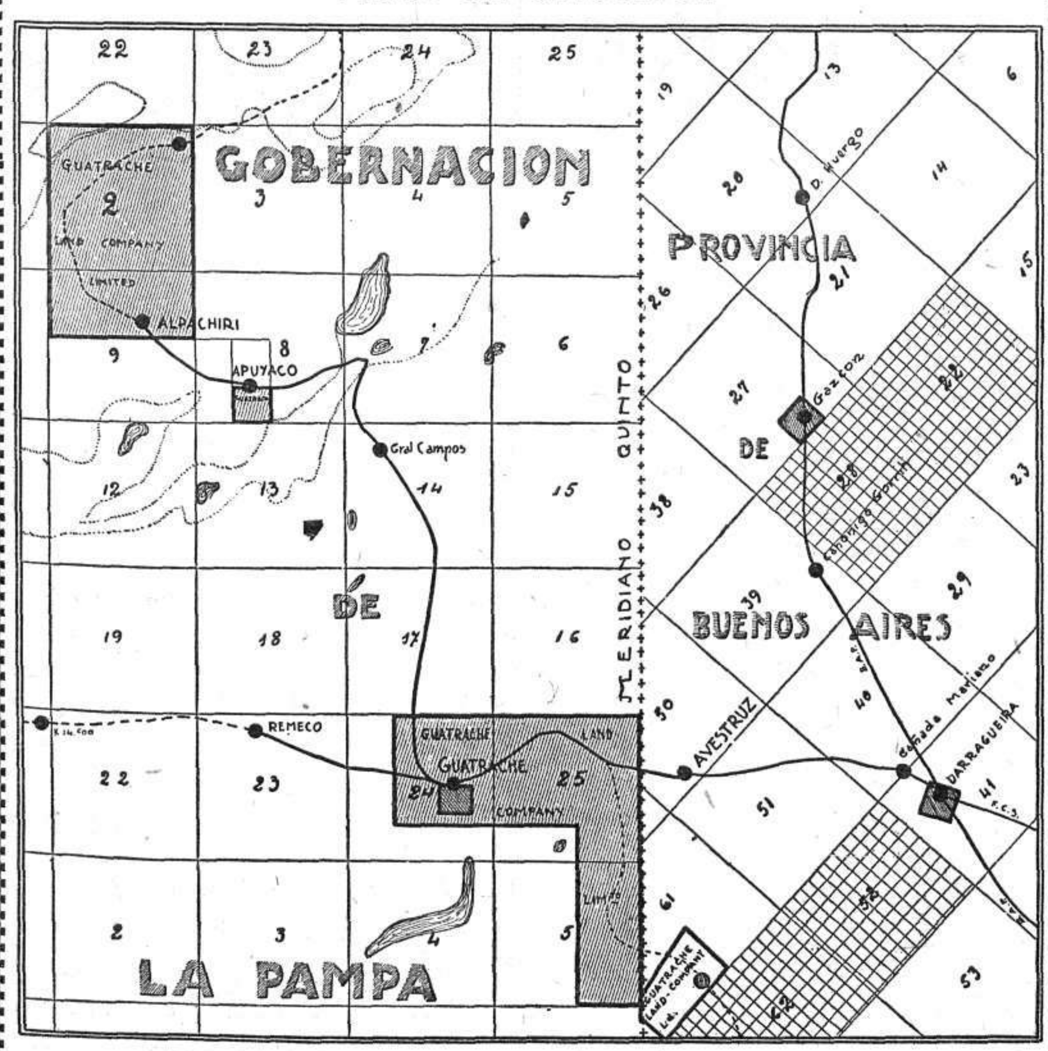
Guatraché Land Company Limited

OFERTA EXCEPCIONAL

Venta de Chacras a 10 años de plazo, sobre las estaciones Guatraché, Alpachiri, Apuyaco y Avestruz, del Ferrocarril Pacífico.

TIERRAS EXCELENTES PARA AGRICULTURA, CON AGUA DULCE

PLANO DE UBICACION

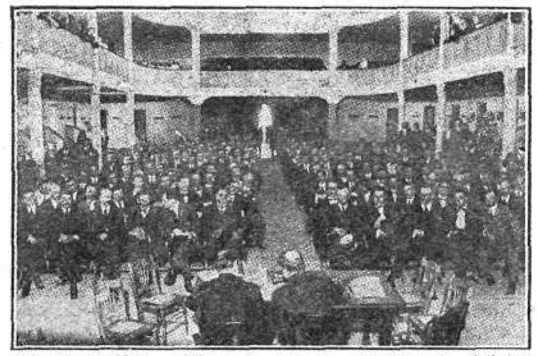


PARA MAS DATOS, DIRIGIRSE A LOS ADMINISTRADORES:

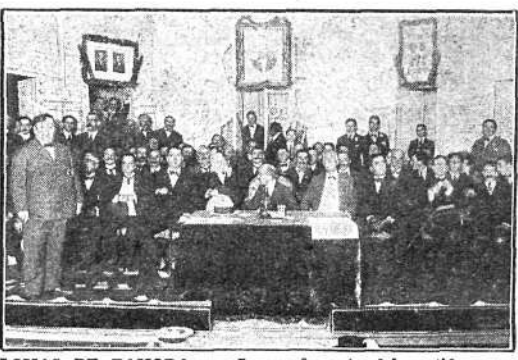
FRANKLIN & HERRERA LIMITADA

SAN MARTIN, 66 **BUENOS AIRES**

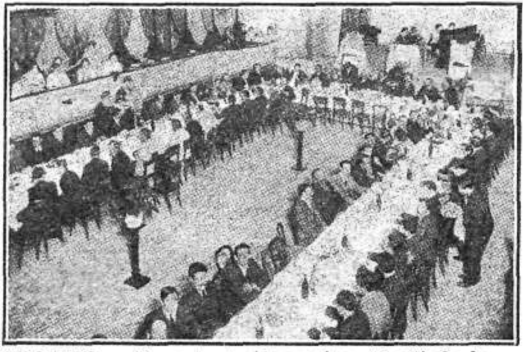
Movimiento político en la provincia de Buenos Aires.



BAHIA BLANCA. — Los convencionales radicales de las distintas secciones, reunidos en el teatro Colón, para proclamar los candidatos a la legislatura.



LOMAS DE ZAMORA. — La conferencia del partido conservador, que se llevó a cabo con gran entusiasmo en el teatro Español.



BRAGADO. — Banquete ofrecido por el comité radical a los señores convencionales de los 25 partidos que componen la cuarta sección.



LAS MARIANAS (F. C. B. A.) — La manifestación radical, celebrada con extraordinaria animación por los adictos al partido.



Un Automóvil Se Juzga Por Su Apariencia

Si el acabado se conserva en buenas condiciones, las amistades de Ud. admirarán su automóvil, pero si lo deja ponerse opaco y manchado, causa mala impresión, sin que importe su perfección mecánica.

CERA PREPARADA DE JOHNSON

—Líquida o en Pasta—

Actualmente fabricamos esta cera en forma ***Líquida.*** Da un brillo instantáneo con muy poco frotamiento. Un automóvil de tamaño regular puede lustrarse en media hora. La Cera ***líquida*** de Johnson es exactamente igual a la de forma en pasta.

Un Pulimento a Prueba de Polvo Para Automóviles

La Cera Líquida de Johnson proporciona un lustre seco, duro y como cristal, que no recoge o retiene el polvo. Conserva el barniz y lo protege contra las inclemencias del tiempo, dándole mayor duración y conservando su belleza. Cubre las manchas — evita que el barníz se parta — corta el agua — hace que los lavados duren más.

Incomparable Para Los Muebles

La Cera Líquida de Johnson limpia y da brillo en una sola operación. De una manera pronta y permanente quitará esa capa azulosa que se forma sobre pianos, victrolas y otros muebles de caoba. Un magnífico pulimento y una verdadera protección para pisos y linóleo.

Insista Ud. en que su vendedor le proporcione los productos Johnson. En caso de no tenerlos, él puedo obtenerlos de nuestros representantes:

R. E. CARLO & CIA.
Moreno 927, BUENOS AIRES
Fabricado por
S. C. JOHNSON & SON., Racine, Wis., E.U.A.



Movimiento político en la provincia de Buenos Aires

SAN MARTIN. — Convención de la primera sección electoral de la provincia de Buenos Aires, para elegir candidatos a la legislatura provincial y la mesa directiva.

GENERAL MADARIAGA. — Los afiliados al partido de la Unión Cívica Radical, en la manifestación celebrada con motivo de la llegada del diputado nacional doctor Horacio B. Oyhanarte.

Médicos Neoyorkinos Explican Por Qué Recetan Hierro Nuxado

Para Hacer Mujeres Bonitas y Robustas y Hombres Fuertes y Vigorosos

MAS DE TRES MILLONES DE PERSONAS LO ESTAN USANDO ANUALMENTE

Transforma prontamente la carne fofa, los tejidos raquíticos, las mejillas pálidas de anémicos o anémicas en una perfecta exuberancia de salud y belleza. A menudo mejora el vigor de la gente delicada, nerviosa, postrada, en un 200 por ciento a las dos semanas.

Nueva York. — Sin la menor exageración, pasan de tres millones las personas que en este país están tomando anualmente Hierro Nuxado. Tan sorprendentes son los resultados que de su uso anuncian lo mismo médicos que particulares, que numerosos médicos de diversas partes del país han sido interrogados para que explicasen qué razón tenían para tanto recetar este remedio y cómo era que el remedio demostraba por sus resultados tamaña superioridad sobre las formas antiguas de hierro inorgánico.

A continuación van extractos de algunas de las cartas recibidas:

El doctor King, autoridad médica de Nueva York, dice: «Sin hierro, no puede haber hombres con vigor férreo.



Palidez es sinónimo de anemia. Anemia significa deficiencia en hierro. La piel de los anémicos es pálida, la carne flaca. Los músculos carecen de tono, el cerebro se nubla y la memoria falla, y a menudo sobreviene debilidad, nerviosidad, irritabilidad, desaliento y melancolía. Al irse el hierro de la sangre en las mujeres, se les van las rosas de las mejillas.

En las comidas más usuales de este país, almidones, azúcares, almíbares, dulces, arroz, pan blanco, galletitas, galleta, macarrones, fideos, tapiocas, sagú, maicena, maíz degerminado, en nada de esto se encuentra más hierro. Los refinamientos culinarios han desterrado este producto de la madre tierra de esos alimentos empobrecidos, y la estupidez de la cocina doméstica, echando al sumidero el agua en que nuestros vegetales se cocinan, es responsable por otra grave pérdida en hierro.

Por tanto, si deseáis preservar la vitalidad y el vigor juveniles hasta una edad madura, necesario os será suplir la deficiencia de hierro en el alimento usando alguna forma de hierro orgánico, lo mismo que a la comida le ponéis sal cuando la encontráis sosa.»

El doctor T. A. Wallace, director en jefe de la New York City Clinic, dijo: «He puesto el Hierro Nuxado a una prueba imparcial y prolongada y he quedado más que complacido con los resultados, proponiéndome continuar su uso.»

T.A.Wallace, M.D.

El doctor Sauer, médico bostoniano que ha estudiado en instituciones europeas y americanas, dice: «Cien veces he dicho ya que el hierro orgánico es el mejor de los vigorizantes. Si la gente arrojase lejos de sí las medicinas de patente y los cocimientos nauseabundos y tomase Hierro Nuxado, tengo la convicción de que se salvarían miles de vidas que al año se pierden por pulmonía, gripe, tisis, desórdenes de los riñones, hígado, corazón, etc. La causa real y verdadera que originó esas enfermedades no fué otra que una debilidad constitucional traída por falta de hierro en la sangre.

No ha mucho se me presentó un individuo de cerca de cincuenta años para que lo examinase, pues quería asegurarse la vida. Me sorprendió con la presión de sangre propia de un muchacho de veinte, con el vigor, el ánimo y la vitalidad de un joven; en realidad, era un joven, a despecho de sus años. El secreto, me dijo, consistía en estar tomando hierro; hierro nuxado que le había inundado de nueva vida. A los 30 era enfermizo; a los 40 ya no podía consigo y ahora, a los cincuenta, después de haber tomado Hierro Nuxado, era un milagro de vitalidad con todo el verdor de la juventud.

El hierro es absolutamente necesario para que la sangre pueda cambiar el alimento en tejido vivo. Sin hierro, no importa cuánto se coma o lo que se coma, el alimento pasa por el cuerpo sin provecho alguno, sin fortalecer, dejándole debilitado, pálido, enfermizo, lo mismo que una planta tratando de crecer en suelo desprovisto de hierro.

Si usted se siente sin fuerza o sin salud, su deber es hacer lo siguiente: Vea hasta dónde puede trabajar o caminar sin cansarse. En seguida tómese dos pastillas de cinco gramos de hierro nuxado ordinario tres veces al día después de las comidas, por dos semanas. Entonces vuélvase a probar las fuerzas y ver lo que aventajó. He visto docenas de personas nerviosas, quebrantadas, siempre quejándose, duplicar sus fuerzas y resistencia y librarse de todo síntoma de dispepsia, de afecciones del hígado y otros desórdenes en períodos de semana y media a dos semanas, sólo con tomar hierro en la debida forma. Y esto, en algunos casos, después de haberse estado medicando y medicinando sin resultado por meses y meses. Pero no tome hierro atenuado de formas anticuadas, acetato de hierro o tintura de hierro, con la simple mira de ahorrarse unos centavos. El hierro que la madre naturaleza pide para enrojecer las mejillas de sus criaturas no es ¡ay! esa clase de hierro. Tiene usted que tomarlo en forma de poderlo absorber con facilidad y asimilarlo para que le aproveche, o de lo contrario le hará más daño que provecho. Más de un atleta y de un púgil debe sus laureles al conocimiento del secreto de la eficacia del hierro para dar sangre, fuerza y resistencia y haberlo tomado antes de entrar en la lid, en tanto que otros hallaron ignominiosa derrota en su falta de hierro.»

E. Sauer, M.D.

El doctor Schuyler C. Jaques, cirujano externo del Hospital de Santa Isabel, en Nueva York, dijo: «Es la primera vez que trato de medicina fuera de una obligación o que hablo para publicidad, pues no suelo creer en ello. Mas en el caso del Hierro Nuxado, creería faltar a mi deber si no lo mencionase. Yo mismo lo he tomado y lo he dado a mis pacientes con resultados sorprendentes y satisfactorios. Y los que quieran aumentar su energía, vigor y resistencia, hallarán que es un remedio notabilísimo y prodigiosamente eficaz.»

S. Jaques, M.D.

El doctor James, que perteneció al servicio de Higiene Pública de los Estados Unidos, dice: «Los pacientes en condición debilitada y enervada, por ejemplo, los convalecientes de fiebres prolongadas, los anémicos de larga fecha, necesitan todos, en mi opinión, hierro. De poco acá se me ha llamado la atención hacia el Hierro Nuxado. En la práctica lo hallé magnífico restaurativo y agente ideal para reponer las fuerzas en los casos que dejo mencionados.»

NOTA. — Hierro Nuxado, prescrito y recomendado, según se ha visto, por los médicos en tan gran variedad de casos, no es medicina de patente ni remedio secreto, sino artículo bien conocido por los droguistas y cuyos constituyentes de hierro son muy recetados por eminencias médicas tanto europeas como americanas. Al revés de otros productos de hierro inorgánico, es de fácil asimilación y no perjudica la dentadura ni la ennegrece, ni descompone el estómago; antes bien es remedio potentísimo para casi toda forma de indigestión, como también para condiciones de nerviosidad y extenuación. Tal es la confianza de los fabricantes en el hierro nuxado, que ofrecen entregar $ 100.00 a cualquier institución caritativa siempre que a cualquier hombre o mujer faltos de hierro no les acreciente la fuerza en un 200 por ciento o más en un período de cuatro semanas, a no ser que tengan algún desorden crónico grave. Todos los buenos droguistas de ésta lo despachan.



Unico importador: Luis F. Milanta, Rivadavia, 1255, Bs. As

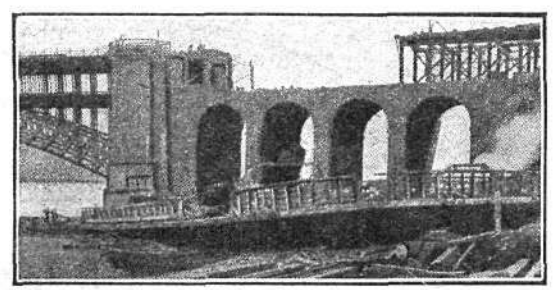
Los tornados

Los llamados en Estados Unidos de Norte América *tornados*, en la Argentina *pamperos*, en el Océano Indico *sumatras*, en Africa *huracanes*, constituyen el más violento de los fenómenos que se producen en la atmósfera, ya que superan en intensidad a los más temibles ciclones que descargan en las regiones tropicales.

Los tornados son producidos por una enérgica corriente de aire ascendente, provocada por un enrarecimiento local, que se mantiene mientras por debajo haya aire húmedo y caliente. El tornado va trasladándose a lo largo de la superficie del suelo, y girando al mismo tiempo en espiral, en sentido contrario al de las agujas de un reloj. Encima de esta masa rotatoria, se halla como suspendida una nube en forma de embudo, que se balancea a un lado y a otro mientras la columna de aire avanza con un ruido semejante al de centenares de trenes a toda velocidad; de esta nube se desprenden lluvia, rayos y a veces granizo.

Los efectos de los tornados exceden a toda ponderación. Por donde pasan, queda todo destruído o arrebatado por la fuerza del fenómeno: árboles, objetos más o menos pesados colocados en la superficie del suelo, edificaciones, nada resiste a la violencia del viento. Generalmente, siguen una dirección hacia el E. o NE., algunas veces hacia el S., y es muy raro que sigan cualquier otra. La velocidad del viento es de 150, 300 y a veces hasta de cerca de 500 kilómetros por hora.

Afortunadamente, la anchura de la zona que abarca el fenómeno no excede de 400 a 500 metros, y su duración está en razón inversa de su intensidad, ya que no pasa de 15 a 60 minutos.



El puente de Eads y un ferry-boat, destruidos por un tornado, cerca de San Luis (Estados Unidos).

Como hemos dicho, una característica notable de los tornados, es que a muy corta distancia de la faja que recorren sobre la superficie del suelo, sus efectos son casi nulos, y a pocos metros del sitio donde desgajan de cuajo corpulentos árboles, apenas si levantan objetos muy ligeros. Finley, que estudió detenidamente estos fenómenos hace ya varios años, ha trazado diagramas del paso de algunos de ellos, donde puede observarse esta notable circunstancia.

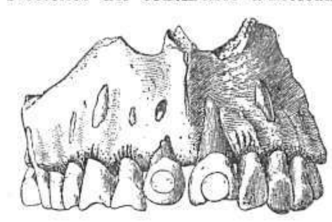
Aunque los tornados se producen también en algunas comarcas africanas, como el Senegal, su región característica es la América del Norte, y especialmente la parte oriental de los Estados Unidos, sobre todo en la gran planicie situada a ambos lados del Mississippi central y superior, y los valles del Missouri inferior; son raros al W del meridiano 100, y desconocidos en las áreas montañosas. El tiempo en que se producen puede ser cualquier mes del año y cualquier hora del día o de la noche; pero, por lo general, se originan en los meses más calurosos y en las horas que siguen inmediatamente a las de más elevada temperatura.

En cuanto a las maneras de protegerse el hombre de los efectos destructores del tornado, la mejor es guarecerse en las bodegas de los edificios, siendo más seguras las que se hallan en el ángulo SW., y proveerse de picos o instrumentos a propósito para el caso de tener que quitar los escombros, si el edificio quedase destruído e impidieran la salida de los refugiados. En campo raso, debe huirse de la trayectoria del tornado, siguiendo la dirección hacia el norte.

No pueden darse instrucciones para proteger los edificios de los efectos del tornado, ya que, si llegan a encontrarse dentro de la zona central, no hay construcción, por sólida que sea, que resista eficazmente.

Dentistas precolombianos

Los dientes con incrustaciones de oro, turquesa, cristal de roca, pasta roja y otras substancias extrañas, que se han encontrado en los cráneos de los despojos mortales de los aborígenes que vivieron en distintas secciones del continente americano antes del descubrimiento de los españoles, es una cuestión de particular interés. La opinión general de los antropólogos es que ellas no tenían sino un objeto de ornamentación. El profesor Saville, que ha hecho un estudio completo de varios ejemplares de aquéllas es, sin duda, la más alta autoridad en la materia. Describiendo los dientes de un cráneo hallado en Atacamas, dice:



Dientes del cráneo de Atacames.

«Fuera del adorno, el diente medio de la derecha permite ver una extraordinaria operación de odontología. El diente nombrado no es el genuino incisivo medio, sino un genuino incisivo lateral, que no pertenece a la mandíbula, sino que fué insertado en ella con el objeto de que sustituyese el incisivo medio. En efecto, no hay razón alguna para dudar que la sustitución no sea un verdadero triunfo precolombino de los antiguos dentistas de Atacames.»

El doctor Andrews, autoridad dental de renombre, ha publicado una relación del descubrimiento de una mandíbula descubierta en Copan, que dice así: «En la mandíbula inferior del esqueleto se halló la curiosidad más interesante de toda la colección que tienen los dentistas: un incisivo lateral inferior que había sido tallado en una piedra obscura y que fué insertado para que reemplazase el que se había perdido. El sarro parecía demostrar que había sido llevado por algún tiempo durante la vida. Esta inserción hace retrotraer los experimentos del doctor Younger a unos 1.500 años.

Con todo, la muestra más transcendental de ornamentación dental que hasta ahora se ha visto en América nos la suministra un cráneo descubierto el año 1909, en un sitio llamado «La Piedra», cercano al punto de la margen derecha del Río Esmeraldas, en que éste desemboca en la Bahía de San Mateo.

El cráneo, ligeramente deformado, es de una mujer adulta. El adorno de los dientes es único en su especie y representa un nuevo tipo de ornamentación facial.

Todo el esmalte del diente adornado fué desprendido con excepción de estrechas bandas de la base y de la parte superior cercana a la encía, y encajadas en la mandíbula.

El esmalte fué retirado de toda la dentina y se realizó con habilidad. Parece que, en ocasiones, la limadura fué superficial debajo del esmalte y en la parte superior de los dientes, a objeto de que el puente o cubierta de oro pudiese ajustar por debajo y quedar más seguro.



Dibujo en el cual aparecen los dientes del cráneo «La piedra».

Los dientes a los cuales se les puso realmente una corona lateral, son los cuatro incisivos y los dos caninos.

Los dientes que han perdido sus cubiertas de oro permiten ver el corte hecho en la dentina.

En algunos de los cortes pueden advertirse todavía restos de una pasta que se usó para hacer que el oro permaneciese ajustado a los dientes. Los dientes no están estropeados, sino en magnífico estado de conservación. Los dientes ornamentados son los que se enseñan al abrir la boca para hablar, y están tan cubiertos que en vida debieron dar la impresión de que eran dientes de oro.



Si usted aún no ha usado

LIGAS PARIS,

haga la prueba con un par y así podrá comprobar que sou las únicas ligas que dan completa satisfacción.

La figura del hombre arrodillado y la frase: "no metal can touch you" (ningún metal puede tocar a usted), son marcas exclusivas de las ya famosas

LIGAS PARIS

EXíJASE que cada liga lleve el nombre **PARIS** impreso en el interior del escudo.

En venta en todos los negocios del ramo.

Unico depositario:
LUIS BOCCHIO
BALCARCE, 571
Buenos Aires
U. T., 4653, Avenida

Fabricantes:
A. STEIN & Co., Chicago.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELÉFONOS: Dirección: Unión, 598 (Aven.)
Administración: Unión, 2316 (Aven.)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION:

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00
Núm. suelto...	20 ctvs.	Núm. suelto...	25 ctvs.
Núm. atrasado,	40 „	Núm. atrasado,	50 „

EN EL EXTERIOR:

Trimestre	$ oro	2.00
Semestre	„ „	4.00
Año	„ „	8.00

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

Los Nervios de las Mujeres Sobreexcitadas

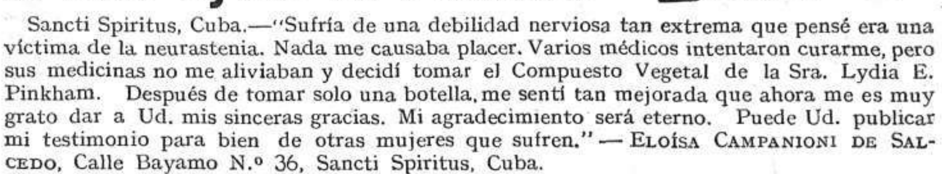
"¡Estoy tan nerviosa!" "¡Me siento tan infeliz!" "¡Tal parece que fuera a volar!" Qué familiares son estas expresiones. Las cosas más triviales fastidian y causan mal humor. No puede Ud. dormir, le es imposible levantar objetos de peso moderado y sufre desvanecimientos.

Aquella sensación de peso hacia abajo contribuye a que se sienta Ud. más desdichada.

Tiene Ud. dolores en la espalda y más abajo en el costado, dolores en la parte alta de la cabeza y luego en el cerebro.

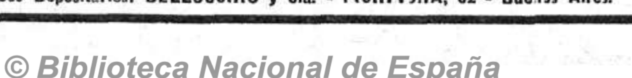
Todo esto significa que existe un serio mal uterino. La felicidad desaparecerá para siempre de su vida si Ud. no toma las medidas necesarias. Procure en el acto

El Compuesto Vegetal de la Sra. Lydia E. Pinkham

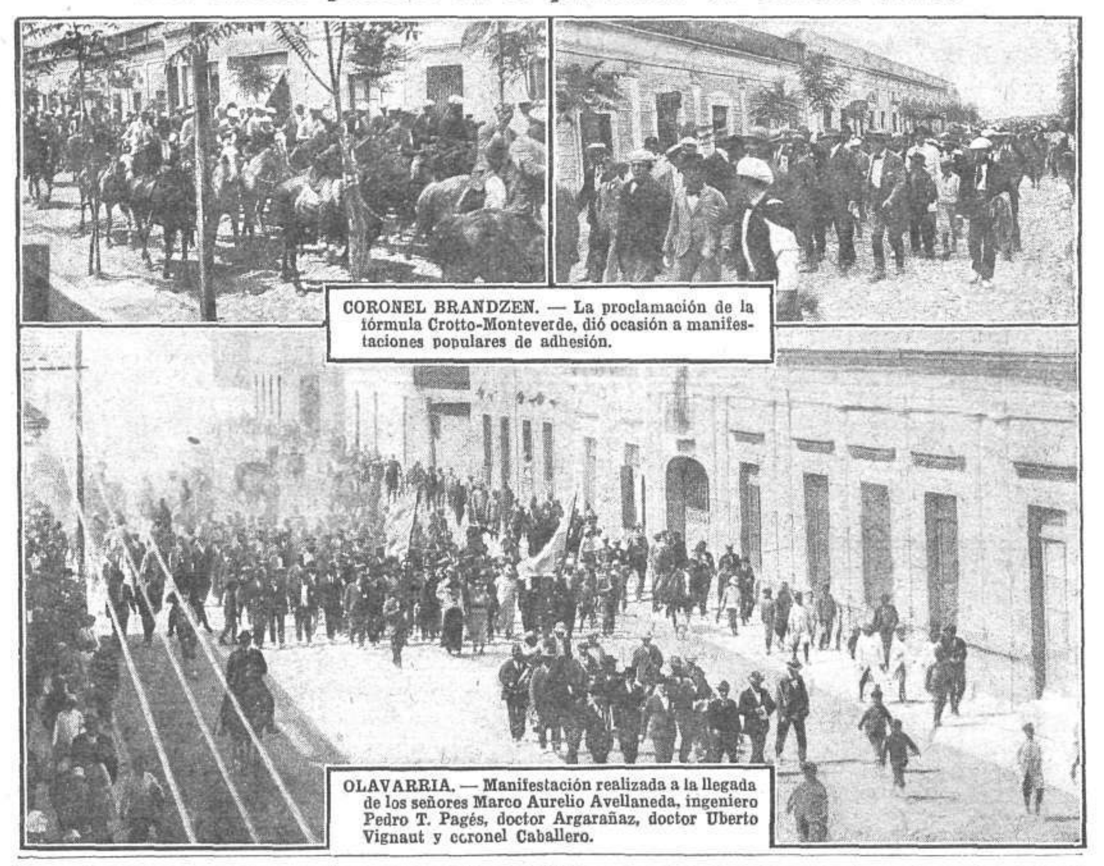

Sancti Spiritus, Cuba.—"Sufría de una debilidad nerviosa tan extrema que pensé era una víctima de la neurastenia. Nada me causaba placer. Varios médicos intentaron curarme, pero sus medicinas no me aliviaban y decidí tomar el Compuesto Vegetal de la Sra. Lydia E. Pinkham. Después de tomar solo una botella, me sentí tan mejorada que ahora me es muy grato dar a Ud. mis sinceras gracias. Mi agradecimiento será eterno. Puede Ud. publicar mi testimonio para bien de otras mujeres que sufren." — ELOÍSA CAMPANIONI DE SALCEDO, Calle Bayamo N.° 36, Sancti Spiritus, Cuba.

Si está Ud. sufriendo alguna de estas enfermedades y desea un consejo especial, escriba confidencialmente a Lydia E. Pinkham Medicine Co., Lynn, Mass., E. U. de A. Su carta será abierta, leída y contestada por una señora y considerada estrictamente confidencial.

Unicos Depositarios: BELLOCCHIO y Cía. - PICHINCHA, 62 - Buenos Aires.



Movimiento político en la provincia de Buenos Aires



CORONEL BRANDZEN. — La proclamación de la fórmula Crotto-Monteverde, dió ocasión a manifestaciones populares de adhesión.

OLAVARRIA. — Manifestación realizada a la llegada de los señores Marco Aurelio Avellaneda, ingeniero Pedro T. Pagés, doctor Argarañaz, doctor Uberto Vignaut y coronel Caballero.



Señorita: si a una playa
suele usted irse a bañar,
debiera usted procurar
que en seguida se le vaya
la sal que le deja el mar.

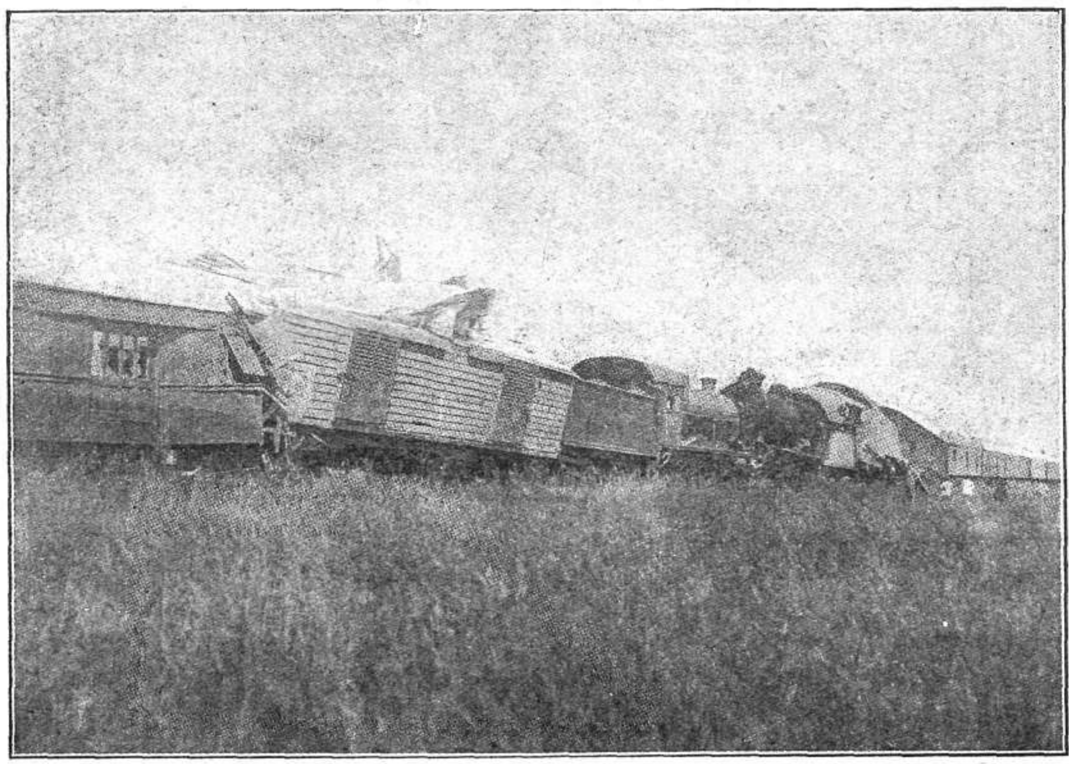
No es que el mar le haga a usted mal,
pues salud hallará en él
su organismo, en general;
pero el caso es que a la piel
no le conviene la sal.

Y para evitar el daño,
si se baña usted este año,
le voy un consejo a dar:
después del baño de mar,
debe usted darse otro baño.

Con una breve inmersión,
después de darse jabón,
se va el residuo salobre,
para que la piel recobre
su pristina condición.

Y si es REUTER, señorita,
el que usa usted, ¡ya lo sabe!
La aspereza se le quita
y le deja la piel suave,
blanca, tersa y muy bonita.

Accidente ferroviario



Interesante fotografía obtenida poco después de ocurrir el choque de trenes de pasajeros, acaecido entre las estaciones Río Bamba y Gavilán (F. C. Pacífico). No hubo desgracias personales que lamentar, a pesar de la magnitud del desastre, debido a la serenidad de los maquinistas, los cuales tan solo sufrieron leves lastimaduras.

***TRATAMIENTO** de las **Enfermedades de la piel** en general,*
Ulceras de las piernas, Artritismo, Reumatismo, Gota, etc.

por el

DEPURATIVO RICHELET



Antes de la Cura.



Despues de 15 dias de tratamiento.

A continuacion indicamos las afecciones mas particularmente influenciadas por este **prodigioso tratamiento**:

Eczémas, hernès, impétigo, acné, sarpullido, prurigo; rojeces, sarpullidos farinaceos, psoriasis, sycosis de la barba, comezones, enfermedades del cuero cabelludo, afecciones de la nariz y oidos, llagas y eczémas varicosos de las piernas, enfermedades sifiliticas.

Su accion es igualmente segura en los **trastornos de la circulación tanto en el hombre como en la mujer** asi como en el **artritismo, reumatismo, gota, dolores etc.....**

Ni de un solo fracaso tenemos noticia.

Este maravilloso tratamiento ejerce su accion, no solamente en la parte del cuerpo donde el mal está localizado, sino tambien en la sangre a la cual PURIFICA y REGENERA.

El DEPURATIVO RICHELET se encuentra en todas las buenas FARMACIAS Y DROGUERIAS.

Observar rigurosamente las instrucciones contenidas en el folleto ilustrado que acompaña a cada frasco.
Este folleto será mandado gratuitamente por el depositario general ó por el Señor L. RICHELET a quien lo solicite

Depositario general para la República Argentina:
FARMACIA FRANCO-INGLESA
Sarmiento, 585/587 - Buenos Aires.
Laboratorio: L. Richelet, 6, rue de Belfort, en BAYONNE (Francia)

Para el Uruguay: JOSE J. VILLARINO E HIJO — SARANDI, 431, Montevideo.





REVOLVERES

Velo-Smith, de 10 tiros......... $ 20.—

PISTOLAS AUTOMATICAS

Regina, calibre 7.65 (8 tiros).... $ 26.—
Regina, calibre 6.35 (7 tiros).... » 22.—

Pedidos, con importe, a

G. A. MATUCCI, S. del Estero, 653. Bs. As.

"ESSENKAY"

El único sustituto del aire en los neumáticos de Automóviles y Motocicletas.

LO MAS PINCHAZOS!
NO MAS EXPLOSIONES!
ELASTICIDAD PERFECTA

Unicos introductores:

Gómez, Solé y Cía.

Local-Exposición: CANGALLO, 1355 - Buenos Aires

PIDAN PROSPECTOS

Se necesitan Agentes en la Campaña

MUSICA

Piezas para Piano solo, Canto y Piano, Violin y Piano, a **$ 0.20** centavos cada una. Para Violin solo, a **$ 0.05 centavos cada una.**

Soliciten Catálagos gratis a

José Bonfiglioli - 131, Callao, 131 - Bs. Aires

COMPREN SIN DEMORA

Un hermoso anillo cabochón, de oro 18 kilates, laminado, con PIEDRA VENTURINA LEGITIMA GARANTIZADA.

Constituye un elegante adorno para Señoras, Señoritas y Caballeros.



TRAE SUERTE A QUIEN LO LLEVA.

Este anillo, cuyo valor real es de 50 pesos moneda nacional, lo ofrecemos hoy, a título de propaganda, por sólo

$ 10.— m/n.

ACEPTAMOS EN PAGO. CARTONCITOS 43, A 2 CENTAVOS CADA UNO

Pedidos con importe, dirigirlos al Gerente de

THE DIAMOND HOUSE, Tacuarí, 613. Bs. Aires

La antigua y premiada fábrica de H. CATTOI, Cangallo, 1169, ofrece una GUITARRA, réclame, tamaño concierto, adornada en nácar, por sólo $ 15. Embalaje, $ 1.50 — Gran voz.

CATALOGO GRATIS



MALUGANI Hnos. ESPECIALISTAS EN COCINAS



Instalaciones de agua caliente.

Pidan Catálogos.

MEJICO, 1359, Buenos Aires.

GAS LIQUIDO



Marca registrada

ES EL MEJOR COMBUSTIBLE PARA **Lámparas, Cocinas, Calentadores para Baño.**

Catálogos y prospectos: GRATIS

R. Haupt y M. Pizza

Fabricantes Importadores

3266 - VICTORIA - 3266. Bs. Aires
U. T., 643 (Mitre)

APERITIVO VINO QUINADO KALISAY EL MAS SALUDABLE PRUEBELO

EN LOS PAISES EN GUERRA



—¡Pero, desdichada!... ¡La fotografía de un teniente en tu poder!... ¿No ves que se trata de asunto militar y está vedado por la censura?

En Inglaterra ha llamado mucho la atención el hecho de casarse una mujer con un reo que iba a ser ejecutado al día siguiente en Dublín, a consecuencia de los sucesos de Irlanda, y ha llamado la atención porque se trataba de un caso extraordinario, porque las leyes del país no permiten casarse a un condenado a muerte.

En cambio, en Francia, son más corrientes estos casos. Hace pocos años se permitió al anarquisra Bricon, condenado a la guillotina, casarse con María Delange, de oficio lavandera. Posteriormente le fué conmutada la sentencia al recién casado por la de cadena perpetua en la colonia penitenciaria de Cayena, en donde, pasado algún tiempo, se permitió establecer a la esposa.

Hace algún tiempo ocurrió en Nueva York un caso que produjo profunda sensación. Un abogado llamado Alberto Patrick fué condenado a muerte por asesinato de un cliente y falsificación de un testamento, y cuando se hallaba en la cárcel esperando la ejecución de la sentencia, fué a visitarle una señora viuda, Mrs. Framis, la cual llevaba en el bolsillo *un contrato de matrimonio*, en el que no faltaba más que las firmas de los contrayentes y de los testigos. Con la viuda iba un abogado, el padre del reo y una hermana de éste. El director de la cárcel permitió a los visitantes ver al reo en el cuarto de la matrona, y mientras esta mujer estaba distraída con sus quehaceres en un lado del aposento, fueron casados por el juez el condenado y la viuda, que firmaron el contrato en unión de los dos parientes mencionados, que sirvieron de testigos. El matrimonio fué declarado válido.

A fin de legalizar su unión, se le permitió a Monier, uno de los bandidos del automóvil, ejecutados en París hace trece años, casarse con su novia, María Besse, la víspera de la ejecución. Este acto de condescendencia por parte de las autoridades tuvo trágicas consecuencias.

Abrumada por el horror de la situación, la novia se desmayó durante la ceremonia, y a las dos horas le dió un ataque. Conducida al hospital, falleció sin haber recobrado el conocimiento, casi en los mismos instantes en que rodaba la cabeza de su esposo en la guillotina. Era una mujer joven y robusta, y los médicos opinaron que la había muerto la pena.

INDUSTRIA MODERNA



—¿Caro, señorita?... No se puede hacer otra cosa... ante la concurrencia que nos hacen los pasteleros.

—Pero, ¿qué tienen que ver los pasteles con los botines?

—Pues... que ellos acaparan todo el cartón para hacer bizcochos.

PAGINAS LITERARIAS



CARLOS GONZÁLEZ PEÑA.

El crimen del barbero



EL CRIMEN DEL BARBERO

CUENTO DE COSTUMBRES MEJICANAS

Aquella mañana, al entrar Francisco en la peluquería, don Lucas, el maestro, le vió más atufado y cariacontecido que nunca. Saludó al aprendiz con un seco «buenos días»; quitóse la raída chaqueta; substituyóla por el saco de dril blanco; encaminóse al rincón; cogió la escoba de largo mango, y empezó a hacer, mudo, cabizbajo, la limpieza del piso de mal unidas tablas donde se hallaban aún esparcidos restos de pelambre.

A don Lucas no le placían aquellos modos. Era charlatán y decidor como suelen serlo los peluqueros. Amaba su oficio justamente por las múltiples ocasiones que le brindaba para convertirse en sábelotodo. Lo ejercía desde treinta años atrás; y, en tan largo período, *La Elegancia*, — así se llamaba el «establecimiento», — había sido el lugar de cita de la mejor sociedad laguense.

Conocía don Lucas como a sus propias manos la cabeza calva, — calva y lustrosa como jícara, — del viejo cantor de la parroquia; la puntiaguda del subdiácono de la misma, vulgarmente apellidado *la Padra;* la respetable del licenciado Múzquiz, tan dado a disertaciones y genealogías sobre los orígenes de sus ilustres conterráneos. Le eran familiares las barbas luengas de don Bardomiano Torreblanca, antiguo carrero transformado en rentista, tanto como los nacientes hilillos rubios de Paco López, el «pollo» de moda, risueño y chancero. Le había metido también mano en el cogote al mismísimo señor cura; y se preciaba, guasón, de haberle puesto los dedos en la cara a don Jesús Fuentes, el buscapleitos más notable de los contornos, que se las echaba de no permitir jamás tal cosa a cualquiera que no fuese don Lucas. El maestro, finalmente, tenía a grande honor el haber rasurado, cuando era simple aprendiz, al ínclito don Benito Juárez, una vez que el patricio se detuvo por breve tiempo en la cabecera del segundo cantón de Jalisco.

Ignórase si esto era verdad, y por afirmarlo o negarlo han andado a la greña muchos eruditos de la ciudad. Lo que sí está fuera de duda es que *La Elegancia* ha sido desde tiempo inmemorial el más característico mentidero de la región. Allí se chismea de política; se ensalza o desuella a los curas, — según el cliente; — se dirimen cuestiones locales suscitadas por la «rapacidad» tapatía; examínanse pleitos pendientes de aguas o tierras; se habla mal de toda la gente, y hasta suelen redactarse editoriales para *El Defensor del Pueblo*, periodiquete local que sale cada vez que hay modo de que salga... Pero lo que mayormente caracteriza al establecimiento, lo que le da el tono, por decirlo así, es que en su recinto se han tramado, de tiempo inmemorial, las aventuras juveniles todas, desde simples noviazgos hasta calaveradas «gatunas» y bailes «de popote». No es osado afirmar, pues, que don Lucas ha sido el confidente de la mocedad dorada, y que ha asistido, desde sus preliminares, al proceso amoroso de muchos matrimonios ahora respetables y fecundos.

Llámanle por mal nombre sus clientes *El Pitoche*. Le piden prestado; le obsequian copas; lo tutean. «Pitoche, préstame una peseta porque no traigo suelto». «Pitoche, encarga dos pollos fritos y cuatro reales de enchiladas, porque cenaremos aquí». «Pitoche, averigua si las niñas de enfrente van hoy al «rezo»... Y Pitoche por aquí y Pitoche por acá... Pitoche lo sabe todo; todo lo cuenta; todo lo descubre; todo lo presta y todo lo cobra. Pitoche, o séase don Lucas, es un prohombre en la galería de los héroes laguenses.

¿Cómo no había de escocer, por tanto, al parlanchín y suspicaz don Lucas, que el gaznápiro del aprendiz llegase con aquella cara de sargento de caballería? Le veía dar escobazos a derecha e izquierda, sin miramiento alguno para la finísima «duela» del pavimento. El demonio le andaría en las entrañas, a juzgar por los ojos enrojecidos e hinchados que traía; por la color lívida que parecía poner de relieve las espinillas que daban a sus mofletes semejanza notable con un empedrado; por la jeta inferior, colgante y temblorosa, como si fuera a llorar; por el fruncido entrecejo que acentuaban los mechones de pelo caídos sobre la frente, y hasta por el encorvamiento abrumador del cuerpo flaco y enclenque...

No cesaba don Lucas en sus ojeos, ni el mustio en sus escobazos. Y mientras el uno iba de aquí para allá, el otro, afilando con nimio cuidado una navaja, no le quitaba las miradas de encima. «¿Qué diantres le habrá ocurrido a éste?» — gruñía Pitoche, mientras Francisco, dale que dale con la escoba, hacíase el sordo.

Distraído estaba el maestro en dar la última pasada a la de rasurar sobre la piedra chorreante de aceite, cuando, de pronto, encuchóse lastimero aullido. Y pudo observar don Lucas que un can salía de estampida, cuando aun tenía en el aire el aprendiz la nerviosa pierna, tras de haber propinado al animalejo soberbio puntapié.

¿Podrá saberse, — interrogó airado don Lucas, — que tales te sucede? ¿Por qué, — aquí un terno de los más sonoros, — le pegas a mi perro?

Sintió ánimos Francisco de aventar la escoba, despachando en seguida noramala al propietario de *La Elegancia*. Mas tan grande ira rezumaba la faz trigueña, de recortados bigotes grises, del maestro, que experimentó súbita flaqueza; bajó la frente, y murmuró con entrecortadas palabras:

— Dispénseme, padrino... Es que no sé lo que hago...

— Ya, ya... Ya lo estoy viendo... — empezaba a decir Pitoche, preparándose para enderezarle el consabido sermón, cuando observó que el aprendiz dejaba en un rincón la escoba, y sentándose en la silla más próxima dábase a llorar silenciosa y amargamente, con fuertes sacudidas que hacían trepidar sus espaldas.

— ¡Caray! ¡Caray, hombre! ¿Pero qué diablos ocurre?, — interrogó paternalmente el barbero, acercándosele, más que por compasión, picado de curiosidad.

Y todo fué que Francisco oyera aquello para que se pusiera en pie más que de prisa, y, sin sombrero, a desiguales zancadas, se largara calle afuera, como un poseído. En vano don Lucas quiso detenerle. Cuando desde el quicio de la puerta le llamaba con grandes palmadas y voces, ya el aprendiz iba lejos, camino del río...

II

La mañana era luminosa y sonriente; mañana de junio. Arrastraba el río enorme caudal de aguas plomizas que bajo la luz tenían a veces cambiantes de rojo, de orín y de azul cobalto. La crecida había sido

terrible: huertas arrasadas, árboles arrancados de cuajo que iban flotando sobre la corriente impetuosa, milpas deshechas... Mas, como por un milagro de la primavera, súbitamente, sobre la devastación, el sol reía con la más prometedora de sus cascabeleantes risas de luz, y el azul del cielo, — azul de cielo jalisciense, — reflejaba sobre de las aguas una que otra nubecilla blanca, juguetona, aniñada, que, como el sol, parecía reir también de la pasada tormenta.

Caminaba Francisco paso a paso por la calleja en ruina por anteriores inundaciones, — que colinda con la arenosa ribera. Ya había dejado atrás la mole gris y bermeja del Convento de Capuchinas, y la construcción blanca, de suaves recordaciones infantiles, de la escuela. Daba traspiés en el lodo; rompía con sus toscos zapatos el cristal de las charcas, y escuchaba como un sonámbulo el parloteo de las urracas entre los frondas de olmos y sauces.

Detúvose en el improvisado embarcadero donde atracaba la canoa, con ánimo de atravesar el río e internarse en la «Otra Banda». Ya venía aquélla tripulada por dos gañanes forzudos, de musculosos brazos, quienes agarrados al *calabrote* impedían que la furiosa avenida diera al traste con su frágil embarcación. Junto a Francisco esperaba una vejezuela de rojo *chomite* y blusa negra con escapularios encima, la cual, arrebujada en el rebozo, entreteníase en anudar a la punta de ancho *paliacate* la sucia y resonante calderilla, producto de la venta en el mercado. Aguardaba, asimismo, un mayordomo de hacienda, encasquetado el sombrero charro al que lluvias y soles habían robado su gallardía, y teniendo de la brida a una yegua alazana, asaz trasijada.

Mansa y silenciosa era el agua de la orilla. Arribó la canoa, abriendo ancho surco que se prolongaba en temblorosas ondas. Descendieron dos o tres rancheros, con sus *huaraches* en la diestra. Guardó en el seno la vejezuela su *paliacate* y requirió las vacías canastas. Arreó el mayordomo a la yegua, no sin haber cruzado antes sobre la silla los estribos de negruzco cuero y entregado las riendas a un muchachuelo de la barca. Y ambos, a seguidas de Francisco, treparon a la canoa.

— ¡Amonos, amigo! — dijo uno de los gañanes al otro.

Crujieron las viejas maderas de la embarcación; zurrió el *calabrote;* relinchó la yegua al verse con el agua hasta el encuentro, y tirando de las bridas el rapaz desde la canoa; y yegua, canoa y tripulantes empezaron a cortar con lentitud la corriente.

Lluvia de oro la del sol. En las márgenes los carrizales lucían su verdor de esmeralda y los alfalfares eran como mullidas alfombras tachonadas de florecitas azules. A lo lejos divisábanse los islotes cubiertos casi por el agua, y, muy distantes, perdidas entre el arbolado, las torres del Refugio.

Francisco se había sentado en la tabla que de improvisado banco hacía en la canoa, y consideraba todo aquello sin mirarlo. ¡Qué lejos estaba su ánimo de la risa jubilosa de la primavera! Al tocar en la ribera opuesta saltó a tierra con maquinal impulso. — «¡El centavo, l'amo!», — díjole uno de los forzudos conductores de la barca. Sacó del bolsillo del chaleco la moneda humilde; depositóla en la callosa mano que hacia él se tendía, y echó a andar presuroso por el camino, encorvados sus lomos tísicos, sin sombrero, abandonadas las manos, con rumbo de las Nazas.

Iba mustio y cabizbajo, monologando a veces, callando casi siempre, hundiendo los pies en el barro hasta los tobillos. A la vera de las cercas algunos perros dejaban oir su ladrido estridente. Desde el interior de las casucas las mujeres que molían o *torteaban* junto al comal lamido por las llamas, lo miraban pasar indiferentes. Tras de los linderos de «órganos» y nopales sonaba la algarabía familiar de gallinas y polluelos o el cacareo argentino de un gallo, al que respondían, sucesivamente, otros de la vecindad.

Y Francisco era ajeno a todo este palpitar de la vida. Nada escuchaba. Nada veía. Anda que anda bajo los fresnos, bajo los pirules y mezquites que sombreaban la ancha carretera, no se detenía un punto. Apenas si contestó al «buenos días» sorprendido de un hacendado de los contornos que lo reconoció al pasar, rozándole casi con las ancas de su cabalgadura. Y fué preciso que medio lo atropellaran las mulas delanteras del tiro, para que dejase libre el paso a un carro que, cargado de rastrojo, rodaba fatigosamente, abriendo hondas huellas en el fango que presto invadían cenagosas aguas.

III

Al cabo de largo rato, Francisco pensó: «¡Bueno! ¿A dónde voy?» Se detuvo. Miró al cielo. El sol había pasado, y con mucho, del zenit; sería por el filo de las dos. Lanzó ojeos en derredor; los campos se extendían, solemnes, magnánimos, luminosos. Dos peones azuzaban a una yunta, a lo lejos. Una cigarra canturreaba. Se percibían gritos indistintos, que arrebataba el aire. Soplaba una brisa fresca y dulce...

Debería de hallarse a cuatro leguas de Lagos, por lo menos. Vivo cosquilleo en el estómago le recordó que estaba en ayunas. Tenía las piernas agarrotadas, insensibles, y era esta la única señal de su cansancio. Enjugó el sudor que bañaba su frente. Centenario árbol, de ramas negruzcas y retorcidas, se alzaba en mitad del camino. Era el *Mezquite de los novios.* Bajo sus ramas, de nupcial tradición, muchas parejas de enamorados se habían detenido en su peregrinar hacia la parroquia de la ciudad. Sentóse en las anchas raíces que rebasando de la tierra semejaban retorcidas serpientes. Lentamente, su espíritu, que permanecía amodorrado, empezó a desperezarse. Los síntomas del enervamiento y del hambre acrecían; pero el quebrantamiento mismo del cuerpo tornaba más intensa y viva la agitación espiritual.

Y Francisco pensó que el *Mezquite de los novios*, acaso les hubiera brindado el regalo de su sombra, si *ella*, como se lo aconsejó, hubiese dejado de servir en casa de los López y marchádose a la «Trinidad», a la de sus padres. ¡Cuántas cosas, Dios mío, se habrían evitado así! ¡Qué distinta su vida, la vida de los dos, si Soledad no se hubiera apartado de la buena senda, aceptándolo por marido y conformándose con su pobreza!

Aunque, bien mirado, lo mejor sería no haberla conocido. Era malvada y loca porque lo malo y lo loco lo traía en su sangre. Harto lo decían sus ojazos negros, para todos los hombres sonrientes; su palabra argentina, presta a responder a todos los piropos. ¡Y qué inmoderado afán el suyo por emperindongarse! Zalamera y halagüeña hacía que la «niña» Marta, la hija de los amos, le donara los vestidos, flamantes aún, que ella se daba maña para acomodar a su talle delgado, de provocativos contoneos. Compraba aretes de plata en la mercería de don Dimas. Traía los dedos cuajados de multicolores anillos de ágata y cuerno. Calzaba como la gente decente; y, ¡oh vergüenza!, usaba medias y lucía listones en el pelo...

Francisco se recriminaba. ¿Cómo no vió él, cómo no vió, el muy imbécil, los avances de aquella coquetería malsana que necesariamente habría de conducir a Soledad al derrumbadero a que la condujo? ¿Pensaba quizás que la peluquería iba a dar para tanto? ¿Suponía que el mísero estipendio que le daba don Lucas alcanzaría para los perendengues de la señora cuando con ella se casase?

El tenía la culpa, sí; nadie más que él. Cuando Soledad llegó del rancho era otra. Acordábase muy bien de haberla visto con su *chomite* humilde, con su rebocito viejo, sin zapatos. ¿Y qué ocurrió cuando quiso requerirla de amores? Lo tenía muy presente: la aguardó en la esquina, espiando que saliera al *mandado;* agarróla por los brazos; la trincó en la pared, y le dijo, le dijo todas aquellas cosazas que pensaba decirle... ¡Y qué cara de espanto la de su muchacha! ¡Qué enojo el que hacía chispear sus pupilas al amenazarle con que todo «iba a avisárselo a la niña»; y cómo le puso de «igualado» — porque traía saco — y de sinvergüenza, que no había por donde cogerlo!

¿Habría sido puro fingimiento y embuste; o fué amor, amor leal y sincero el que después le tuvo? A medida que se puso más guapa la quiso más. La miraba pasar los domingos, con la señora, frente a la peluquería, camino del mercado a donde iban a comprar el *recaudo* de la semana. Se la comía con los ojos por la tarde, en la Plaza de Armas, cuando, terminado el rezo, acompañaba a los pequeñuelos del patrón a dar vueltas al son de la música que el gordo de Apolonio dirigía, muy serio, en el kiosco.

¿Lo quiso de veras? El corazón le susurraba ahora a Francisco que no. Si al principio fué sumisa, más tarde nadie la sobrepasó en altivez. Mientras él se desvivía por obsequiarla, ella le regalaba con sus ojos coquetos. Gastó lo que no tenía. ¡Ni contemos las golosinas — charamuscas, pepitorias, lechugas y vasos de nieve — con que pretendió saciar a tan golosa vorágine! Real sobre real gastóse con ella muchos pesos...

¡No; contemos los presentes de cierto fuste: vestidos de gasa, rebozos de «bolita», cinturones con hebilla de metal!... — «Ay, Pancho — decía muy «trabada» al recibirlos — no te molestes... ¡Qué «tirador» eres, hombre! ¿Pá qué gastas tanto?» — Pero bien se le alcanzaba a Francisco que todos los tesoros del mundo los hubiera derrochado con tal de obtener, a trueque de ellos, el mirar de aquellas pupilas y los apretones de las ensortijadas manos que más que de maritornes, de gentil princesa parecían por lo suaves y tersas. Y harto supo, andando el tiempo, que no había otra manera de retenerla, de hacerla suya.

¡Los celos que tuvo; los quebraderos de cabeza que ella le dió! Coqueteaba con los dependientes de *El Valle de México* y de *La Fuente*. Los señores del *Club de los Solitarios* la «chuleaban» al pasar. A Miguelito, el de la botica, le traía sorbido el seso. Hablaban de ella los ricachos jóvenes en la peluquería con familiaridad galante...

Y Francisco, erre que erre, enamorado como un bruto. Cerraba los ojos a todo. No pensaba más que en una cosa: casarse. En casándose se la llevaría de allí, muy lejos, a Chihuahua, a Torreón, al demonio: donde nadie la viera; donde nadie la conociera... Y empezó a guardar. Empezó a guardar, con parsimonia de avaro, cuanto caía en sus manos: las propinas, las utilidades que en frecuentes cambalaches tenía, los salarios del sábado... Contáronle una vez que la habían visto, por el *Jardín Grande*, «loqueando» con el Juez: aquel mozuelo delgadito, pálido, peripuesto, de aflautada voz. Se alarmó entonces.

Rabioso, no bien habló con ella, le propuso:

— ¿Quieres casarte conmigo?

— ¿Cuándo?

— Mañana; ahora mismo, si te parece...

Soledad bajó los ojos; dióse a enrollar en los aderezados dedos las puntas del rebozo. Luego le dijo:

— ¿Cuánto tienes?

— Nada — respondió él, hecho una furia.

— Pos, hombre, — comentó la hembra, — con dinero baila el perro; pero, sin cuartilla... Supongo que no hemos de comer «aigre», como los «camaliones»...

IV

¡Y si todo no hubiera pasado de allí! ¡Qué suplicio el de Francisco en los últimos tres días!

Ya de antemano había tenido graves indicios. Llovía sobre mojado, sí, cuando su compadre Isidoro, del barrio de la Luz, le hizo la revelación tremenda... En la peluquería notaba Francisco que, delante de él, los «pollos» se recataban, comunicándose con chacoteos y risas mil secretos, no sin grande enojo de Pitoche, quien nunca logró descubrirlos. Por otra parte, Soledad, a medida del tiempo, se volvía más libre en movimientos y palabras; disfrutaba de mayor lujo; daba a sus padres, cuando llegaban del rancho, los domingos, buenas sumas de dinero...

— Pancho... — habíale dicho el compadre Isidoro, tres noches antes, en el tendajón de *El Ferrocarril*, cuando ya estaba un poco «jalado», después de tantos «tequilas» como sorbiera. — Oiga, Pancho: esa prójima ha de ser su perdición...

Y en el tenducho, junto al mostrador iluminado por la incierta luz del mechero de petróleo, supo la horrible verdad: Soledad lo engañaba, lo engañaba vil, arteramente.

— ¿Con quién? — interrogó angustiado.

— Primero con uno... Ahora con uno y con muchos... — afirmó el compadre, malicioso. — ¡Es liebre de cuenta, amigo; pos qué se está creyendo!... Y si no se da por recebido con esto que le digo y más quiere averiguar sobre lo juerte de la cosa, ande a preguntárselo a ña Lugarda...

Fué como un mazazo rudo que le asestaran en plena cabeza. Anduvo toda aquella noche como loco, vagando por calles y plazas solitarias. El compadre Isidoro lo acompañaba, y entre palabras y frases de consuelo movíale de vez en cuando a empinar el codo. Lloró el aprendiz de peluquero ante las ventanas mudas de la casa donde servía Soledad; buscó al seductor, al «niño Paco», por todas partes, para que arreglaran cuentas.

— No, hombre, no, — aconsejaba el compadre, alarmado. — Don Paco hizo lo que hubiere hecho quien serse juere... Claro que yo no digo que haya hecho bien... ¡Pero, Pancho, el mundo es el mundo y las mujeres lo train a maltrair!... Echese un trago... ¡Écheselo y no haga caso de díceres! Todos lo conocemos a usté, y sabemos que en cuanto a pujar duro con el trabajo naide se le pone en frente...

El alba le sorprendió, ebrio y medio dormido, por el rumbo del Puente Grande; aquel famoso puente inmortalizado por las historias. Era un infierno su estómago; su cabeza un horno ardiente. Supo fingir, empero. En la peluquería apenas si don Lucas paró mientes en su quebranto. Sólo abrigaba un pensamiento: hablar, hablar con ella...

¡Qué luz salvadora de esperanza la que iluminó su corazón al final de la entrevista que imaginara borrascosa y trágica! Soledad lloró. Le llamó malo y cruel. Clamó contra sus enemigas, que no podían ver con buenos ojos que ella luciera los rebozos que su novio le donaba y aquel cinturón con hebilla que tanta sensación causó en los bailes de la Otra Banda. Era envidia para separarlos, para hacerlos desgraciados... ¡Y cómo se deleitó después Francisco cuando, ya calmados, vió que los ojos negros le sonreían entre lágrimas y que las apasionadas manos estrechaban las suyas con la efusión codiciosa de otros tiempos!

Mas no quitó el dedo del renglón.

— Ande con ña Lugarda — habíale dicho el compadre; — ande allá los viernes que es cuando la liebre sale del agujero...

Ña Lugarda le daba vueltas en el magín como fantasma de pesadilla. Y fué al antro de la Celestina. Como en sueños acordábase ahora de haber pasado por aquella calleja del barrio de la Luz, que semejaba barranco por lo alto y desigual de las aceras. Caía la tarde. Encontró el número; vió la casa: un «cuarto redondo», al parecer, a cuya entrada una vieja gorda, de cabeza gris, tejía bolillo... Y descubrió a Soledad desde la esquina, cuando entraba. Y tuvo fuerzas para no lanzarse sobre el seductor que, con dos amigos, riendo, la seguía a poco...

A partir de entonces Francisco no vivió, no durmió, no comió. Su desdicha era, pues, cierta, y lo que por amor tuvo, traición y mentira. Al recordarlo ahora, en la soledad del campo que comenzaba a revestirse con la serena dulzura de la tarde, sintió ánimo de llorar; mas no pudo: honda angustia le hacía oir, atento, petrificado, el canto de la huilota que resonaba discreto, insinuante, arrullador, en los vecinos follajes...

Cuando entró Francisco, de regreso, en *La Elegancia*, a eso de las seis, ya le aguardaba Paco López en el propio sillón donde semana por semana el aprendiz le aderezaba las gentiles ondas rubias sobre la frente, «para conquistar a las guapas», según decía el gomoso.

Nada murmuró, respecto de la prolongada ausencia, don Lucas. Conformóse con mirarle severamente, diciéndole:

— ¡A tu quehacer, hombre! Ya don Paco se cansaba de esperarte...

Y el rostro de Francisco no se contrajo al envolver en nítidas toallas el cuello sanguíneo y fuerte de su rival; ni parpadeó siquiera al darse cuenta de que, reflejada en el espejo, la cara del mozalbete sonreía satisfecha, a tiempo que una voz medio burlona, imperiosa acaso, le interrogaba:

— ¿Dónde andabas, chico? No eches en saco roto la obligación... Ya sabes; a las cinco y media los sábados, necesito que estés aquí... A ver si despachas pronto... ¡Por tu culpa he perdido la salida del rezo!...

Menester le fué reprimir el temblor de su mano al empuñar peine y tijeras y dar comienzo a la tarea. El contacto con aquella nuca le horrorizaba. A veces suspendía el trabajo. El cliente, que ojeaba, tranquilo, una revista, agitábase con impaciencia en el sillón; le azuzaba, le requería para que lo hiciera bien y a prisa. Y Francisco sentía que se le paralizaban las manos al recordar el brutal episodio. A su mente acudían dolorosas visiones. Imaginaba a doña Lugarda, a la puerta de su fatídico antro, tejiendo bolillo. Veía el cuarto infame, tapizado con estampas de santos, y en uno de sus rincones, sobre añosa mesa, la lamparilla que ardía ante una imagen del Niño Dios. Mas lo peor era que, como complemento de tan acerbas memorias, veía también a Soledad, apareciendo por la esquina de la calleja, guapa y recién bañada, con el ruidoso taconeo de sus botas nuevas sobre el embaldosado de la acera...

En la peluquería iba aumentando paulatinamente el barullo. Encendióse la luz. Nuevos parroquianos llegaron. Se oían risas, cuchicheos, toses violentas; todo

a compás del ruido de las tijeras hábilmente manejadas por aprendiz y maestro.

Armando una alharaca de mil demonios, en compañía de dos forasteros de León, entró Toño Bermúdez. Era el más popular y dicharero de los muchachos que frecuentaban *La Elegancia*. De elevada estatura, rigurosamente afeitado y vestido a la última moda, acostumbraba hacer malabarismos con el bastón.

— ¡Buenas, Paco! — exclamó. — ¿Ya acabas?

— Cuando le dé la gana a este informal de Pancho — repuso el otro, suspirando y mandando al aprendiz que le encendiera un cigarro.

Los leoneses, no bien tomaron asiento, se dieron a comentar las hazañas de la tarde. Hacían chacota de la condición de la ciudad como lugar de agrado juergueril, diciendo que era la más pacata de cuantas conocían, y burlándose sin embozo de las habilidades donjuanescas de los laguenses. Toño Bermúdez, que no se mordía la lengua, entre bromas y veras empezó a ponerles como chupa de dómine. Los llamaba «panzas verdes», asegurando que en León, — «ciudad grosera, de puro peladaje», — todo se reducía a lechugas y bajas industrias; y que tanto sabían ellos de buen coñac y de mujeres, como él de latines. Resquemáronse los de León. Trajeron a cuento lo del alcalde, lo del puente y lo del nopal de la torre; y la gresca, que ya iba tomando creces, se hubiera formalizado a no intervenir oportunamente Paco López.

— Oye, Toño, — propuso riendo e incorporándose a duras penas en el sillón donde tendido cuan largo era aguardaba que lo rasurasen; — para que estos amigos no se la anden echando de lado, vamos a llevarlos a casa de Lugarda...

— ¡Divinamente pensado, chico! — saltó Bermúdez. ¡Eres un genio! Si quieres, convidaremos a Tatín...

— ¡Bueno: pues, a darle, que no es mole de olla!

— ¿Cuándo?

Paco López reflexionó gravemente.

— Oye, oye... — observó. — Sólo que hay que avisar a las prójimas... Y como mañana es domingo, y día de mucha santidad, y de mucho rezo, y de mucho ir y venir con los padrecitos...

— ¡Cargaremos con *La Padra*, si quieres! — interrumpió Bermúdez.

Una explosión de carcajadas acoge la propuesta. *Pitoche*, que cuando está con la juventud se las echa de liberal de hueso colorado, no puede tenerse en pie de la risa. Arroja sobre el mármol de la mesa el peine, y con las tijeras en la derecha mano, la siniestra en los hijares, abierta de par en par la sexagenaria boca, en la que aparecen a la sombra de los recortados bigotes amarillentos dos colmillos, da rienda suelta a su hilaridad. El contagio es general. Los de León se desternillan. Toño Bermúdez da tres zapatetas en el aire y acentúa el malabarismo del bastón, con grave riesgo de lámparas y espejos. Hasta Paco López se sacude de lo lindo en el sillón, con una risa que parece extraerle verdaderos jipíos de lo hondo de las entrañas... Sólo Francisco permanece serio, lívido, con un acentuado temblor que estremece su cuerpo flaco.

— ¡Vamos, date prisa! — le grita Paco.—¡Date prisa, porque urge arreglar hoy mismo la encerrona!

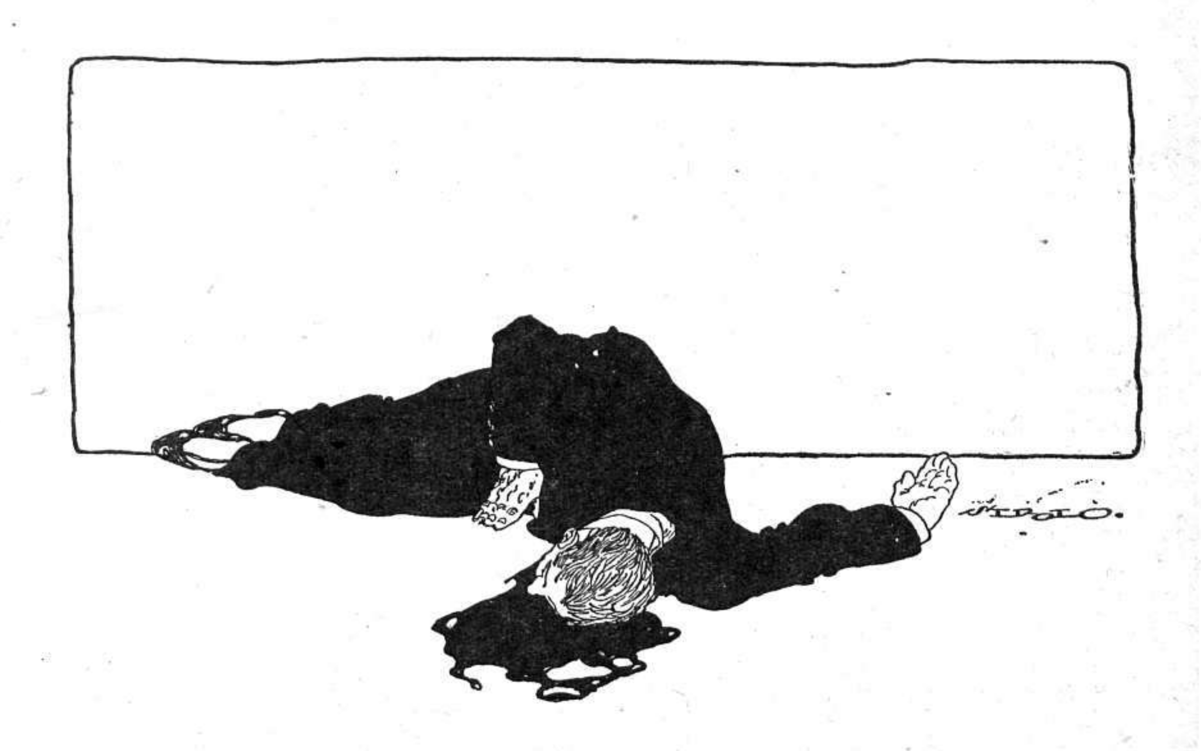
— ¡A propósito, Paco! — interrumpe Bermúdez. — Mañana me cumples lo prometido. Tratos son tratos. Aquella gitana me toca a mí...

— Bueno; como quieras, — replicó el complaciente mozo. — Haz tu gusto... ¡Arrieros somos, Bermúdez, y hoy por ti y mañana por mí!

A los ojos de Francisco, que a la sazón asentaba la navaja, tales palabras asemejáronse a deslumbradores relámpagos. La ira lo aprisionó en niebla densa. Sintió un dolor agudo en la mano, seguido de discreta sensación de tibieza; mirósela, y advirtió en ella un hilillo de sangre que le manaba de la yema del pulgar. El recuerdo de Soledad le hirió como punzadora saeta; la presintió, riente y loca, en brazos del señorito. Y ciego, sordo, conteniendo con sobrehumano esfuerzo la cólera que pugnaba por salir a borbotones de sus labios, en injurias y gritos, se volvió hacia Paco López, quien inerme, con las mejillas enjabonadas, esperaba; y cogiendo con frenesí la blonda y rizada cabeza, hundió la sutil hoja en el cuello, una, dos, tres veces, loco, embravecido, impetuoso...

Fué hondamente trágica la intensidad del momento. En medio del general grito de horror, la víctima, en un supremo esfuerzo de la vida que se le escapaba, levantóse del sillón, y rodó, ensangrentada, a los pies del aprendiz.

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA.





El TRIUNFO

Se abrazaron largamente. Fué expansión cordial, entrañable, un abrazo *de veras*, al cabo de tantos años que no se veían.

— ¡Qué satisfacción tan grande me das, chico! — Alejandro exclamó.

Y Pedro Luis:

— Para mí es inmensa. Apenas supe que estabas en Madrid, he corrido a verte.

— Acabo de instalarme. No hace todavía un mes que llegué. Pero siéntate...

En los cristales del «estudio» — sobrio y lujoso — quebrábanse las luces del sol poniente. Por las ventanas se veía a Madrid, envuelto en otoñal neblina. En la semipenumbra, las cosas caras y de buen gusto que alhajaban la estancia y también los lienzos, tenían cierta brillantez misteriosa.

— Vives suntuosamente, chico.

— ¡Bah! — rió Alejandro. — Cuatro cuartos... No hables tú de eso; tú sí que siempre fuiste el magnate, el ser fabuloso... ¿Te acuerdas de mi cuartito de la calle de San Miguel? ¿Y de nuestra tertulia en el Habanero? Entonces yo llevaba los zapatos rotos y tú siempre eras el gran señor.

Delicadamente protestó Pedro Luis:

— ¡Hombre! ¿A qué viene recordar?...

Alejandro tuvo una carcajada noblota, y luego:

— ¡Si no me importa! ¡Si no me avergüenza! ¿Por qué había de avergonzarme? No es una obligación nacer de padres ricos, como tú. Avergonzarse de haber sido pobre creo yo que es algo así como si uno se avergonzara de tener una madre fea. Ni una ni otra cosa se eligen, ¿no te parece? Además — prosiguió, riendo, todo él efusión, alma, — que no fuí tan pobre; que más de cuatro veces me diste tú de comer o me pusiste un duro en el bolsillo.

— ¡Pero Alejandro! ¿Quieres callarte? Tú sí que me avergüenzas.

Ciertamente que estaba confuso Pedro Luis.

— ¡Bah, eres un niño! No me disputes el placer de recordar aquellos tiempos. Por cierto que me han dicho que ni mi casa ni el café existen ya. Creo que han desaparecido con motivo de la Gran Vía.

— Sí, hijo. Los pueblos, como los individuos, tienen sus ideales. Madrid tenía desde hace muchos años el ideal de una Gran Vía... ¡Quién sabe! Es muy posible que llegue a realizarlo.

— ¡Yo que hubiera tenido tanto gusto en visitar mi antiguo cuarto de pintorcillo y en ir a tomarme un café sobre el mismo diván donde me senté tantas veces! ¡Lo que en aquel Habanero tenemos charlado y reído! Seis u ocho duros me parece que le dejé a deber al camarero. ¡Pobre Pepe! Porque creo que se llamaba Pepe.

— Es muy posible.

— ¿Y queda por aquí alguna gente de nuestra «peña»?

— ¡Ca, hijo! Es un horror. ¡Si vieras cómo han ido desapareciendo casi todos! Unos deben haber muerto, otros se fueron a provincias, alguno a América. Por Madrid sólo andan Fernando Calle y Julio Estévez. Paco Iriarte se pegó un tiro.

— ¡Caramba! ¡Pobre Paco! ¿Y por qué?

— No se sabe. Dijeron que por deudas, por trampas grandes. Ya ves, si fué por eso, es una tontería. Nadie debe matarse por deber dinero, no vale la pena; antes debe matarse a un usurero; es más lógico. El caso es que el pobre Paco Iriarte se suicidó. No faltó quien dijera, haciendo un chiste, que había muerto «víctima del deber».

Alejandro se había levantado para tomar de encima de un mueble una cigarrera de marfil y ébano, con cigarrillos Murattis. El humo del tabaco turco aromaba la estancia.

— ¿Y vienes a instalarte aquí definitivamente?

— Definitivamente... por ahora — contestó Alejandro. — Pienso vivir en Madrid algún tiempo. Pero no respondo de mi propósito. Como tengo, chico, metido en la sangre este afán de ver cosas, de cambiar de escenario... He recorrido toda Europa. Los trenes y los barcos tienen imanes para mí. Siempre que de noche he sentido el silbato de un tren o la sirena de un vapor, me han dado ganas de levantarme de la cama y salir corriendo a tomar billete. Y alguna vez llegué a hacerlo. Pero ahora quisiera descansar un poco, precisamente aquí, al calor de la tierra donde uno luchó y soñó tanto. Haré una exposición de mis cuadros y pintaré algo muy madrileño, muy castizo, como tributo a mi pasado. Y tú, ¿sueles salir de Madrid?

— Algún viaje a París de tarde en tarde. Durante el verano acompaño a mi madre en nuestra casa de la montaña; pero el invierno lo paso aquí quieto.

— ¿Tú te casaste?

— No, hijo. Y ya me han dicho que tú tampoco. ¡Quién sabe si moriremos *claudicando*, tú con tu modelo y yo con mi ama de llaves!

— Es verdad — rió Alejandro. — Ahí tienes otra cosa que vería con gusto: alguna de las novias que tuvimos en nuestro tiempo.

Esta vez fué Pedro Luis quien soltó la risa.

— ¡Las novias que tuvimos! ¡Ay, hijo, es muy posible que estén las pobrecitas poco menos que en clase de *derribo*, como el Habanero y tu casa! ¡Figúrate, más de quince años que han pasado! ¿Qué hermosura resiste más allá de los treinta?

— Recuerdo yo algunas de aquellas muchachas como si las estuviera viendo ahora; creo que las pintaría sin esfuerzo, exactamente. Manolita Gómez... Pastora... Laura... Isabel Yáñez... De ésta sí que te acordarás tú... ¡Pocos malos ratos que te dió! No se me olvida. ¿Qué ha sido de ella? ¿Sabes?

Pedro Luis, cambiando de postura y de tono, que se hizo grave:

— No sé nada: si vive, si se murió... Sólo sé que desapareció de Madrid.

— ¡Y en qué tono lo dices! Por lo visto, dejó huella la cosa, ¿eh?

— Sí que me la dejó, te soy franco. Aquella mujer, que tanto me hizo sufrir, como tú has recordado; que tanto perturbó mi vida y que tan grandes pruebas me dió de no quererme, ha sido mi único amor. No sé si hubiera acabado por casarme con ella o por pegarme un tiro, como Paco Iriarte; ni sé tampoco qué hubiera sido peor. Lo que te aseguro es que, pese a todas sus coqueterías y desdenes y locuras, Isabel fué la única mujer que me ha interesado de veras.

— Hombre, siento haber tocado esa tecla...

— No te importe. ¿Qué más da? Aquello pasó... y ahora lo veo como si no hubiera pasado.

Y tras una ligera pausa, prosiguió:

— Bueno, Alejandrito; me enseñarás tus obras; el eco de tu fama llegó a Madrid como a todas partes; pero tus lienzos no se conocen aquí. Es necesario que nos regales con tu arte y que sea yo el primero que tenga la fortuna de admirarlo.

— Basta de incienso, basta — reía Alejandro, más satisfecho de la cordialidad que de la alabanza. — Ya vendrás por aquí y verás mis cosas; casi todo lo tengo aún embalado. Y tú has de traerme tus libros: tus novelas, tus cuentos... Algo conozco, pero quiero tenerlo todo. También se sabe de ti por esos mundos.

— ¡Bah! — profirió displicente.

— Qué, ¿le haces ascos a la gloria?

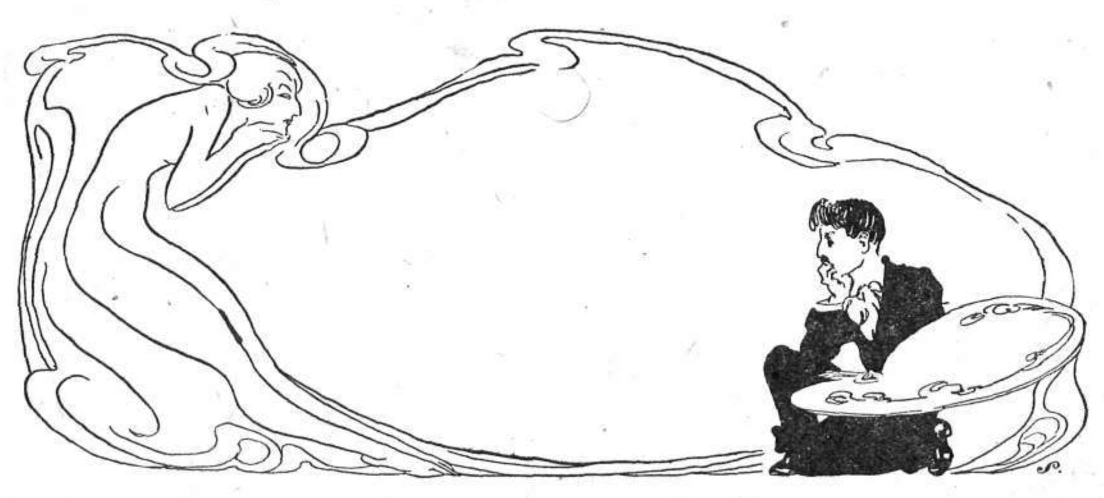
Pedro Luis repitió escéptico:

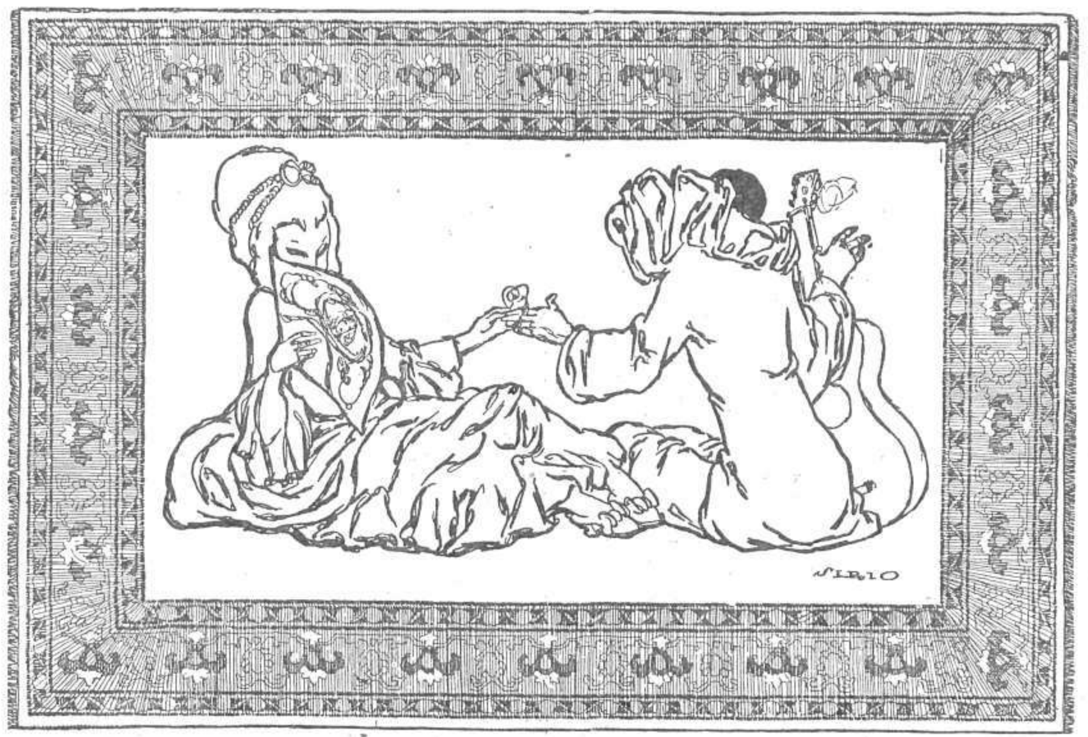
— ¡La gloria! ¿Y qué es eso? ¿Qué significa? ¿Para qué sirve? No; no me mires así... No es *posse*, no es vanidad; te lo digo con toda mi alma. Esa poca gloria que yo he alcanzado ni me dice nada ni me consuela de nada. Y no por ser poca; si disfrutara la del propio Shakespeare o la del mismísimo Cervantes, me pasaría igual. ¡La gloria! ¡El triunfo! Tú, como siempre fuiste un ingenuo, un niño, crees aun en esas cosas.

— Pues, hijo mío — contestó Alejandro. — Yo te juro que amo a mi triunfo y a mi gloria sobre todas las cosas. Me ha costado tanto ganar eso, que lo amo con toda mi alma. La gloria no será nada, pero lo es todo. Es el juguete, la golosina que nos enseñan como a niños para que alarguemos la mano, para que sepamos cogerlo. Lo que ocurre, querido Pedro Luis, es que todos alargan las manos más bien para que se les entregue graciosamente que para conquistar la golosina. Y eso no vale... Hay que jugar limpio. El triunfo hay que merecerlo, ganarlo, sudarlo. Bien mirado, no me extraña — y no te ofendas — que ames poco a tu gloria. Tú eres un caballero que nació rico, que todo se lo encontró hecho en la vida, que no tuvo que luchar para poder tener pan y nombre. Y yo, en cambio, hijo mío, he tenido que ganarme el terreno palmo a palmo, sudando, padeciendo, y... claro, por eso quiero tanto a mi gloria: ¿no ves que me costó conquistarla sangre de mis venas? Tú triunfaste sin lucha; yo, a costa de todo... ¿Tú crees que nuestras madres nos querrían tanto si no sufrieran por nosotros, si nos dieran al mundo sin dolor? El triunfo es como la mujer — como esa Isabel tuya; — si no sufrimos, si no lloramos alguna vez por ella, ¿cómo podríamos amarla mucho? Para ti el triunfo ha sido la mujer fácil; para mí fué lo que para ti Isabel Yáñez. La gloria es *mi Isabel*, la que me hizo sufrir, que, como tú, no sé dónde está... pero que la quiero, la quiero, y es toda mi vida.

Había anochecido. Alejandro se levantó para dar luz.

José Ortiz de Pinedo.





La Marquesa Rosalinda

Para espiar detrás del seto
la luna sus cuernos me brinda,
y he de contaros el secreto
de la Marquesa Rosalinda.

***

Ya espera el carro de la farsa
ante la verja del jardín,
porque yo formo en la comparsa
de Colombina y de Arlequín.

Soy el poeta que el tablado
puebla de amores y de mofas;
por serviros tejo el tramado
de la Comedia, en mis estrofas.

Coronen las rosas las liras;
amantes, Reyes y Poetas
tejamos las bellas mentiras
con el ritmo de las piruetas.

Las rosas nos vengan de Galia,
las nieblas del lado del Rhin,
la luz de los mitos de Italia,
y de Sevilla un bailarín.

Como en la gaita del galaico
pastor, de la orilla del Miño,
salte la gracia del trocaico
verso ligero como un niño.

Mezcle su risa Colombina
a los sollozos de Pierrot
en una farsa peregrina,
con un compás de Adriana Angot.

Y la pavana señoril
mezcle su ritmo, al ritmo joven
lleno de gracia pastoril,
que tuvo el clave de Beethoven.

Cuando la tarde azul moría,
oí un suspiro en la glorieta:
dudé al oirlo, si sería
de una mujer o de un poeta.

Punteaba sus cuernos la luna
sobre la fronda del jardín,
y al reflejarse en la laguna
hacía un llamado a Lohengrín.

Acicalaba su plumaje
con el pico, el cisne de Leda;
se abría a las auras el follaje
como una túnica de seda.

Sobre la onda que gemía
daba el ocaso su arrebol
y el cisne en el pico tenía
la sangre sagrada del sol.

Pasó la Marquesa... Soñaba
toda llorosa, blanca y bella,
una luciérnaga llevaba
en la falda, como una estrella.

Por el sendero la vestía
la luna, de niebla y armiños,
y la luciérnaga seguía
en su falda, haciéndome guiños.

¿Era el joyel de algún poeta?
¿Era el cintillo de algún paje?
¿Se lo ha prendido en la glorieta
o fué al cruzar bajo el follaje?

Enlazaré las rosas frescas
con que se viste el vaudeville,
y las rimas funambulescas
a la manera de Banville.

Olor de rosa y de manzana
tendrán mis versos a la vez,
como una farsa cortesana
de Versalles o de Aranjuez.

Cuando en dorados abanicos
y en esmaltadas tabaqueras,
gentiles pajes con pellicos
hacían danzar a las vaqueras.

Con las espumas del champaña
y las malicias de sus crónicas,
Francia proyecta sobre España
las grandes narices borbónicas.

Versalles pone sus empaques,
Aranjuez su claro estelar,
y un grotesco de miriñaques
las estampas de Fragonar.

¡Oh, la historia dieciochesca,
en la glorieta de un jardín,
qué epitalámica y faunesca
es en las frondas camarín!

Por bien contarla, cascabeles
he de ponerme de payaso,
y en mis estrofas los caireles
de una falda de medio-paso.

La furtiva silueta blonda,
argenta la celeste hoz,
finge marquesa de la Fronda
cubierta de polvos de arroz.

Envuelta en el halo quimérico
que da la luna metafórica,
arrastra un prestigio exotérico,
como una figura alegórica.

Cruza el jardín con leve pie,
la mano deshoja una flor
con la gracia de una musmé
sobre el celaje de un tibor.

Un grillo templa el violín,
un sapo preludia en su flauta,
y en la penumbra del jardín
interroga el cisne argonauta.

Interroga el cuello de plata
en los rieles de la luna,
mientras vuela la serenata
sobre el cristal de la laguna.

¡Las rosas coronen las liras,
el más alegre es el más fuerte:
tejamos las bellas mentiras
sobre la angustia de la muerte!

Ha dado un golpe el violoncelo,
caló el monóculo el Marqués,
los abanicos hacen vuelo,
se oye el rás rás de guarda-piés..

***

Para espiar detrás del seto
la luna sus cuernos me brinda,
y he de contaros el secreto
de la Marquesa Rosalinda.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.